

BIBLIOTECA PERLA

*Primera Serie*

IV

TALLERES OFFSET

SAN SEBASTIÁN





...Estrechamente abrazadas madre e hija dieron rienda suelta a su alegría...

# CUENTOS DE GRIMM

*Ilustraciones de  
R. Penagos.*

25.121



(65)

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.  
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



PROPIEDAD.—DERECHOS  
RESERVADOS PARA TODOS  
LOS PAÍSES.

COPYRIGHT 1938 BY.  
ED. SATURNINO CALLEJA, S. A.  
MADRID  
PRINTED IN SPAIN



# ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LOS HERMANOS GRIMM

*Se llamaban Santiago Luis y Guillermo Carlos, y ambos nacieron en la pequeña villa de Hanau (Alemania), en 1785 y 1786. Fallecieron en 1863 y 1859, respectivamente. Dedicados en un principio a estudios gramaticales y lingüísticos, ocuparon cátedras de esta especialidad en la Universidad de Goettinga; y el mayor de ellos, en su "Gramática Alemana", fijó los principios de la filología germánica. Pero estuvieron muy lejos de sospechar que sus "Kinder und Haus-Märchen" ("Cuentos de los niños y del hogar") habrían de darles un renombre y una fama que no lograron con sus obras científicas.*

*La política les hizo abandonar sus cátedras y recorrer a pie toda Alemania, costumbre tan corriente en aquel entonces como ahora la de viajar en ferrocarril o en automóvil. Deteniéndose en cada caserío y haciendo estación en cada posada durante las heladas noches del invierno, oían referir al amor de la lumbre cuentos impregnados de esa sencillez inimitable con que la musa popular reviste sus obras. Cuanto más vul-*





# BIBLIOTECA PERLA

gar era la persona que hacía el relato, tanta mayor atención prestaban nuestros cuentistas, recogiendo esa encantadora espontaneidad que se advierte en la gente poco ilustrada.

Una pobre mujer del pueblo de Niederwehrn fué la que mayor contingente de cuentos les suministró; así lo hicieron ellos constar, y como prueba de gratitud publicaron el retrato de la buena anciana.

El mejor elogio de estos cuentos es que pueden ser leídos por niños y por hombres. Cada lector encuentra, según su experiencia e ilustración, motivos para divertir el ánimo entre la nube de graciosos incidentes de que se hallan salpicados, o para hallar una discreta moraleja más o menos oculta en el ropaje de la fábula.

De estos cuentos se han hecho cientos de ediciones en todas las partes del mundo; pero como no se ha solido publicarlos íntegros, sino mutilados, iniciamos con este tomo una nueva edición de estos famosos cuentos que constará de varios volúmenes, en los que se irán publicando todos los que escribieron los célebres hermanos Grimm, para que nuestros lectores puedan saborear completas sus hermosas producciones.

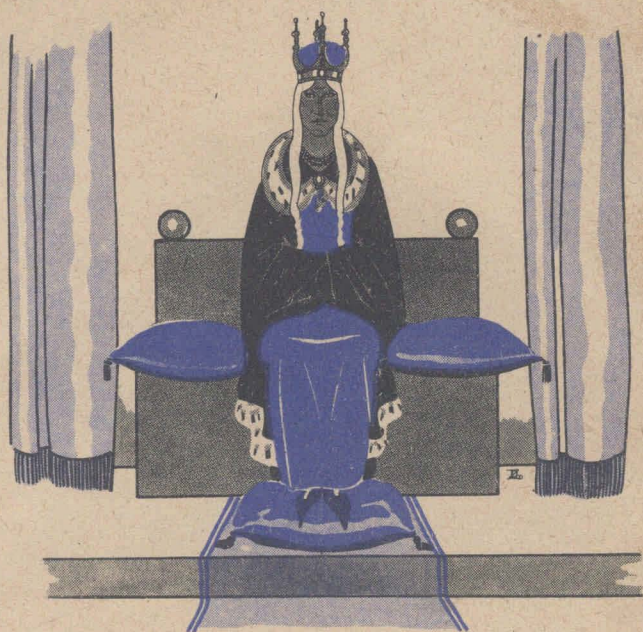


# EL CABALLO PRODIGIOSO









# EL CABALLO PRODIGIOSO



**M**AS allá de las fronteras donde empieza el reino de la Fantasía vivía una anciana y bondadosa reina, a quien todos llamaban la Reina de las Trenzas de Plata, por la maravillosa blancura de sus cabellos. Sencilla, amable y en extremo caritativa, era adorada por sus súbditos, quienes tenían depo-



# BIBLIOTECA PERLA



sitada en ella una confianza casi filial por la tierna solicitud con que atendía aun a sus más nimias necesidades, y el cuidado y prontitud que ponía en remediarlas.

Era tan intenso y sincero el cariño que los felices habitantes de aquel país profesaban a su augusta bienhechora, y tantos y tan encendidos los elogios que la prodigaban, que bien pronto la fama de sus virtudes traspasó los límites de aquel reino y se extendió por todas las comarcas vecinas. Atraídos por la prudencia y el exquisito tacto con que aquella inteligente soberana regía sus dominios, era frecuente ver a otros reyes de países vecinos en su Palacio, que acudían para pedirle consejo o normas de gobierno en casos de trascendencia o de difícil solución. La Reina de las Trenzas de Plata acogía a todos con gran cordialidad, y a todos presta-



# CUENTOS DE GRIMM

ba el auxilio de su experiencia y de su discreción en los graves negocios que le sometían a consulta.

La Reina, que había sido muy hermosa de joven, tenía una hija única, la Princesita de las Trenzadas de Oro, que había heredado, al par que la singular belleza de su madre, sus muchas virtudes. El sobrenombre con que era conocida, procedía del color de sus cabellos, sedosos, largos y de un brillo semejante al de aquel metal, merced al don que le concedió una de las hadas que asistieron a su bautizo, la cual, admirada de la angelical hermosura de la niña, la otorgó, para acrecentar aún más su belleza, aquella cascada de oro que tanto realce prestaba a sus gentiles encantos naturales.

No hay que decir que madre e hija se adoraban; no podían vivir una sin otra, y estimaban en más que los mayores tesoros, el mutuo y acendrado amor que las unía. Por propia experiencia sabía la Reina de las Trenzadas de Plata cuán penoso y difícil es para una mujer resolver los numerosos y complicados asuntos que diariamente se ofrecían a su consideración, en un reino dilatado, rico e importante, como el suyo. Largas meditaciones había dedicado a examinar el porvenir de la bella Princesita de las Trenzadas de Oro, y las alianzas más convenientes para el bienestar y la prosperidad de sus queridos súbditos, de quienes tantas pruebas de amor y respeto tenía recibidas.

La Princesita cumpliría pronto los veinte años, edad que en aquel reino era la exigida por las costumbres de la Corte para que las personas de sangre real contrajeran matrimonio. Varios eran los posibles aspirantes a la mano de su hija; pero la buena Reina, después de prudentes y reflexivos







cálculos entabló negociaciones con un rey vecino, para tratar del proyectado enlace de sus hijos respectivos. No fueron de larga duración, y pronto quedó convenido que la Princesita se trasladaría a la Corte de su futuro esposo para celebrar con gran pompa y esplendor las bodas.



Era costumbre tradicional en aquellos países, que la novia acudiese al lugar del novio, cuando no vivían ambos en la misma población, para celebrar el matrimonio, sin otra



# CUENTOS DE GRIMM

compañía que la de una sirviente o amiga. Sólo podían presenciar la ceremonia nupcial los parientes y amigos del novio.

La Reina de las Trenzas de Plata tenía a su servicio a una doncella que había recogido desde niña, dándole esmerada instrucción, a quien quería casi como a una hija. Aunque de hermosa presencia natural, no despertaba esta criatura en los que la rodeaban afectos ni confianza. Su rostro, de líneas regulares y armónicas, era al mismo tiempo duro y rígido, y el ceño que en muchos momentos sombreaba sus facciones, acusaba un temperamento voluntarioso, dominador y enérgico. Además, tenía un gravísimo defecto: era ambiciosa en sumo grado.

Acostumbrada al fausto y boato de la Corte, anhelaba fervientemente salir de la situación oscura y secundaria que ocupaba en Palacio, y por ver realizadas sus ilusiones de grandeza y de poderío, no hubiera vacilado en la elección de medios. Todos la parecían buenos si lograban conducirla al logro de sus aspiraciones. La Princesita de las Trenzas de Oro le inspiraba envidia mortal, y el sueño dorado de su vida era poder ocupar un día en la Corte el lugar de su odiada rival.







...Hija mía, toma este amuleto, como recuerdo de tu madre que tanto te quiere.



## CUENTOS DE GRIMM

Cauta, sin embargo, como hábil calculadora, procuraba ocultar o disimular sus sentimientos cerca de aquellos de quienes creía poder esperar algo y, sobre todo, de la Reina de las Trenzas de Plata, quien no podía, por este motivo, conocer ni sospechar las intenciones que abrigaba esta perversa e hipócrita criatura. Al contrario, confiando en la adhesión que siempre la había demostrado, la designó para que acompañase a su hija en el viaje que iba a emprender, y la entregase a su prometido.

Hizo preparar un soberbio equipaje en el que la buena Reina amontonó multitud de preciosos vestidos, encajes finísimos, obras de arte y joyas de valor, las más bonitas y elegantes que pudo reunir, porque deseaba que el equipo de boda de la Princesita fuese verdaderamente regio, como cuadraba a su estirpe.

Llegado el momento de la despedida, la anciana Reina llamó a sus habitaciones a su hija, y encerrándose con ella, cogió de un armario un artístico cuchillito con mango de oro, y con él se infirió una pequeña herida en la mano izquierda, de la que brotó un poco de sangre. Recogió tres gotas en un lindo pañuelo de seda y se lo entregó a su hija, diciéndola:

—Hija mía; toma este amuleto, como recuerdo de tu madre que tanto te quiere. Consévalo y no te desprendas nunca de él, porque te librárá siempre de todos los peligros.

Intrigada Constanza, que así se llamaba la doncella que había de acompañar a la Princesita, de este aparte de madre e hija, corrió a la habitación en que se habían encerrado, y mirando por el ojo de la cerradura, presencié la escena de la entrega del amuleto y escuchó la recomendación de la Reina.

Llenas de tristeza se abrazaron la Reina y la Princesita. Ésta guardó el pañuelo en su pecho y bajó al patio de armas del Palacio donde ya la esperaba Falada, el noble e inteligente caballo, de soberbia estampa, átvaviado con preciosa montura y elegantes arreos, que había de llevarla en sus



# BIBLIOTECA PERLA



lomos, y el modesto asno destinado a la intrigante doncella.

Una vez que salieron de la población, la Princesita soltó las riendas de Falada, y se entregó a sus doloridos pensamientos, acordándose de la honda pena que atravesaría el corazón de su amada madre en aquellos momentos. Toda la vida había permanecido a su lado, y esta primera separación oprimía su pecho con mortal desconsuelo. Tentada estuvo de volver atrás, desandar lo andado, y renunciar a sus sueños de felicidad, a cambio de no separarse nunca de la Reina de las Trenzas de Plata; pero rechazó prontamente este mal pensamiento considerando que su deber era obedecer sin réplica, y sacrificar sus deseos y sus ilusiones al bienestar de sus futuros

# CUENTOS DE GRIMM

súbditos, pues a ello le obligaba la alta condición en que había nacido.

Un poco más tranquila ya, siguió caminando, absorta en sus pensamientos, sin conceder su atención al pintoresco panorama que a la vista de sus ojos se ofrecía. Así caminó unas cuantas horas en profundo silencio, hasta que al fin el cansancio natural de la jornada, y sobre todo el calor del sol que se dejaba sentir con fuerza, la sacaron de su abstracción. Sintió sed, a la vista de un arroyo que por allí serpeaba en sosegado cauce, y volviéndose a la doncella, dijo:

— Bájate, y sácame agua del arroyo en mi copa de oro, porque tengo mucha sed.

La doncella, que estaba furiosa, herida en su orgullo por el mutismo de la Princesita, que aquélla estimaba como menosprecio, dió rienda suelta a la envidia y al odio que sentía, y contestó destempladamente:

— Si tenéis sed, bajad vos misma, acercaos al agua y bebed. Yo no soy una criada.







La Princesita, sorprendida ante la brusquedad de esta respuesta, tan inmotivada y tan falta de respeto, exclamó:

— ¡Dios mío!

Como respuesta a esta exclamación, oyó que las tres gotas de sangre que llevaba en el pañuelo, la decían:

— Si tu madre supiera esto, el corazón se le partiría.

Pero la cándida Princesita era humilde, sabía perdonar las injurias y excusar las debilidades y flaquezas de sus semejantes, y arrodillándose en la orilla, se inclinó sobre el agua y bebió en la mano, porque la doncella ni siquiera le había facilitado la copa de oro.

Con el corazón apenado, pero sin rencor, montó tranquilamente en su caballo, y reanudaron la marcha. Así siguieron unas cuantas leguas, pero era un día de mucho calor, el sol casi quemaba, y pronto volvió a tener sed. Y como pasa-



## CUENTOS DE GRIMM

ban junto a un río, dijo otra vez a su doncella, olvidándose de la mala respuesta que le diera antes:

— Bájate; ve al río y dame de beber en mi copa de oro.

Constanza contestó, aún más soberbia:

— Si queréis beber, bebed en la mano. Ya os he dicho que yo no soy ninguna criada.

Muerta de sed la Princesita bajó del caballo, e inclinándose sobre el agua lloraba, y decía:

— ¡Dios mío!

Y las gotas de sangre contestaron de nuevo:

— Si tu madre supiera esto, el corazón se le partiría.

Mientras bebía se agachó tanto que el pañuelo se le cayó del pecho y la corriente del río se lo llevó sin que la Princesita lo notara.

La doncella, en cambio, había advertido la pérdida del amuleto; y juzgando que con él había desaparecido la protección e inmunidad de la Princesita, creyó llegado el momento de poner en obra sus tenebrosos planes. Viendo, pues, que la







# BIBLIOTECA PERLA

Princesa se disponía a montar de nuevo en el caballo, la dijo, prescindiendo ya de hipócritas consideraciones:

— ¡Eh, tú!, deja a Falada, porque en él voy a montar yo. Tú irás, si quieres, en el asno. Pero antes, despójate de tus vestidos y dámelos; te vestirás con los míos. Desde este momento se cambian los papeles: yo seré la Princesa y tú la doncella. Cuidado con que dejes de obedecerme en todo lo que te mande. Y vas a jurarme, ahora mismo, que no has de decir nada a nadie en la Corte. De lo contrario, te acordarás de mí.

La Princesita, amedrentada por el gesto y la actitud de Constanza, accedió a lo que de ella exigía la infame y desleal doncella. Había observado el brillo acerado de sus ojos y la enérgica y resuelta amenaza de sus palabras, y temió perder la vida si no obedecía. Llena de congoja y de miedo se prestó a subir en el jumento, después de haberse quitado sus vestiduras, e hizo juramento de no relatar a nadie aquella escena que acababa de ocurrir.

Falada, el simpático caballo de la Princesita, parecía como que se daba cuenta de las humillaciones de que era objeto su dueña. La miraba con ojos llenos de tristeza y prorrumplía en pequeños relinchos, que semejaban leves gritos con que manifestaba su dolor. No se rebeló, sin embargo, contra aquella que ahora le maltrataba también a él, tirando fuertemente de las riendas e hiriendo sus ijares con agudos espolazos. Mansamente se dejó conducir por la doncella, aunque procuraba no perder de vista a la Princesita, que, triste y resignada, sin dejarse vencer por el desaliento, caminaba detrás montada en el asno.

Luego de unas cuantas horas de marcha avistaron el palacio real del Príncipe. Los guardias de centinela dieron aviso de la llegada de las viajeras, y tan pronto como arribaron a los umbrales del palacio, un enjambre de servidores acudieron a recibirlas, dándolas la bienvenida y poniéndose a sus órdenes. El Príncipe, que también esperaba, rodeado de sus altos dignatarios, se adelantó, y sosteniendo el estribo de

# CUENTOS DE GRIMM



Falada, ayudó a descender del caballo a la falsa Princesa, y la presentó a los palaciegos que se inclinaron reverentemente ante ella. Después la ofreció su brazo y la condujo por la gran escalera de honor, seguidos de toda la Corte, a la estancia del viejo Rey, su padre.

La usurpadora Princesa estaba radiante de alegría. Por fin veía convertidos en realidad los sueños y las ilusiones que su corazón alimentó tanto tiempo, y satisfecha su insaciable soberbia. Ciertamente que su conciencia la acusaba de los medios ilícitos y reprobables de que se había valido para conseguir sus ambiciosos proyectos; pero su inmensa vanidad supo acallar esta voz acusadora, y prontamente recobró su perfecto



# BIBLIOTECA PERLA

dominio de sí, desechando escrúpulos que a ella se le antojaban ridículos y pueriles.

Al viejo monarca no le hizo mucha gracia su futura hija política. Sin saber por qué, no le fué simpática; pero, atento y cortés, le dirigió unos cuantos cumplidos y galanterías, que la falsa Princesa le agradeció con astutas sonrisas, al mismo tiempo que se inclinaba para besarle la mano.

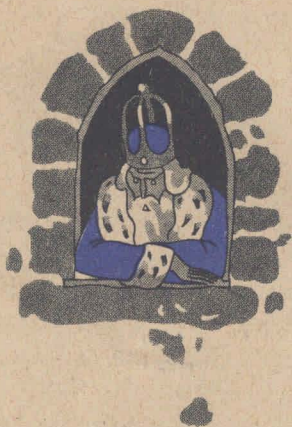
Entretanto, nadie se acordaba de la verdadera Princesa. Abandonada de todos, quedó sola en el patio, sin osar subir a las regias habitaciones, ni atreverse a llamar a nadie. Pensando que pronto acudiría alguien para ocuparse de ella, se sentó para esperar, en una poyata de piedra. Acertó entonces el Rey a asomarse a una de las ventanas que daban a aquel patio, y quedó admirado al contemplar tan linda y delicada figura; en vano trataban de encubrir los humildes vestidos que la cubrían, su espléndida hermosura; por otra parte, su mirada dulce era tan atractiva que el Rey se sintió gratamente impresionado y preguntó quién era aquella simpática muchacha.

Un cortesano le contestó que seguramente debía tratarse de la compañera de viaje de la Princesa; y entonces el Rey,





# CUENTOS DE GRIMM



penetrando en la habitación, hizo a la Princesa la misma pregunta.

— Efectivamente — contestó la Princesa —; es la criada que me ha acompañado; y sería bueno que la dieseis alguna ocupación, aunque os prevengo que apenas sirve para nada, y es, además, sumamente holgazana.

— En vista de eso — dijo el Rey — se la confiaré a Conrado, que es el muchacho que guarda mis gansos. Creo que por poco que valga, servirá al menos para ayudarle a cuidar a esas aves.

Y la pobre Princesa quedó convertida en guardesa de gansos.

Al día siguiente, la falsa prometida, recordó repentinamente la sospechosa actitud que el caballo guardó en la escena que tuvo lugar a orillas del río; y como conocía la extraña y admirable cualidad de que disfrutaba aquel prodigioso caballo, pues sabía hablar como las personas, tuvo miedo de que pudiera contar lo que había presenciado y descubrir la verdadera personalidad de la Princesita. De ésta no sentía recelo alguno, pues sabía que no quebrantaría de ningún modo el juramento que había prestado; pero del caballo no



# BIBLIOTECA PERLA

tenía la misma seguridad; así que, adelantándose a los acontecimientos, y para prevenir lo que pudiera suceder, se dirigió al Príncipe, y le dijo:

— Mi querido Príncipe: os ruego que me hagáis un favor.

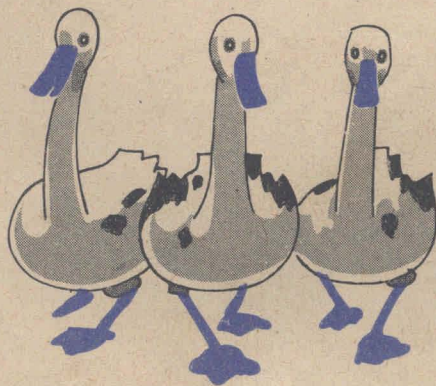
— Concedido, desde luego; ¿qué deseáis?

— Que mandéis matar al caballo que me ha traído hasta aquí. Es indómito y rebelde, como ninguno, y me tiene muy apesadumbrada por los muchos disgustos que me ha dado en el viaje.

El Príncipe, aunque contrariado por aquella petición que no revelaba en su futura esposa buenos sentimientos, accedió a su ruego.

La noticia llegó a oídos de la Princesita que profesaba gran cariño a Falada. No podía impedir aquella crueldad; pero al menos trataría de conservarle para sí, si no vivo, disecado.

Corrió al lugar donde estaba Falada ya sin vida, y consiguió, mediante un anillo y algunas monedas que entregó al encargado de aquel local, que le cediera el cuerpo del caballo para disecarle. Hecha esta operación, le llevó a un gran cobertizo que había en las afueras de la ciudad, casi abandonado, y por donde ella tenía que pasar todos los días al dirigirse al campo a llevar los gansos.





# CUENTOS DE GRIMM

Al día siguiente, por la mañana temprano, la Princesita, al pasar con Conrado por el cobertizo, miró tristemente al caballo, y le dijo:

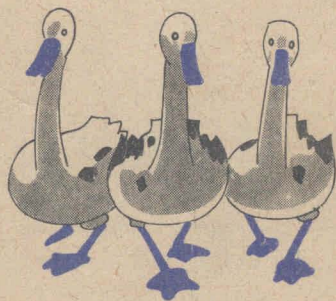
— ¡Oh, mi querido Faldada! Me acordaré siempre de ti.

El caballo contestó:

— ¡Oh, mi querida Princesita! Si tu madre supiera lo que pasa, se le partiría el corazón.

Salieron de la ciudad y llevaron los gansos al campo. Llegados al prado, la Princesita se sentó en el suelo, y se soltó los cabellos, que eran de oro. Conrado, codicioso, al verlos tan hermosos, quiso arrancarle algunos. Pero ella, al ver su intención, exclamó:

— ¡Viento, soplá; llévate el sombrero de Conrado y hazle correr hasta que me peine!





# BIBLIOTECA PERLA

Se levantó un aire muy fuerte que se llevó el sombrero de Conrado, y le hizo correr tras él por el campo. Cuando volvió, la Princesita se había peinado ya y hecho las trenzas, de manera que el muchacho no pudo coger ningún cabello. Conrado se incomodó mucho, y en todo el día no dirigió la



palabra a la Princesita. Así continuaron, cuidando los gan-  
sos, hasta que volvieron a la casa por la noche.

A la mañana siguiente, al pasar por el cobertizo, volvió  
a decir la joven:

— ¡Oh, mi querido Falada! Me acordaré siempre de ti.  
Y el caballo contestó como el día anterior:

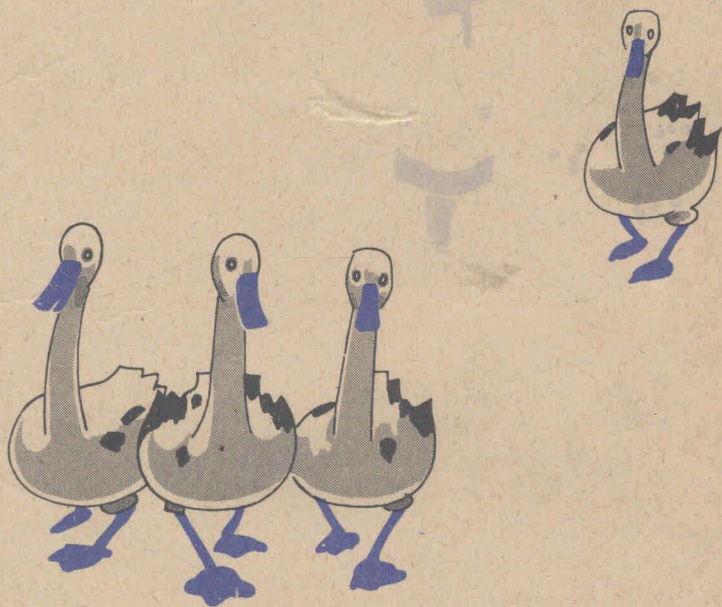
— ¡Oh, mi querida Princesita! Si tu madre supiera lo que  
pasa, se le partiría el corazón.



# CUENTOS DE GRIMM

Ya en el campo, la Princesita volvió a sentarse en el prado, y empezó a peinarse. Conrado alargó la mano para coger las trenzas, pero ella dijo apresuradamente:

— ¡Viento, sopla; llévate el sombrero de Conrado, y hazle correr hasta que me haga las trenzas!

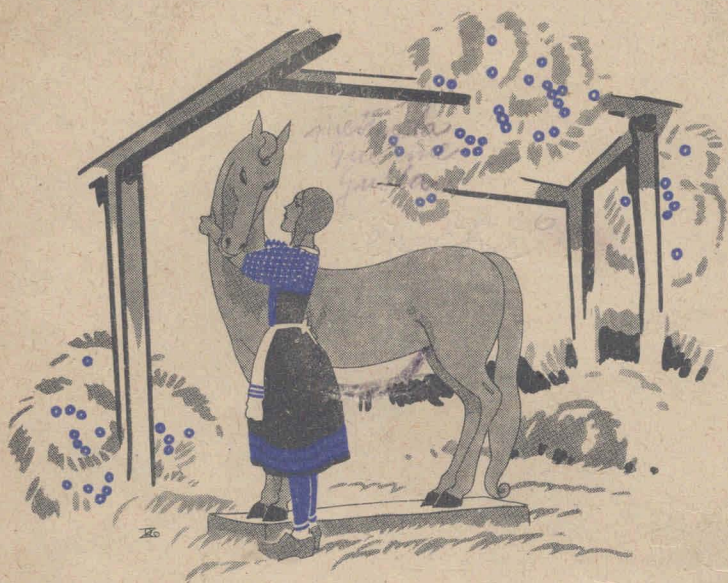


Y sopló el viento, y se llevó el sombrero e hizo correr a Conrado. Cuando éste volvió hacia rato que la Princesita se había peinado. No pudo cogerla ningún cabello y siguieron ocupados en guardar los gansos hasta la noche.

Pero cuando llegaron a casa, Conrado, disgustado por el mal éxito de sus tentativas de apoderarse de algunos cabellos de la Princesita, se presentó al Rey, y le dijo:

— No quiero guardar más los gansos con esa muchacha.





— ¿Por qué? — preguntó el monarca.

— Porque en todo el día no se ocupa más que en hacerme rabiar. Además, he observado una cosa extraña: todos los días cuando vamos a nuestro trabajo, al pasar por un cobertizo de las afueras de la ciudad, en el que hay un caballo disecado, dirige algunas palabras al caballo y el caballo la contesta.

— ¿Qué le dice? — interrogó el Rey, intrigado.

— ¡Oh, mi querido Falada! Me acordaré siempre de ti.  
— Y el caballo responde —: ¡Oh, mi querida Princesita! Si tu madre supiera lo que pasa, se le partiría el corazón.

A continuación, el muchacho contó al Rey cómo quería apoderarse de algunos de los cabellos de la joven, que le parecían de oro, y cómo se lo impedía siempre el aire violento que en aquel momento soplaba, obligándole a correr detrás de su sombrero.

El Rey, fuertemente impresionado por aquel relato y comprendiendo que allí se ocultaba algún misterio, trató de descubrirle por sí mismo, y dijo a Conrado, que al día si-

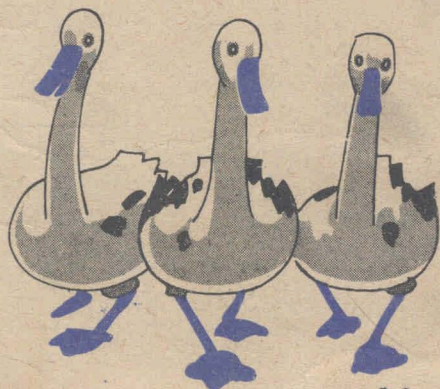
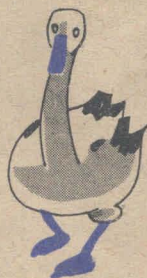


# CUENTOS DE GRIMM

guiente saliera como de costumbre con la muchacha, sin mostrar resentimiento alguno hacia ella ni decirle nada de lo que habían hablado.

Salieron los muchachos al siguiente día con los gansos, y al llegar al cobertizo, el Rey, que se les había adelantado y les esperaba, escondido en aquel sitio, escuchó las palabras que cambiaron entre sí Falada y la Princesita, que fueron las mismas de los días anteriores. Después, fué siguiéndoles por el campo, y oculto tras unos árboles, presenció la escena del peinado de la joven y las carreras de Conrado para recuperar su sombrero. El Rey, abandonó a poco aquellos lugares y por la noche llamó a la muchacha a su presencia. Después de decirle que estaba enterado de todo, porque había escuchado su diálogo con el caballo, y había visto también las incidencias de su peinado en el campo, la rogó que le explicase el significado de todo aquello.

— No puedo decíroslo — contestó la Princesita — porque sería tanto como contaros mi desventura, y he jurado no revelar mis penas a nadie. Si no hubiese prestado este juramento seguramente me hubieran quitado la vida.







Comprendió el Rey que la joven no le revelaría sus secretos por no quebrantar su juramento, y por eso no insistió en su demanda; pero entendiendo que en aquel misterio se encerraba una injusticia que era su deber remediar, apeló a una estratagema, que la Princesita en su candidez e inocencia no pudo traslucir.

—Bien, hija mía — dijo el Rey —; no quiero violentarte, ni que por consideración a mí, infrinjas el juramento que has prestado; pero como al mismo tiempo considero que te servirá de gran consuelo, desahogar tu pecho confiando tus penas a alguien, aunque sea a las nobles princesas, cuyos retratos ves colgados en las paredes de esta cámara, te dejo aquí sola para que puedas hacerlo, si quieres.

Y salió, quedándose escondido tras las cortinas de la estancia. Poco después, pudo escuchar el Rey a la Princesa, que decía:

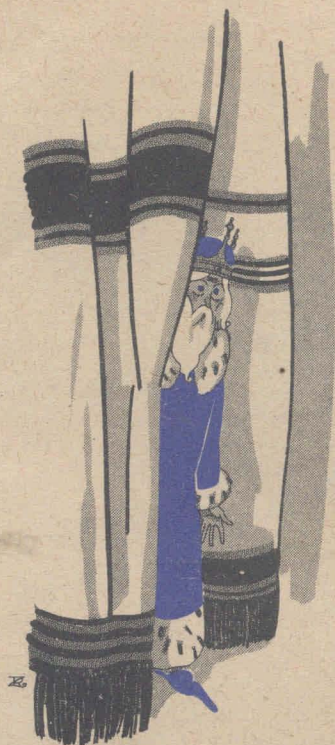
— ¡Pobre de mí! ¡qué desgraciada soy! Tan feliz como yo era al lado de mi madre, la Reina de las Trenzas de Plata, y verme ahora reducida a la mísera condición de guardadora de gansos. Y todo por la ambición de una doncella ingrata y desleal, que me obligó por la fuerza a entregarla mis vestidos, que después tomó mi puesto al lado del Príncipe, mi prometido, y por último, me hizo jurar no revelar a nadie esta substitución. ¡Madre mía, cuándo volveré a verte!





*... y oculto tras unos árboles presencié la escena del peinado de la joven y las carreras de Conrado...*





No necesitó más el Rey para comprender, a través de estas lamentaciones, quién era la guardesa de gansos y todo lo que había sucedido.

Ardiendo en noble indignación hacia la usurpadora, y lleno de piedad y de ternura hacia la gentil Princesita, volvió a entrar en la estancia, y abrazándola cariñosamente la dijo:

— Hija mía, muy amada; permítame que te dé este nombre, porque ahora conozco tu verdadera personalidad. Ten confianza en mí, que muy pronto van a cesar tus penas.

Y después de ordenar a sus servidores que la proporcionasen los vestidos y alhajas correspondientes a su rango, el Rey ordenó que Constanza compareciese en su presencia, y astutamente, la dijo:



# CUENTOS DE GRIMM

— Aunque contraviniendo por esta vez la costumbre tradicional, he dispuesto que vuestra madre, la Reina de las Trenzas de Plata, mi buena amiga, acuda a presenciar la ceremonia de las bodas; y a ese efecto, la he enviado un mensajero con el ruego de que se digne venir. Espero que llegará de un momento a otro.

La doncella se inclinó delante del Rey, sin contestar y salió rápidamente de la regia estancia. El Rey vió en esta actitud de la doncella, que ni siquiera le había dado las gracias por esta atención hacia su supuesta madre, una muda confesión de su culpa. En efecto, Constanza, al escuchar aquellas palabras del Rey se consideró descubierta, y temiendo el severísimo castigo que habrían de imponerla, pensó que debía





# BIBLIOTECA PERLA

desaparecer cuanto antes para librarse de él si aún era tiempo. Así lo hizo sin perder momento. Afortunadamente para ella nadie la vió bajar a las caballerizas, ensillar uno de los mejores caballos y salir por una de las puertas de la servidumbre del palacio. Puso el caballo al galope tendido, y se alejó apresuradamente de aquellos lugares, desapareciendo en las tinieblas de la noche. Cuando al día siguiente notaron su ausencia, el Príncipe, dolido por el engaño quiso salir a perseguirla, pero el Rey lo impidió, diciendo que lo mejor era dar al olvido lo pasado y no ocuparse más que de la felicidad que a todos les aguardaba.

El Rey informó al Príncipe de lo que había ocurrido, y éste quedó maravillado de la espléndida hermosura de la Princesita y de lo que aún valía más; de las admirables dotes de ternura y de bondad de que estaba adornado su corazón, y no hacía más que bendecir al cielo que tan generosamente le había dado una compañera ideal para su vida. Todos es-





# CUENTOS DE GRIMM



taban encantados, contentísimos esperando la llegada de la Reina de las Trenzas de Plata. Porque, efectivamente, el Rey la había mandado llamar, no sólo para desenmascarar a la intrigante doncellita; sino porque deseaba romper la tradición que la privaba de la satisfacción de asistir a la boda. La envió un mensajero con el recado urgente de que un asunto de la mayor importancia exigía cuanto antes su presencia en Palacio. La Reina, temiendo alguna desgracia, dispuso inmediatamente el viaje ordenando que se hiciera a marchas forzadas.

Al pasar por las inmediaciones del río donde la Princesita había perdido el pañuelo que había de servirle de amuleto, su vista perspicaz descubrió un objeto blanco en el que, aun de lejos, se divisaban las señales de las tres gotas de sangre. Alármada la Reina, mandó que la comitiva se detuviese, y se dispuso a ver por sí misma lo que era aquello. Pronto advirtió que aquel objeto no era otra cosa que el mágico pañue-





# BIBLIOTECA PERLA



lo, que flotaba al aire prendido en unos arbustos de espino que crecían a orillas del río. No le cupo ya duda de que a su hija le había sucedido alguna desgracia.

Por fortuna, sus temores se desvanecieron bien pronto, pues no tardó en divisar un tropel de gentes que venían en dirección contraria, y en los que pudo reconocer, a pesar de la



distancia que todavía los separaba, a soldados del viejo monarca. Éste avanzaba también en una carroza con su hijo el Príncipe y la Princesita.

Al reunirse ambas comitivas, el Príncipe descendió de su coche y, como cumplido caballero, ofreció sus respetos con gran gentileza a la Reina, besándola la mano. Estrechamente abrazadas madre e hija dieron rienda suelta a su alegría y la Reina, tranquilizada ya en parte, al ver tan contenta y tan feliz a la Princesita, preguntó al Rey a qué obedecía su



# CUENTOS DE GRIMM

llamamiento. El Rey la explicó brevemente lo sucedido, y entonces la Reina entregó el pañuelo a la Princesita, diciéndola cómo lo había encontrado, y achacó a su pérdida, las desgracias de que había sido víctima.

Cuando llegaban cerca ya de la ciudad, la Reina mostró deseos de saber el lugar donde se encontraba el fiel Falada.



Fueron todos al cobertizo, y la Reina apenas le vió se llegó a él, y pidiendo el pañuelo a la Princesita frotó fuertemente la cabeza del noble animal, y le dió unas cariñosas palmadas en el cuello. Grandemente admirados quedaron todos al ver que el caballo recobraba la vida instantáneamente. Levantó un poco las patas delanteras, lanzó dos alegres relinchos y vino a postrarse de hinojos a los pies de la Princesa como si la pidiera que le hiciera el honor de cabalgar en su lomo. La Princesita entendió su ruego, y subió con gran presteza sobre





...Estrechamente abrazadas madre e hija dieron rienda suelta a su alegría...

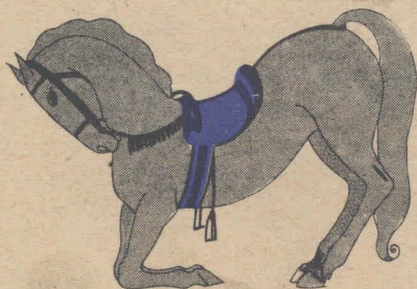


# CUENTOS DE GRIMM

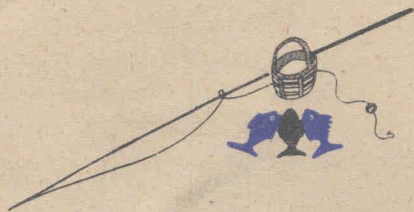
el caballo, que avanzó majestuosamente, seguido de toda la comitiva hacia Palacio.

Las gentes batían palmas y aclamaban con vítores a los Príncipes y a los Reyes, e iguales manifestaciones de entusiasmo tuvieron lugar de allí a dos días en la ceremonia de las bodas, que se celebraron con gran boato y esplendor, como correspondía a la elevada alcurnia de los desposados.

Éstos fueron dichosísimos, y cuando pasados unos años, heredaron la corona de sus padres, gobernaron sus Estados con tanto acierto y rectitud durante su largo y venturoso reinado, que les acompañaron siempre las bendiciones, la gratitud y el cariño de sus felices súbditos.







EL PESCADOR

Y

SU MUJER

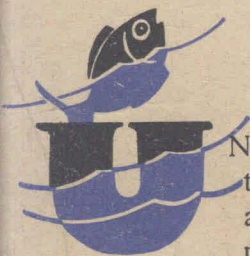








# EL PESCADOR Y SU MUJER



UNA vez había en una isla del Pacífico un matrimonio que vivía en una miserable choza, a orillas del mar. Eran muy pobres, pues apenas si disponían de lo estrictamente preciso para su sustento y vestido. El marido era pescador, y todos los días bajaba con sus anzuelos a una ensenada que formaba el mar al pie de unos acantilados de la costa para buscar



# BIBLIOTECA PERLA

en la pesca el medio de subvenir a las pequeñas necesidades del matrimonio. También trepaba por las peñas para buscar mariscos, que luego vendía en la pescadería del pueblo, y se ingeniaba de mil maneras para aumentar sus escasos recursos.

Pedro, que así se llamaba este pescador, era un hombre excelente, honrado a carta cabal, de carácter sencillo, humilde y bondadoso. En medio de la estrechez en que vivía, se consideraba feliz; y exento de sueños ambiciosos, nunca se le ocurrió pensar que su vida pudiera modificarse. Aceptaba su pobreza con sana filosofía, comprendiendo en su buen sentido natural que la resignación es, no sólo una virtud, sino el mejor bálsamo para soportar las contrariedades de la vida. Por eso, su buen humor jamás se alteraba, y siempre se le veía alegre y satisfecho.

Su mujer era el reverso de la medalla. De carácter huraño y colérico, no sufría la menor contradicción; por el más leve motivo, prorrumpía en furiosas maldiciones. En todo encon-





# CUENTOS DE GRIMM

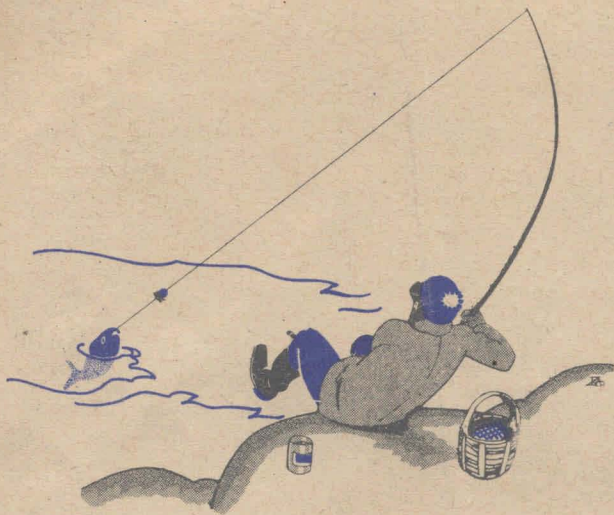


traba defectos, lo mismo en las personas, que en las cosas; para ella, las gentes del pueblo en que habitaban eran holgazanes, intrigantes y desvergonzados, cuando no les atribuía peores cualidades; su marido, un simple, incapaz de hacer nada que fuera de provecho; la casa en que vivían, una pocilga; la comida, detestable.

El bueno de Pedro hubiera sido el hombre más dichoso del mundo de haber tenido más fortuna en su matrimonio; pero el genio despótico e iracundo de su mujer, que constantemente le hacía víctima de sus iras, enturbiaba a ratos su buen humor. Gracias a su inagotable paciencia, que era como un dique donde se estrellaban las intemperancias de su mujer, podía soportar la convivencia con su esposa. Varias veces intentó rebelarse y sacudir el yugo que le oprimía, imponiendo su autoridad; pero su carácter débil y apocado, no era el arma más a propósito para luchar en la desigual pelea. Vencido en una y otra ocasión por aquel basilisco con faldas, renunció definitivamente a sus ansias de independencia, y no volvió a contradecir a su mujer. Al revés, la daba en todo la razón, comprendiendo que sólo así, es como podría disfrutar de una tranquilidad relativa.

Una hermosa mañana de Mayo, salió de su casa Pedro, y se dirigió, como de costumbre, al mar. Hacía un día magní-





fico; en el cielo, completamente limpio de nubes, brillaba el sol llenando de luz el pintoresco paisaje; las flores lucían sus galas primaverales y perfumaban el ambiente; la brisa suave del mar ponía una nota de frescura en la atmósfera, tibia por los rayos solares. Todo, en aquella hermosa mañana, predisponía a la felicidad, y Pedro, que no era insensible a los encantos de la Naturaleza, marchaba contento, augurando un buen día de pesca.

El mar en completa calma, brillaba con reflejos de plata, y las olas, levemente rizadas, venían a deshacerse en espuma en la orilla con rítmico y sosegado movimiento. Pedro montó su aparejo y le lanzó al agua. Sentado en la prominencia de una roca que avanzaba hacia la superficie del líquido elemento, no apartaba su vista del flotador, esperando verle agitarse con ese estremecimiento que tan grato es a los pescadores, porque les indica que algún pez ha mordido la carnada o el gusano que han puesto como cebo.

Pero el corcho permanecía inmóvil. El pescador, extrañadísimo, esperó en vano más de una hora; el día, que él se pro-



# CUENTOS DE GRIMM

metía tan abundante, iba a resultar de los peores. Ya iba a marcharse a otro lugar, convencido de que en aquel sitio no pescaría nada, cuando el corcho empezó a moverse, suavemente al principio, y con fuertes oscilaciones después. El corcho se hundía y la caña se doblaba; era indudable que el pez que tiraba del anzuelo debía de ser un pez de respetable peso.

Pedro tiró con fuerza, y apareció, clavado en el anzuelo, ante los atónicos ojos del pescador, un hermosísimo barbo de lucientes y plateadas escamas adornado. Sujetando con ambas manos la caña, la hizo describir en el aire un rápido semicírculo, y el pez vino a caer a pocos pasos de sus pies, encima de una roca.

Pedro, lleno de alegría, se abalanzó a él, y con gran pres- teza y habilidad le desclavó del anzuelo, y se dispuso a echar-





# BIBLIOTECA PERLA

le en la cesta; pero, en este momento, el barbo rompió a hablar, diciendo:

— Te suplico que me dejes vivir. Yo no soy, verdaderamente un pez, sino un príncipe encantado. ¡Déjame, te lo ruego! ¡Devuélveme la libertad, que es el único bien que me queda!

Pedro, absorto, miraba al pez en su mano, que con ojos mortecinos parecía implorar su compasión; y vacilaba ante el partido que debía tomar. Poco duraron sus dudas; sus generosos sentimientos se impusieron prontamente a su codicia, y el honrado pescador, abriendo su mano, dejó caer al pez en el agua, que desapareció en seguida de la superficie.

— ¡Bah! — murmuró para sí —; al fin y al cabo mi mujer no habrá de enterarse. Cierto que era un hermoso ejemplar que me habría valido bastante dinero; pero bien compensada queda esa pérdida con la satisfacción de haber hecho una buena obra.

Y alegre y contento, con esa paz del corazón que sólo pro-





# CUENTOS DE GRIMM



porciona el deber cumplido, renunció por aquel día a la pesca y se volvió a su casa.

Sin embargo, la aventura le había impresionado. Su mujer advirtió su preocupación, al ver que apenas probaba la comida que le había servido, y le preguntó si estaba enfermo, o a qué otra causa obedecía su aspecto, tan distinto del acostumbrado. Pedro, aunque se había propuesto ocultar a su mujer lo sucedido, era incapaz de mentir, ni de disfrazar sus pensamientos; así que la refirió lija y llanamente la extraña escena de que había sido actor aquella mañana, a orillas del mar.

— ¿De manera que el barbo era un príncipe? ¿Y no le has pedido nada por haberle salvado la vida?

— ¡Mujer! ¿Qué quieres que le pidiera? — El pescador, en su sencillez, no creyó que el favor que había prestado al pez mereciera ninguna recompensa.

— ¡Qué sé yo! Cualquier cosa — dijo la mujer —. Está visto que eres completamente tonto. ¡Haber desperdiciado una ocasión como ésta! Si soy yo la que estoy allí, le hubiera pedido una casa mejor que esta choza, que es una vergüenza que vivamos en ella. Pero puede que aún sea tiempo de remediarlo. Como ese príncipe está encantado, seguramente tendrá relación con las hadas, y podrá hacer cosas extraordinarias. Ahora



# BIBLIOTECA PERLA

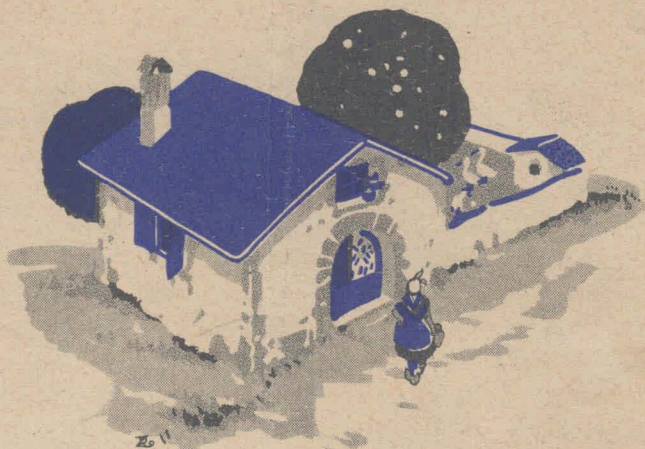
mismo vas a ir a pedirle la casa que te he dicho, que buena falta nos hace.

El pescador se negaba a obedecer a su mujer, considerando que perdería lastimosamente el tiempo, porque el pez no le haría ningún caso, aunque pudiera oírle, cosa que él dudaba; entendía que sería de más provecho ir a otra parte de la costa a coger mariscos. Pero tanto insistió su mujer, y tal era ya la costumbre de Pedro de atender todas sus indicaciones, que, aunque contrariado, se encaminó al mar, sin replicar más.

Cuando llegó al sitio en que había tenido lugar la escena de la mañana, el mar, aunque un poco más agitado, seguía en magnífica calma y ostentaba un precioso color verde. A lo lejos se divisaban las blancas velas de algunas lanchas que volvían de la pesca. Pedro no participaba de las ilusiones ni aun de los deseos de su mujer, pero, por obedecerla, se acercó a la orilla,



# CUENTOS DE GRIMM



y rodeando su boca con las manos, a manera de bocina, dijo:

— ¡Barbo, mi querido barbo, vengo a pedirte una cosa que desea mucho mi mujer!

En el acto sacó el barbo la cabeza fuera del agua, y preguntó:

— ¿Y qué es lo que quiere?

— Pues se empeña en que nos des una casa muy linda, porque la que tenemos es muy fea, y muy pobre.

— Concedido — respondió el barbo —. Vuelve a tu casa y encontrarás cumplido el deseo de tu mujer —. Y en seguida desapareció debajo del agua.

Pedro apenas podía dar crédito a lo que acababa de suceder en tan cortos instantes, creyendo que había sido ilusión de sus sentidos. Para salir de dudas, desanduvo rápidamente el camino que le separaba de su casa, y al llegar cerca de ella, sus ojos asombrados contemplaban con admiración, mezclada a cierto recelo, una pequeña, pero lindísima casita que se alzaba en el recinto de su antigua vivienda.

Su mujer, al verle llegar, le gritó de lejos:

— ¡Ven pronto; mira qué casa tan bonita!

Pedro aceleró el paso, y cuando llegó a la casa, su mujer, sin dejarle lugar al descanso que necesitaba por su larga cami-





# BIBLIOTECA PERLA



nata, y rebosando orgullo y satisfacción, le fué mostrando el interior de aquella simpática vivienda.

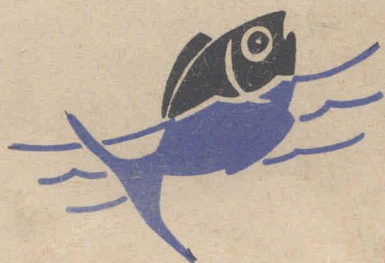
— Esta casa es una preciosidad — decía, a medida que iban recorriendo las distintas habitaciones —. Nuestros cuartos son amplios y bien ventilados. La salita es una monada, y la cocina muy alegre. Además, mira qué muebles tan lindos. Para colmo de bienes, a la espalda hay un corral con pollos y patos y un jardincito con legumbres y flores.

Pedro estaba estupefacto. La contemplación de aquella casa, cuya posesión jamás hubiera podido imaginar, ni aun en los más atrevidos sueños de su fantasía, le llenaba de regocijo. Por otra parte, su buen sentido le decía que aquello excedía de los límites de lo natural, y que lo que fácilmente se consigue, con la misma facilidad se pierde, pues únicamente los bienes que se logran por el propio esfuerzo, por la virtud, la honradez y el trabajo son los que perduran. Esta consideración nublaba su alegría; pero es tan humana la satisfacción que produce el disfrute de los bienes materiales, y era, además, tan grata la sensación de bienestar que sentía en medio de aquélla, para él, inusitada riqueza, que bien pronto sus temores y escrúpulos se acajaron, y exclamó lleno de alegría:

— ¡Qué bien lo vamos a pasar ahora!

— Yo también estoy muy contenta — dijo la mujer —; es esta casa tan bonita y tan linda, que en ella me siento otra mujer distinta de la que antes era.

Desgraciadamente, no había de ser duradera en la esposa del pescador esta reacción saludable. Durante quince días vivió el matrimonio muy a gusto, y apenas si la mujer refun-





# CUENTOS DE GRIMM

fuñó una o dos veces nada más, caso insólito, en ese espacio de tiempo. La ambición y el orgullo no habían desaparecido de su corazón; solamente se habían acallado con la posesión de la nueva casa; pero, transcurridos esos días, una y otro despertaron de su letargo y exigieron mayores satisfacciones en el pecho de la mujer. Ésta, que carecía de la virtud necesaria para extirpar tan voraces y dominadoras pasiones, se dejó doblegar por ellas, y de nuevo asomó su carácter agrio e iracundo. No pudiéndose contener más, dijo un día su marido:



— Oye, Pedro; esta casa es sumamente pequeña, y el jardín, como la palma de la mano. Yo no seré dichosa, ni podré estar tranquila, hasta que viva en un palacio suntuoso. Ya sabes lo que con esto te quiero decir.

Pedro, que la había entendido de sobra, contestó:

— Pero, mujer, si apenas hace quince días que el excelente príncipe nos ha regalado una casa, como no hubiéramos podido soñarla; ¿quieres que vaya ahora a molestarle de nuevo? Nos tacharía, con razón, de ambiciosos, y me enviaría a paseo, y haría muy bien.

— Te engañas. Lo que quiere el príncipe es tenernos contentos. Menudo favor le hiciste tú al perdonarle la vida. Además, a él nada le cuesta complacernos. Lo mismo que nos dió la casa nos podrá dar cuantas cosas le pidamos.

— Yo creo que es una temeridad — insistió Pedro —. Se va a enfadar.

— ¡Que se enfade! — gritó la mujer, colérica y descompuesta —. Eso no es cuenta tuya. He dicho que tienes que ir e irás.

— Bien, bien; no te pongas así — respondió el pescador —.





# BIBLIOTECA PERLA



Sigo creyendo que es un disparate hacer eso; pero puesto que te empeñas, iré.

Y el buen hombre, para evitar nuevas disputas, salió de su casa, y se encaminó a la playa. Hondamente preocupado y afligido, marchaba despacio, como queriendo retardar el momento de llegar a la orilla del agua. El mar estaba aquel día de color azul oscuro, casi violeta, pero tranquilo. Pedro se puso de pie encima de la peña, y gritó como la primera vez:

— ¡Barbo, mi querido barbo, vengo a pedirte una cosa que desea mucho mi mujer!

— ¿Y qué quiere tu mujer? — respondió el pez, que apareció en el acto sacando la cabeza del agua.

— Figúrate — contestó Pedro, confuso — que ya no le gusta la linda casita que nos regalaste, y ahora quiere un palacio suntuoso de mármol y piedra.

— Vuelve a tu casa — dijo el barbo — que su deseo ya está cumplido.

Cuando Pedro vió desaparecer al pez debajo del agua, se tranquilizó. Temía una fuerte reprimenda y aun males mayores, y el bondadoso pez, lejos de reñirle, le había complacido. Sosegado, pues, pero no satisfecho, volvió a su casa, sin el apresuramiento con que corrió quince días antes para ver la casita. Sin saber a qué atribuirlo, sentía allá en lo íntimo de su ser un desasosiego y una inquietud que en vano trataba de desechar. Aunque todavía no había llegado a su casa, tenía por cierto que el pez había obrado el milagro que le había pe-





# CUENTOS DE GRIMM



dido; pero era no menos verdad que, a pesar de eso, el honrado pescador no sentía aquella satisfacción interior que es compañera constante de las alegrías puras y verdaderas.

Cuando llegó a su casa, encontró a su mujer paseándose por el inmenso patio de un palacio espléndido.

— ¡Qué bueno es ese barbo! — exclamó la mujer al ver a su marido —. ¡Mirá qué soberbio es el palacio que nos regala!

Entraron en el vestíbulo, que era de mármol. De allí arrancaba la monumental escalera, orlada a ambos lados por artística balaustrada, que conducía a las habitaciones del piso principal. Una porción de criados con uniformes galoneados de oro les abrieron las puertas de los ricos aposentos llenos de muebles dorados, y tapizados con preciosas telas de seda y damasco. En las paredes lucían bellísimas obras de arte, y por doquier se veían diseminados en elegante desorden armaduras, jarrones, bronces y mil otros objetos artísticos y curiosos. El conjunto constituía un alarde de suntuosidad, riqueza y buen gusto.

Detrás del palacio había un inmenso jardín donde brota-





... Entraron en el vestíbulo, que era de mármol. ...

# CUENTOS DE GRIMM



ban las flores más bonitas y exóticas; y más allá, un magnífico parque donde corrían ciervos y gamos, y volaban toda clase de pájaros. A uno de los lados se encontraban las caballerizas con caballos de lujo, de silla y de tiro, y elegantes coches de diversas formas, y un establo lleno de hermosas vacas.

Pedro estaba deslumbrado, y así lo declaró ingenuamente, y sus ojos parecían desvanecidos por la contemplación de tantas maravillas. Aquél, más que palacio, juzgaba que era un sueño de hadas, algo que sobrepujaba en belleza y esplendor a lo que la imaginación más éxaltada hubiera podido crear en un delirio de grandeza. El bueno del pescador no creía vivir en este mundo.

— Lo que es ahora — exclamó, volviéndose hacia su mujer —, me parece que no tendrás más que pedir.

— Eso mismo me estaba yo diciendo. En este momento no se me ocurre nada más que pedir; pero ¡quién sabe! Mañana lo pensaré.

Pedro miró a su mujer con ojos extraviados, como dudando de que tuviera sano el juicio. Motivos sobrados tenía ya para afirmar que en el corazón de su esposa la locura de grandezas



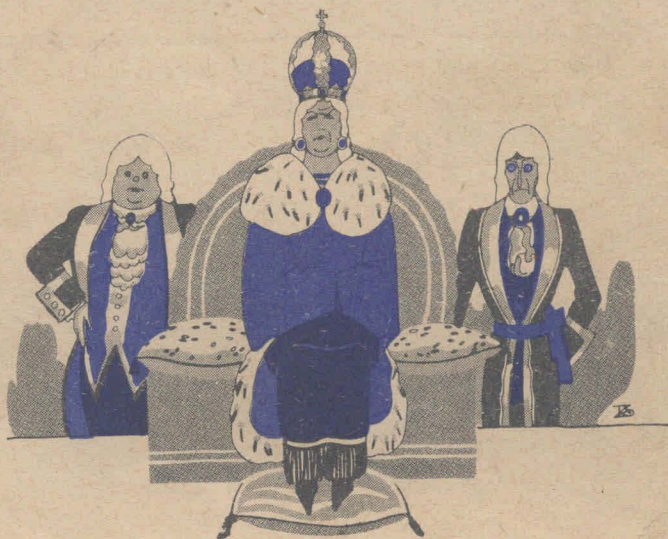
y la ambición más desmedida se sobreponían a todo otro sentimiento; pero al escuchar aquella descabellada respuesta, que de manera tan clara ponía al descubierto, la insensatez de su mujer, se recrudecieron sus temores y sus preocupaciones y no vaciló en augurar un final desastroso para aquella desventurada.

Sentáronse a la mesa, y les sirvieron exquisitos manjares, que Pedro apenas probó. No le satisfacían, porque su espíritu no estaba en paz. Recordaba con deleite aquellas sencillas viandas, más acordes con su humilde condición, que le servían de alimento en otros tiempos más felices; cuando tenía tranquila la conciencia. Ahora se consideraba; por su debilidad, cómplice en alguna manera de la locura de su mujer.

No tardaron en cumplirse las predicciones del pescador. Pasaron unos días y no encontrándose satisfecha todavía aquella insaciable mujer con los bienes que poseía, dijo a su marido:

— Ciertamente es magnífico este palacio y cuanto en él se encierra; pero mi dicha sería completa si todos los habitantes de esta comarca me rindiesen homenaje de sumisión.

— ¡Cómo! — exclamó Pedro estupefacto — ¿Quieres una



# CUENTOS DE GRIMM



corona real? Por mi parte te aseguro que no deseo mandar en nadie.

— Efectivamente, quiero ser reina. Y ahora mismo vas a ir a pedírselo al simpático barbo.

El pescador sintió impulsos de rebelarse contra aquel absurdo capricho. Ya iban siendo demasiadas las genialidades de su mujer y se hacía preciso ponerlas término con un acto de energía. Pero a Pedro le aconteció lo que tantas otras veces. Sus pensamientos eran discretos, y rectas sus intenciones; pero al tratar de llevarlos a la práctica su flaca voluntad carecía de la decisión necesaria para imponerse. De nuevo cedió, y encogiéndose de hombros, marchó en busca del mágico pez. Iba temeroso y desconfiado del buen éxito de su empresa. Esta contumacia de su esposa, que con nada se contentaba, indudablemente había de irritar al pez.

Al llegar a la playa, el mar estaba de color gris oscuro, y bastante alborotado, y estos detalles le parecieron síntomas de mal agüero. Acercándose a la orilla empezó a decir, como de costumbre:

— ¡Barbo, mi querido barbo, vengo a pedirte otra cosa que desea mucho mi mujer!





# BIBLIOTECA PERLA



— ¿Qué más quiere? — dijo el pez, que se presentó inmediatamente, sacando la cabeza fuera del agua.

— Se le ha puesto en la cabeza ser reina.

— Vuelve a tu casa, y la encontrarás en un trono.

— Menos mal que no se ha incomodado — dijo Pedro para sí; y emprendió el regreso, muy satisfecho de haber salido con bien de aquel trance, pero triste y disgustado al considerar la inconcebible ceguera de su mujer, que no advertía las consecuencias que podría acarrearles su insaciable vanidad.

Cuando llegó al palacio, su mujer estaba, efectivamente, sentada en un suntuoso trono de jaspe y piedras preciosas, ceñida a sus sienes una magnífica corona real de oro puro, y rodeada de una brillante corte. Las damas de honor, todas muy hermosas vestían regiamente, y los caballeros lucían vistosos uniformes. A la puerta del palacio daban guardia soldados con soberbias corazas de plata; una música militar entonaba en la antecámara preciosas melodías; y una nube de lacayos con pelucas empolvadas y ostentosas libreas poblaba las habitaciones.

Pedro esperó a que terminase la recepción que se estaba celebrando, y cuando se encontró a solas con su mujer, la dijo, poniendo en sus palabras un leve matiz de ironía:

— Espero y deseo, que habrás llegado al colmo de tus aspiraciones. La que fué más pobre que las ratas se ha convertido en una poderosa reina.



# CUENTOS DE GRIMM



La mujer, herida en su orgullo por aquella intencionada frase, se revolvió iracunda, como si la hubiese picado una víbora, y queriendo probar a su marido que su ambición no reconocía límites, le contestó:

— Te diré... Ser reina es una cosa agradable, sin duda; pero hay algo mejor, y no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Yo quiero ser emperatriz, para mandar en los reyes, y tienes que pedírselo al barbo.

— ¡Qué disparate! ¡Tú has perdido el juicio! A cualquiera hora vuelvo ya al barbo con una petición semejante.

— ¿Que no? Ahora mismo — contestó la despótica mujer —. No admito observaciones ¿has entendido? Soy la reina, y tú el primero de mis súbditos. Obedéceme, pues, en el acto.

Esta vez Pedro no se asombró, porque ya no podía asombrarse de nada. Reflexionó un momento sobre la decisión que





# BIBLIOTECA PERLA



debía adoptar, y su temperamento acomodaticio encontró una razón para complacer por última vez a su mujer. Como ya no es posible que pueda pedir nada más alto que lo que ahora desea, iré a ver al barbo, y si me complace, es seguro que no tendré que volver a molestarle.

Entregado a estos pensamientos llegó a la orilla del mar, el cual aquel día estaba negro como la tinta; el viento soplaba con furia levantando olas enormes.

— ¡Barbo, mi querido barbo! — gritó — mi mujer aún quiere algo todavía.

— ¿Y qué es lo que pide? — preguntó el pez sacando la cabeza del agua.

— Las grandezas la han trastornado, y ahora quiere ser emperatriz — contestó Pedro.

— Vuélvete, que ya está concedido.

— Pues señor — murmuró Pedro —, decididamente, este





# CUENTOS DE GRIMM

pez es la bondad en persona. Gracias a Dios, ya estoy libre de apuros, y no tendré necesidad de acudir nuevamente a solicitar ninguna otra cosa.

Cuando el pescador volvió, hallóse ante un inmenso palacio más suntuoso aún que el primero, todo de mármoles finísimos y planchas de oro en los techos y en las paredes.

Después de haber pasado por un anchuroso patio lleno de hermosas estatuas, y de fuentes que destilaban aguas olorosa-



mente perfumadas atravesó un salón en el que vió numerosos guardias de honor; y después de cruzar por infinidad de departamentos adornados con maravilloso lujo, llegó al salón principal del palacio, donde sobre un trono de oro macizo, estaba su mujer vestida con regio traje de brocado y manto de púrpura orlado de rubíes, brillantes y esmeraldas, y en la cabeza una corona tan rica, que ella sola valía más que muchos reinos. La corte que la rodeaba se componía solamente de príncipes y de duques. Los marqueses y condes habían sido relegados a la antecámara. La nueva emperatriz rebosaba orgullo y alegría al contemplarse ante aquellos esplendores.

— Ahora — la dijo Pedro al verla —, ya estarás satisfecha.



# BIBLIOTECA PERLA

Es imposible que puedas pedir nada, porque no ha habido nunca fortuna comparable a la tuya.

— ¡Ya te lo diré mañana! — respondió ella.

Sirvióse un magnífico festín, acabado el cual, la mujer del pescador se retiró a sus habitaciones, pero no pudo dormir. La atormentaba la idea de que pudiera haber cosa mejor que un imperio. Su ambición aún no se había saciado, y deseaba. . . no sabía qué; algo que aplacase aquella sed nunca satisfecha



de vanidades y de placeres. Como no podía conciliar el sueño, se levantó al amanecer, y vió que el día estaba nublado.

— ¡Qué fastidio! — murmuró —. Yo quisiera ver el sol, porque las nubes me entristecen. Mas para que éstas desaparezcan y brille el sol, necesitaría el poder de Dios, que es el que manda en los astros. ¡Ah! — gritó — ya sé lo que tengo que pedir. ¡Quiero ser tan poderosa como Dios!

Llamó inmediatamente a su marido, y le ordenó:

— Pedro, ve en seguida a decir al barbo que deseo tener sobre el Universo la misma omnipotencia que Dios. De seguro que no te lo niega.

El pescador sufrió tal impresión al escuchar aquel deseo



# CUENTOS DE GRIMM



satánico, que tuvo que apoyarse en un mueble para no caer al suelo.

— Pero, mujer, preciso es que estés dominada por una ambición diabólica. ¿No te basta reinar sobre un imperio tan dilatado?

— No; me molesta mucho no poder hacer salir el sol, la luna y las estrellas cuando yo quiera. Deseo mandar al Universo como Dios.

Pedro quedó aterrado al oír aquellas palabras impías. Reponiéndose un poco, repuso:

— Además, eso excede al poder del barbo, que nos va a castigar por una petición tan insensata.

— ¡Imbécil! A una emperatriz no se le replica — contestó aquella indómita mujer con reconcentrada ira —. Si no vas ahora mismo, mandaré que te quiten la vida.

Era inútil hacer observaciones a aquella encolerizada salvaje, que parecía una furia del Averno; por lo que el bueno de Pedro con el corazón encogido se puso en marcha. En el mar reinaba una horrorosa tormenta que doblaba los más corpulentos árboles del bosque y hacía temblar hasta las rocas. El pescador llegó a la playa con mucho trabajo porque el violen-



# BIBLIOTECA PERLA

to huracán que se había desencadenado, le impedía avanzar. Las olas eran tan altas como montañas y se lanzaban unas sobre otras con infernal estrépito.

— ¡Barbo, mi querido barbo — gimió el pescador — yo no quería venir, pero mi mujer me ha obligado a ello, para pedirte la última cosa que solicitaba de ti!

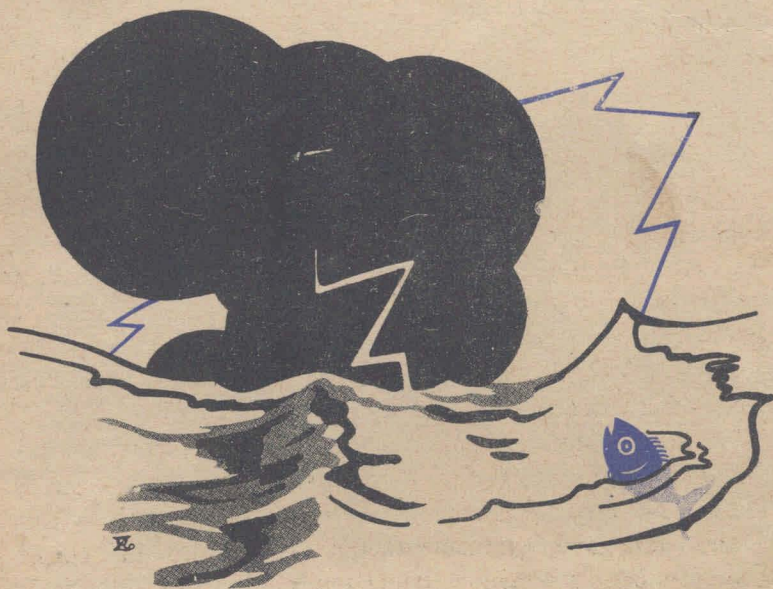
En aquel momento un rayo formidable rasgó el cielo, y a su luz deslumbrante, vió al barbo que sacaba la cabeza fuera del agua, y escuchó que le preguntaba:

— ¿Qué es?

— Casi no me atrevo a decírtelo — respondió Pedro —. En fin, quiere ser tan poderosa como Dios Nuestro Señor.

— Vuélvete a casa, y encontrarás a tu mujer en la miserable choza de donde yo la había sacado.

La tempestad cesó como por encanto, y ¡oh, prodigio! Pedro recobró al instante su perdida tranquilidad, y en su corazón volvieron a reinar la alegría y el buen humor que siempre





# CUENTOS DE GRIMM



le habían acompañado. Cuando regresó a su casa el palacio y los esplendores habían desaparecido, y contempló a su mujer, vestida de harapos, que lloraba con desconsuelo sentada a la puerta de la primitiva cabaña.

Pedro no se apuró. Con su calma acostumbrada, cogió sus redes y se fué a pescar. Su vida transcurrió en el trabajo, proporcionándole paz en el corazón y alegría en el alma. Su mujer, en cambio, no volvió a disfrutar de un momento de calma ni de dicha. Fatales consecuencias de la ambición y de la soberbia.

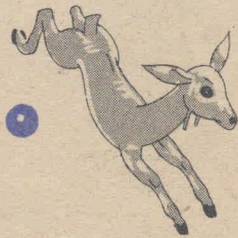








LOS  
CABRITOS  
Y EL LOBO










## LOS CABRITOS Y EL LOBO



HABÍA una vez una vieja cabra que tenía siete cabritos, y los quería con ese amor único que las madres profesan a sus hijos. Tres eran blancos, tres negros, y el más pequeñito era blanco con grandes manchas negras. Todos eran lindísimos, vivarachos y juguetones, y estaban muy bien educados. Tan





buenos eran que su mamá no tenía nunca necesidad de reñirles, porque siempre seguían al pie de la letra sus advertencias y consejos.

Vivían en una casita muy alegre situada a la salida de un espeso bosque, y la vida de esta pequeña familia discurría plácida y tranquila en aquel pintoresco rincón, donde encontraban pasto abundante y nutritivo para su sustento, y agua clara y cristalina para apagar su sed en los arroyos que cruzaban aquella vega.

La casita era muy mona, y estaba siempre muy limpia. En la parte posterior tenía un patio muy amplio donde jugaban los cabritos, y dentro de él había un cobertizo con un pozo para beber allí los días en que por el mal tiempo no podían salir de casa.

Precisamente aquel día era uno de los peores del invierno. Nevaba copiosamente y se dejaba sentir un frío intenso, pero como la vieja cabra tenía necesidad imprescindible de ir a la aldea vecina, se dispuso a salir, y como madre prudente que era, llamó a sus hijos, y les dijo:

— Hijos míos, voy a salir de casa y tardaré algún tiempo





# CUENTOS DE GRIMM

en volver; seguramente no podré regresar hasta la caída de la tarde. Es preciso que tengáis mucho cuidado, sobre todo con el lobo. Ya sabéis que es muy astuto, y que sabe disfrazarse para engañarnos; pero siempre podréis reconocerle por su ronca voz y por sus patas negras. No olvidéis estos detalles. Si os cogiera, os devoraría a todos. En cuanto yo me vaya, atrancad bien la puerta, y no abráis a nadie hasta que yo vuelva. No salgáis tampoco al patio, que el día es muy crudo y os podéis constipar.

Los cabritos contestaron:

— Tranquilizaos, querida madre, y marchad sin temor, que ya sabremos nosotros guardarnos del lobo.

La cabra salió, y comenzó a caminar apresuradamente para despachar pronto sus asuntos, y poder volver cuanto antes al lado de sus hijos. Por una de las veredas del bosque bajaba el lobo, su mortal enemigo, hambriento y malhumorado. Con aquel endiablado tiempo no había podido atrapar ninguna presa, y tenía un







apetito feroz. Divisó de lejos a la cabra, y en el momento se le ocurrió una estratagema para apoderarse de los cabritos, pensando que se habrían quedado solos en casa, y satisfacer así el hambre tan grande que sentía.

Corrió a grandes zancadas hacia la casita, y al verla cerrada, llamó a la puerta, diciendo:

— ¡Abrid, queridos hijos; soy yo, vuestra madre!

Los cabritos, muy extrañados de su rápido regreso, contestaron desde dentro:

— ¿Cómo tan pronto? ¿No nos dijiste que tardarías en volver?

— Es que se me ha olvidado una cosa — respondió el lobo.

Los cabritos desconfiaban. Uno de ellos, el mayor, se fijó en la áspera y ronca voz del lobo, y dijo:

— No abriremos. Tú no eres nuestra madre, que tiene una voz dulce y agradable, y la tuya es ronca; tú eres el lobo.

Éste, viéndose descubierto, se enfureció; pero procuró



# CUENTOS DE GRIMM

ocultar su rabia, para poder llevar adelante el plan que había concebido. Se alejó en silencio de la casita y se dirigió a la tienda de un buhonero, donde compró un pedazo grande de greda, que inmediatamente se comió para afinar su voz. Quiso también aclarársela, y al pasar por una huevería, aprovechando un descuido del dueño del establecimiento, robó media docena de huevos y se los engulló con cáscara y todo. Al pasar por el bosque lanzó unos cuantos aullidos, como ensayo, y comprobó con satisfacción que su voz era fina, agradable y hasta melodiosa.

En dos saltos se plantó en la casita, y exclamó, con dulces inflexiones de voz:

— ¡Abrid, queridos hijitos, que vuestra madre está aquí, y trae algo muy bueno para cada uno de vosotros!

Los cabritos, escarmentados con lo que les había ocurrido la vez anterior, vacilaban antes de abrir; y recordando las







advertencias y consejos de su madre, exigieron al visitante una nueva prueba de su identidad, diciéndole:

— Para convencernos de que eres nuestra madre, enséñanos una pata — y bajaron una trampilla de la parte inferior de la puerta para que el lobo pudiera enseñársela.

El lobo, incauto esta vez, cayó en el garlito, y alargó su pata sin darse cuenta de que iba a descubrirse.

— ¿Ves cómo querías engañarnos? Tú eres el lobo, lo mismo que antes. Nuestra madre tiene las patas blancas, y la tuya es negra. No te abrimos.

El lobo se enfureció de nuevo, y con más ímpetu que la vez primera; pero también, como entonces, trató de calmar su irritación, porque no desistía de apoderarse de los cabritos, ya que cada vez era mayor el hambre que sentía. Corrió velozmente a una panadería, y fingiendo que se había herido en una pata, dijo lastimeramente al panadero:

— ¡Buen hombre! Me he dado un fuerte golpe en esta pata, y me duele muchísimo. Os agradecería que me la untaseis de masa para ver si se me calman los dolores.

El panadero, en parte por compasión, y en parte porque tenía delante a un lobo, accedió a complacerle, y cogiendo un puñado de masa, rodeó con ella la pata del animal, extendiéndola con mucho esmero y aplastándola por igual por todas partes para que hiciera el efecto de una compresa. El lobo no se acordó de darle las gracias, y salió corriendo hacia el

# CUENTOS DE GRIMM

molino para que le pusieran una capa de harina sobre la de masa que el panadero le había puesto.

El dueño del molino, que conocía las tretas del lobo y su astucia, se dijo para sus adentros al escuchar la petición del animal: — Este pícaro quiere engañar a alguno — y se negó en redondo, en redondo, a satisfacer sus deseos.

El lobo, irritadísimo, ante la negativa firme del molinero, y viendo que el tiempo urgía, y era necesario aprovechar,





# BIBLIOTECA PERLA



el que faltaba para que la cabra llegase a su casa, comprendió que era necesario obrar con rapidez y energía. Lanzó dos o tres lúgubres aullidos, y avanzando con decisión hacia el molinero, le dijo:

— Si no me das ahora mismo la harina, te despedazaré. Y ha de ser de la más fina y blanca que tengas.

El molinero, al ver la amenazadora actitud de la fiera, que le miraba con ojos centelleantes de cólera, se asustó muchísimo, y sorprendido por las audaces y resueltas palabras del lobo, que no esperaba, depuso su intransigencia, y accedió a complacerle, espolvoreando con mucho cuidado sobre su pata unos puñados de blanquísima harina.

Sin despedirse, el lobo corrió velozmente a la casita, en la que en vano había tratado de entrar por dos veces. Ahora acariciaba mayores esperanzas de triunfar en sus propósitos. Llamó por tercera vez, y con suave y dulce acento, dijo:

— ¡Hijitos míos, abridme, que ya estoy aquí de vuelta! Os traigo regalos muy bonitos.

Los cabritos, siempre desconfiados, contestaron:

— Enséñanos primero tus patas para que veamos si, efectivamente, eres o no nuestra madre.

El lobo alargó una de sus patas por la trampilla inferior de la puerta. Cuando los cabritos vieron que era blanca y suave, no dudaron de que era su madre quien llamaba, y franquearon la entrada. Nunca lo hubieran hecho. El lobo se introdujo de un salto en la estancia, y los infelices cabritos, al ver a su feroz enemigo, se quedaron un momento helados de terror y mudos de espanto. El instinto de conservación, sin embargo, les hizo escapar en todas direcciones en busca de



# CUENTOS DE GRIMM



un refugio donde poder librarse de las acometidas de aquel terrible animal.

Uno se metió debajo de la mesa; otro, se escondió en la cama; otro, en el armario; el mayor se guareció detrás del lavabo, y el más pequeñito se metió en la caja del reloj. Los que no encontraron, corrían alocadamente por la casa, aturdidos y amedrentados. Bien pronto el lobo dió cuenta de estos desgraciados cabritos. Se abalanzó sobre ellos, y se los tragó enteritos, uno a uno. Tal era el hambre que sentía. Buscó en seguida a los demás, y no tardó en encontrarlos. Los pobres





# BIBLIOTECA PERLA

siguieron la misma suerte que sus hermanos. Solamente no pudo hallar al menor, que se había refugiado en la caja del reloj.

Después que el lobo hubo saciado su hambre, salió al patio, se acostó debajo del cobertizo, y no tardó en dormirse.

Al poco rato volvió la cabra, de regreso de su excursión. ¡Qué espectáculo el que contemplaron sus ojos al llegar a su casa! La puerta estaba abierta; las sillas, la mesa y los bancos por el suelo; las camas revueltas, con las mantas y almohadas fuera de su sitio; el lavabo hecho pedazos. . . Aquello era un desastre. Buscó a sus hijos, sin encontrarlos en parte alguna. La pobre madre, presa de mortal inquietud, los llamaba a todos por sus nombres, sin obtener respuesta. Por fin, cuando nombró al más pequeño, oyó una débil vocecita, que contestaba:

— ¡Querida madre, estoy en la caja del reloj!

Inmediatamente le sacó, y después de prodigarle dulces caricias, le preguntó por sus hermanos. Entonces el cabrito la contó la estratagema de que el lobo se había valido para engañarlos y entrar en la casa, y cómo, después, había devorado a todos sus hermanos.

La cabra, transida de pena, derramó copiosas y amargas lágrimas con el mayor desconsuelo, y se lamentó de su impre-





# CUENTOS DE GRIMM



visión por haber dejado solós, aunque fuera por breve tiempo, a sus queridos hijos, a los que ya no volvería a ver. Pensando en ellos, y llena del más vivo dolor, salió al patio. Grande fué la sorpresa de ambos, al divisar al lobo en un rincón del co-bertizo, dormido profundamente y lanzando estrepitosos ron-quidos.

La cabra se acercó a él, le examinó por todos lados, y ob-servó en su abultada panza algo que se movía.

— ¡Dios mío! — pensó —. ¿Será posible que mis hijos tengan aún vida?

Despertáronse las esperanzas que ya le habían abando-nado, y con esa fe ciega, impulsada por el cariño que las ma-





dres tienen a los hijos, se dispuso a intentar todo lo posible para rescatar la vida de los suyos, si aún era tiempo.

Llamó apresuradamente al más pequeñito y le ordenó que entrase inmediatamente en la casita para buscar tijeras, aguja e hilo, y en cuanto el cabrito le trajo estos objetos, comenzó a rasgar al lobo la barriga, poniendo en esta operación el cuidado más exquisito. Al segundo tijeretazo, uno de los cabritos asomó la cabeza. Siguió cortando la piel, y a poco salían los seis, uno después de otro, sin haber sufrido el menor daño, porque la fiera, como ya sabemos, en su ansia, los había tragado enteros.

La escena que allí se desarrolló fué tiernísima. Los cabritos, locos de alegría, saltaban y brincaban en torno de su querida madre, a la que colmaron de caricias. Pero la cabra, después de las naturales expansiones de gozo, dijo a sus hijos:

—Vamos a terminar la obra. Traedme piedras para llenar con ellas la panza del lobo, aprovechando su sueño.



## CUENTOS DE GRIMM

Los cabritos llevaron las piedras con toda prisa, y la cabra, después de colocarlas con mucho tiento en el vientre del animal, le cosió el desgarrón que antes le había hecho sin que el lobo lo notara ni se moviera.

Cuando el lobo despertó, se fué al pozo que había en el cobertizo, porque sentía una sed abrasadora. Al levantarse notó el peso tan grande de su barriga, y no se sorprendió mucho, porque ¡eran seis los cabritos que se había comido!; pero al echar a andar oyó el ruido de las piedras, que chocaban unas con otras, y esto sí que le admiró.

—¿Qué es lo que hace tanto ruido en mi barriga?— se preguntó — ¡Creía que eran cabritos lo que yo tenía dentro, y parecen piedras!

Cuando llegó al pozo se inclinó para beber; pero el peso







# BIBLIOTECA PERLA



de las piedras le hizo perder el equilibrio y le arrastró al fondo, de donde no pudo salir y pereció ahogado.

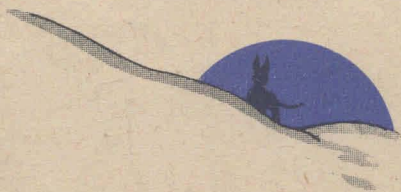
Los cabritos que habían visto, de lejos, la caída del lobo, se asomaron al brocal, y al ver el cadáver de su enemigo, que flotaba en el agua, comenzaron a dar grandes voces, diciendo con alegría:

— ¡El lobo ha muerto! ¡El lobo ha muerto!

La madre reunió a sus hijos, y poniéndolos en corro les dijo con gravedad:

— En el mundo, hijos míos, es preciso vivir muy alerta, para no ser víctima de los engaños de la gente perversa. En las luchas de la vida, nuestros enemigos más terribles, que son las malas pasiones, se presentan a veces disfrazadas con el ropaje de las buenas. Por eso, hay que estar siempre prevenidos.

Los cabritos no olvidaron nunca las advertencias de su madre, y su vida se deslizó plácida y tranquila.









JUANITO  
Y  
MARGARITA





# JUANITO Y MARGARITA

**E**N una casita, que estaba situada al lado de un extenso y frondoso bosque, vivía un leñador, con su esposa y dos hijos de corta edad. Cuando comienza nuestra narración, declinaba la tarde de un hermoso día de primavera. A la indecisa luz del crepúsculo, el leñador, sentado a la puerta de su vivienda, descansaba de las faenas del día, sumido en profunda medita-





ción, sin conceder una mirada al bello panorama que se ofrecía a sus ojos.

Cerca de él jugueteaban y corrían con esa deliciosa inconsciencia de los niños, Juanito y Margarita, los dos hijos que el leñador había tenido en su primer matrimonio. Descalzos de pie y pierna, y cubiertos con pobres y humildísimos vestidos, eran, sin embargo, tan lindos, tan alegres y encantadores que quienquiera que les contemplase sentíase atraído hacia ellos por irresistible simpatía.

Juanito, el mayor, no obstante sus cortos años, tenía un carácter decidido y resuelto, que se revelaba en la actitud enérgica que a veces adoptaba en medio de sus juegos con la niña, en la cual, se advertía, por el contrario, su carácter suave y reposado que armonizaba admirablemente con su dulce y tranquila fisonomía, de singular belleza.

La bulliciosa alegría de los niños llegó a despertar la atención del leñador sacándole de su ensimismamiento.

— ¡Tened cuidado! — les dijo —: no os vayáis a hacer daño —; y se entregó de nuevo a sus reflexiones, después de dirigir a los niños una mirada impregnada de ternura.

El leñador era un hombre de bien, de generosos sentimientos y honrado a carta cabal, que quería extraordinariamente



# CUENTOS DE GRIMM

a sus hijos. Tuvo la desgracia de perder a su primera esposa, con la que había sido en extremo dichoso; y decidió casarse de nuevo, porque en aquella casa era necesaria la presencia de una mujer que cuidase de los niños y atendiese a los quehaceres domésticos.

En este matrimonio no tuvo fortuna en la elección de esposa, como en el primero. Su segunda mujer era de carácter áspero y desapacible en demasía, y lo que era más cruel para el leñador, no sentía hacia los niños el menor afecto; por el contrario, les reñía agria y destempladamente por el menor descuido y aun sin motivo, casi siempre, ya que las pobres criaturas eran tan buenas y tan dóciles que nunca daban lugar a queja alguna. A pesar de su poca reflexión, los pequeños notaron la animadversión de su madrastra, y en su presencia se manifestaban siempre temerosos y encogidos.

Para colmo de males, el trabajo escaseó notablemente aquel año. Ya hacía unos meses que venía defendiéndose heroica-







# BIBLIOTECA PERLA

mente, pero de poco tiempo a esta parte, la situación económica de aquella familia llegó a hacerse insostenible. Esta era la causa principal de la preocupación del leñador, porque temía que, de seguir así las cosas, dentro de poco llegaría a faltar hasta el pan en su casa. En la misma proporción en que aumentaron aquellas dificultades, se agravaron el mal humor y la intolerancia de la mujer.

Aquella noche, después de acostar a los niños, el marido dijo a la mujer:

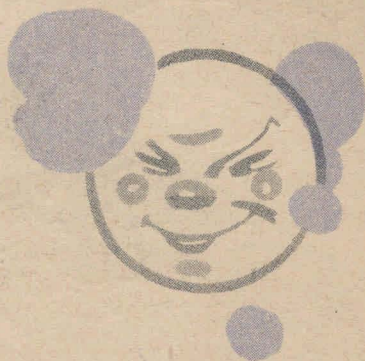
— Estoy preocupadísimo, porque no sé cómo nos vamos a arreglar para sacar adelante a estas criaturas. ¿Qué va a ser de nosotros?

— No te atormentes — contestó la mujer —. A grandes males, grandes remedios. Los niños son un estorbo para nos-





# CUENTOS DE GRIMM



otros; sin ellos, podríamos defendernos. Es preciso que nos desprendamos de los chicos.

— Jamás haré yo eso — replicó el leñador —. Y por entonces, no se volvió a hablar más del asunto.

Así pasaron tres días; y al cuarto, se confirmó el triste temor del leñador: agotados los recursos, los niños tuvieron que acostarse sin cenar.

— ¿Ves cómo es imprescindible hacer lo que yo te proponía? — dijo la mujer a su marido —. Sería sencillísimo; mañana por la mañana podríamos llevar a los niños a lo más espeso del bosque; les diremos que se sienten sobre el césped y que nos esperen hasta que hayamos concluido el trabajo del día; pero como no volveremos a buscarlos, nos veremos libres de ellos.

— ¡No! — respondió el leñador —; yo no tendría valor para dejar a mis hijos en el bosque a merced de los lobos y los osos.

— Bueno; pues entonces nos moriremos todos. Y además ¿quién te dice a ti que en lugar de ser comidos por los lobos, no los recogen algunas personas caritativas, y se salvan de la miseria?

Este último razonamiento produjo alguna impresión en el leñador. ¡Quién sabe — se decía —, si de esa manera podré



# BIBLIOTECA PERLA



contribuir a la felicidad de mis hijos! Por lo menos, su suerte no sería peor que la desgracia que aquí les aguarda. Pero su buen corazón y el amor que sentía hacia sus hijos reaccionaron pronto, y siguió negándose a aquella solución egoísta y desnaturalizada que le había sugerido su mujer. Ésta conoció que el ánimo de su marido estaba mejor dispuesto y volvió a insistir, y tanto y tan tenazmente lo hizo, y supo pintar con tan sombríos colores la vida de miseria que les aguardaba, que el padre acabó por dar su consentimiento sin darse casi cuenta de lo que hacía.

Los niños, atormentados por el hambre, no habían podido conciliar el sueño y oyeron toda la conversación.

—¡Estamos perdidos!—exclamó Margarita llorando amargamente.

—No te apures—repuso Juanito—; acaba de ocurrírseme un recurso para el mal que nos amenaza.

Se levantó de la cama, se vistió muy despacito, y abriendo la puerta con sumo cuidado para no hacer el menor ruido, salió de la casa.

La luna brillaba con perfecta claridad iluminando el campo espléndidamente, y a su luz recogió el niño una porción



# CUENTOS DE GRIMM

de guijarros que lucían en el suelo como si fuesen de plata, se llenó de ellos los bolsillos, y entró de nuevo en la casa, andando de puntillas. Cuando llegó a la casa, dijo a su hermana:

— No tengas miedo, mi querida Margarita; ya he encontrado lo que nos hacía falta.

La pobre niña se consoló con aquellas palabras de esperanza, y ambos muchachos se durmieron con el sueño feliz de la inocencia.

Al día siguiente por la mañana, la madrastra les despertó diciéndoles:

— ¡Vamos, arriba, que tenemos que ir al bosque!

Cuando estuvieron vestidos, se dispusieron a salir todos de la casa; pero antes, la madrastra entregó a cada uno de los niños un pedazo de pan, diciéndoles:

— Tomad este pedazo de pan; pero no os lo comáis de una vez porque no tenéis otra cosa para todo el día.

Juanito tenía todos los bolsillos llenos de piedrecitas, y por







... Pronto halló el sendero que él había formado con los guijarros blancos. ...



## CUENTOS DE GRIMM

eso dió a Margarita su pedazo de pan para que se lo guardara.

Cuando se pusieron en camino, Juanito empezó a retardar el paso procurando quedarse atrás: su padre llegó a notar lo, y le dijo:

— ¿Qué tienes hoy, Juanito? ¿Cómo es que tú, que siempre vas delante, saltando y corriendo, arrastras de ese modo las piernas?

— Es — respondió Juanito —, que me parecía ver sobre el tejado de nuestra casa al gatito, diciéndome adiós.

— ¡Tontín! — dijo la madrastra, que aquel día estaba más cariñosa que nunca, sin duda porque veía al fin realizados sus planes — lo que tomas por el gato es la chimenea.

Juanito lo sabía perfectamente; pero se quedaba atrás para ir dejando caer las piedrecitas por el camino. Cuando llegaron a lo más espeso del bosque, la madrastra dijo a los niños:

— Bueno; ahora, vais a quedaros aquí y a recoger leña, mientras yo acompaño a vuestro padre que va a derribar una encina bastante lejos de este sitio. A la noche vendremos a buscaros para volvernos a casa.

El leñador abrazó a sus hijos con gran ternura, y cargándose el hacha en el hombro, se alejó, seguido de su mujer, no sin volver la cabeza repetidas veces, como si quisiera despedirse de los niños.

Éstos, al quedarse solos, se pusieron a recoger leña, obedientes al mandato que habían recibido; cuando se cansaron, se sentaron y se comieron tranquilamente el pan. Aunque un poco impresionados, por hallarse en aquella soledad, no tenían demasiado miedo porque oían sin cesar unos golpes semejantes a los que produce un hacha cuando se descarga contra los árboles; y los inocentes niños creían que era su padre quien daba aquellos golpes. Pero, no; aquel ruido se debía a una frondosa rama que se había medio desprendido de un árbol muy corpulento, y al agitarla el fuerte aire que soplaba, chocaba contra el mismo árbol de que se había desgajado.

La noche llegó, y sus padres no fueron a buscarles. Mar-



# BIBLIOTECA PERLA

garita empezó a sollozar con desconsuelo, y a lamentarse amargamente; al menor ruido que llegaba a sus oídos, creían que se les acercaba un lobo. Juanito trató de consolarla, disimulando el miedo que sentía, para no afligirla más.

— ¡Cálmate! — la dijo —. ¡No te acobardes! En cuanto salga la luna nos marcharemos. Antes, no puede ser, porque no vería el camino.

Apareció, por fin, la luna, tan resplandeciente como la noche anterior. Juanito cogió de la mano a su hermanita, y echaron a andar despacio, porque Juanito iba observando detenidamente el suelo. Pronto halló el sendero que él había formado con los guijarros blancos que había ido tirando de trecho en trecho, los cuales brillaban a la clara luz de la luna como si fuesen moneditas nuevas. Siguieron aquellas huellas y caminaron durante toda la noche.

Por la mañana llegaron a la casa, y llamaron a la puerta. El padre salió a abrirles, y su sorpresa fué tan grande como su alegría al encontrarse con sus hijos, a quienes creyó no volver a ver nunca. Les abrazó con honda y sincera emoción, y dulces lágrimas de felicidad se desprendieron de sus ojos. No había podido dormir en toda la noche, agobiado por la pena y por el remordimiento, pues sufría de un modo horrible ante la idea de que sus hijos fueran destrozados por las fieras. La





# CUENTOS DE GRIMM



madrastra tuvo un disgusto enorme al ver allí otra vez a los niños, de quienes ya creía haberse librado para siempre; pero disimuló astutamente sus impresiones, y aparentó gran regocijo porque hubiesen encontrado el camino; pero, en el fondo, estaba irridadísima.

Por fortuna para los niños, una persona muy caritativa, compadecida de la crítica situación por que atravesaba aquella familia, les dió algún dinero para remediarla, y el padre respiró satisfecho, porque al menos por una temporada quedaba asegurada la vida de sus hijos. En efecto, durante un mes, que fué el tiempo que duraron aquellos recursos, el leñador disfrutó de una relativa tranquilidad. Pero, desgraciadamente, cuando aquel dinero se agotó, el pobre hombre no había hallado el modo de subvenir de una manera permanente a sus necesidades, y volvió a encontrarse en la misma penuria angustiosa.

Una noche, su mujer, que no cejaba en su propósito de deshacerse de los niños, dijo a su marido:

—Otra vez estamos amenazados de morirnos de hambre. No hay más que dos panes en casa, y no queda ni un solo céntimo para comprar más; es necesario llevar otra vez a los niños al bosque, y abandonarlos a la gracia de Dios.

—¿No podríamos esperar — contestó el leñador — a que





se acabasen los dos panes, para que mis pobrecitos hijos permanecieran en casa siquiera un día más?

—No —repuso la mujer—, es mejor ahora, para que tengan más fuerza para andar. Si aguardamos a que no tengan que comer ¿cómo los llevaríamos al bosque estando más débiles por el ayuno?

El padre luchó consigo mismo, tratando de desechar aquella cruel sugestión; pero, tras largas vacilaciones, acabó como la primera vez, por dar su consentimiento.

Los niños, que ya se habían dado cuenta de la falta de recursos, estaban alerta, y lograron enterarse del plan que contra ellos se fraguaba. Antes de que amaneciera, Juanito se levantó, como la vez anterior, con el propósito de proveerse de guijarros; pero la madrastra, que sospechaba algo acerca del medio de que se habían valido, en la otra ocasión, para en-



## CUENTOS DE GRIMM

contrar el camino que conducía a la casa, antes de acostarse, cerró la puerta y se llevó la llave, impidiendo que Juanito pudiera salir.

Al volver a su cuarto, desconsolado, no quiso que Margarita participase de su aflicción, y al darla cuenta de lo que ocurría, la tranquilizó, diciendo:

— No te apures, que tengo otra idea, y Dios no dejará de ayudarnos.

Muy de madrugada se pusieron todos en camino hacia el bosque. Juanito se las arregló de nuevo para quedarse retrasado; había partido en pequeños trocitos el pedazo de pan que su madrastra le había dado, y fué sembrándolos por el camino.

Cuando llegaron al centro del bosque, la madrastra hizo a los niños la misma recomendación que la primera vez; después, se llevó casi a la fuerza al padre, que, tras de abrazar y besar repetidamente a sus hijos con gran ternura y honda emoción, no acertaba a dar por terminada su despedida. Por fin, su mujer le arrastró de allí con violencia, y ambos desaparecieron entre los árboles.

Después de haber recogido una gran cantidad de leña, los niños se sentaron sobre el musgo, y Margarita partió con su hermano su pedazo de pan. Llegó la noche, pero nadie se presentó a buscarlos, y Margarita se asustó mucho al verse en la obscuridad.

— No tengas miedo — la dijo Juanito —. Espera a que salga la luna, y verás cómo en seguida encontramos el sendero.







# BIBLIOTECA PERLA



A media noche apareció la luna, y los niños comenzaron a buscar el rastro que Juanito había formado con las migas de pan, pero se esforzaron en vano, porque durante el día los pájaros se las habían comido. Juanito, sobre todo, miraba atentamente al suelo, y al ver que no hallaba ni siquiera uno de los trocitos de pan que había esparcido, se dió cuenta de lo ocurrido, y comunicó a su hermana los temores que abrigaba.

—No desesperes, sin embargo, Margarita— la dijo—. Dios no dejará de ayudarnos en este trance difícil. Todo se reducirá a que tardemos más tiempo en llegar a casa.

Los niños, cogidos de la mano, continuaron andando, llena su alma de zozobra y de angustia, sin hablar, por miedo a trasmitirse mutuamente sus recelos y su aflicción. Descubrieron, por fin, una vereda y siguieron su dirección; pero por desgracia, ese camino era precisamente el opuesto al que debían tomar para llegar a su casita, y se extraviaron. Después de muchas horas de marcha, los pobres hermanitos, agobiados por la fatiga, se acostaron sobre el césped y se quedaron dormidos.

Ya el sol lucía en el horizonte cuando despertaron. Su aflicción y su desconuelo no tuvieron límite, al verse perdidos en el bosque. Por otra parte, estaban desfallecidos, y el hambre les hacía sufrir cruelmente. Margarita señaló a su hermano algunos árboles que se veían en torno, de cuyas ra-



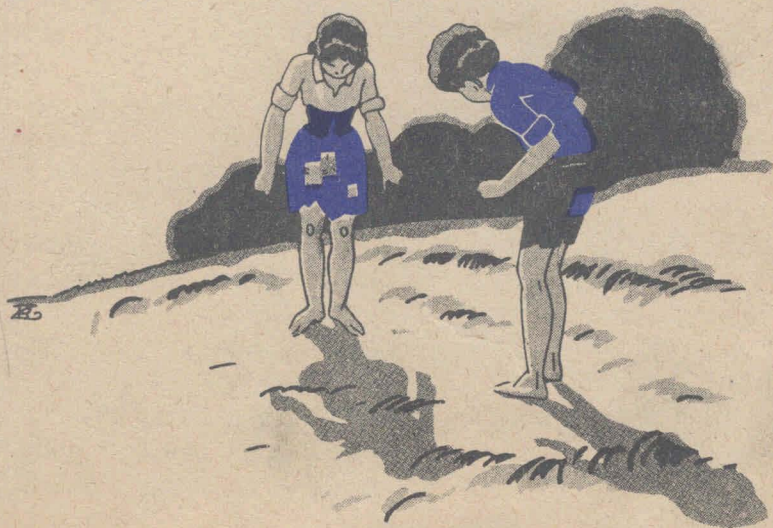
# CUENTOS DE GRIMM

mas pendían frutas silvestres. Juanito se apresuró a subir al más cercano, y merced a aquella providencial circunstancia pudieron aplacar por el momento su apetito. En previsión de sus futuras necesidades, cogieron toda la fruta que cabía en sus bolsillos, y Margarita llenó también su delantal.

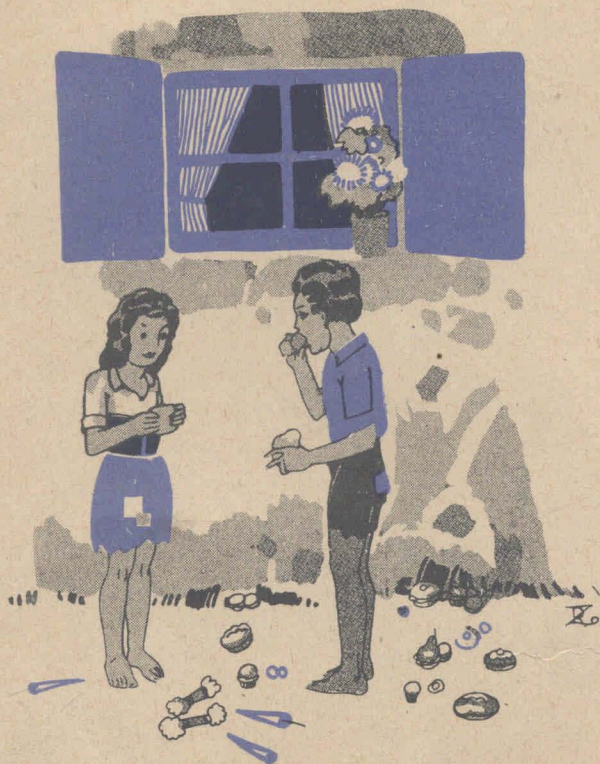
Más animados, se pusieron de nuevo en marcha. A pesar de las vueltas que dieron, rectificando varias veces el camino, no lograron encontrar el de su casa. Al revés, cada vez se extraviaban más en aquel intrincado bosque. Juanito, siempre valeroso, animaba a su hermanita, que, algunas veces, de abatida que estaba, no quería andar. Por fin, al tercer día, divisaron una casita blanca y se encaminaron resueltamente a ella, llenos de júbilo, pensando que en ella sus desdichas iban a tener término.

Llegaron a la casita blanca, y recibieron una alegre sorpresa. Cuando se disponían a llamar a la puerta, Juanito hizo observar a su hermana que aquella casita estaba construída con bloques de turrón, que simulaban piedras, espolvoreados de azúcar, que hacía las veces de yeso.

— Pues es verdad — dijo la niña, poniéndose muy contenta, porque era un tantico golosa.







Juanito, arrancando unos pedacitos de turrón, y otros de azúcar se los alargó a Margarita, diciéndola:

— Cómelos, mi querida Margarita, como recompensa a las fatigas y angustias que acabas de sufrir.

La niña saboreaba con delicia aquellos dulces, cuando abriéndose de pronto la puerta, se oyó dentro de la casa una voz que decía:

— ¡Cric, crac! ¿Quién come mi azúcar, quién masca mi turrón?

Los niños, sorprendidos en flagrante delito de glotonería, se quedaron sin saber qué decir ni qué hacer. Juanito, no divi-  
sando al que había pronunciado esas palabras, juzgó que aca-



## CUENTOS DE GRIMM

so tampoco les habrían visto a ellos coger aquellos pedacitos de dulce, y se animó a contestar:

— Es el viento, que azota los cristales.

En el dintel de la puerta apareció en aquel momento una vieja, muy vieja, de imponente aspecto. Ante aquella visión horrorosa los niños quedaron aterrados. Era alta, muy alta, y llevaba un vestido muy roto, deshilachado y sucio. Tenía la cabeza cubierta por un mugriento pañuelo, anudado en la frente con un lazo, por debajo del cual asomaban unos cabellos de color indefinible. Estaba muy flaca, y su nariz era larga y ganchuda como la de un loro.

Los niños, asustados, dejaron caer el azúcar y el turrón;





# BIBLIOTECA PERLA



pero la vieja, en lugar de reñirles, como esperaban, les alargó sus manos huesudas y afiladas, y con una sonrisa que quiso hacer amable, pero que resultaba horrible, les dijo:

— ¿No es verdad que en mi casa hay cosas muy buenas? Entrad, entrad, hijos míos; aquí podéis vivir y disfrutar de todo; yo os trataré como príncipes porque a mí me gustan mucho los niños.

Los niños, un poco repuestos de su primera impresión, al encontrarse con aquel recibimiento afectuoso, que estaban muy lejos de aguardar, no advirtieron los largos y puntiagudos dientes que tenía la vieja, y entraron sin miedo en la casita. La vieja les obsequió espléndidamente con múltiples golosinas; comieron pasteles, frutas almibaradas y riquísimos bombones. Después, les enseñó la casa,

Era ésta muy bonita y muy alegre. Recorrieron todas las habitaciones, y admiraron sus lindos adornos, tanto en el mobiliario como en las ropas y cortinas. Salieron al corral, y gozaron viendo las muchas aves que le poblaban. Por fin les llevó a la habitación que les había destinado, muy clara, con una gran ventana que daba al bosque, por la que entraba la luz a raudales; en el fondo de la estancia se veían dos camitas de bronce dorado, preciosas y muy limpias.

Juanito y Margarita, que jamás habían visto, ni sospecha-

# CUENTOS DE GRIMM

do siquiera que pudieran existir tales maravillas, creían hallarse en el Paraíso. Se acostaron vivamente impresionados por aquellos sucesos que acababan de ocurrirles; pero el fuerte cansancio que sentían después de dos días de largas caminatas, les rindió bien pronto, y no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

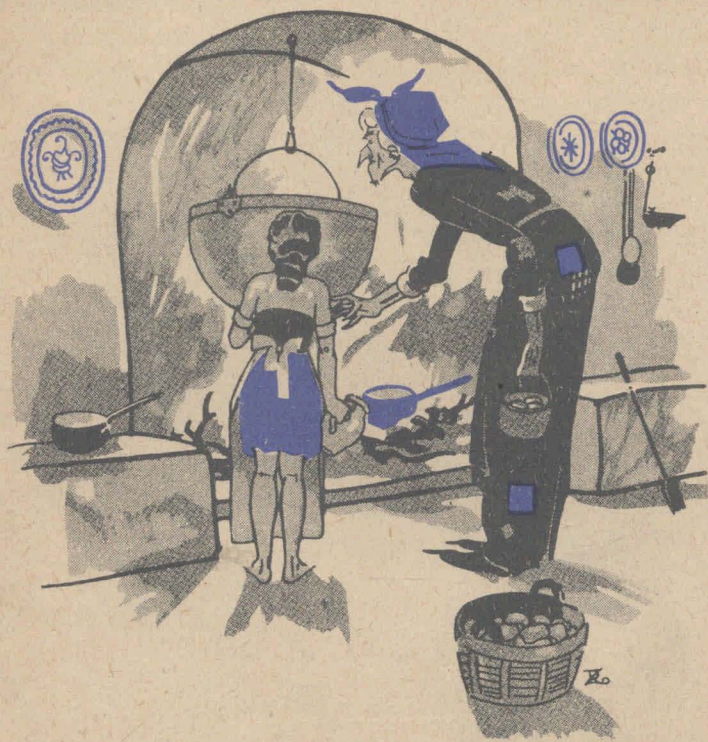
Aquella vieja era una ogresa, que había hecho su casa de turrón y azúcar, como cebo para atraer a los niños y devorarlos. La endiablada mujer reía y cantaba, relamiéndose anticipadamente de gusto al pensar en los succulentos festines que la suerte le había deparado al llevar aquellos niños a su casa.

Al amanecer, entró en el cuarto donde los niños seguían apaciblemente dormidos, y los palpó con suavidad para no despertarlos.

—Tendré que esperar unos días— murmuró para sí—







porque están más flacos de lo que yo pensaba. Pero esto se arregla fácilmente cebándolos bien.

Cuando se levantaron, les sirvió un abundante y sabroso desayuno, y les dijo que podían ir a jugar al corral. Los niños obedecieron, contentísimos, y se distrajeron un buen rato dando de comer a las aves. La vieja no quiso aguardar más a poner por obra sus depravados instintos: se acercó a los niños, y les preguntó cariñosamente:

— ¿Os habéis divertido? Venid conmigo, que os voy a enseñar otras cosas que todavía no conocéis.

En el corral había una jaula con fuertes barrotes de hierro, cuya puerta había abierto disimuladamente la vieja al pasar cerca de ella. Condujo a los niños por aquel sitio, y cuando llegaron enfrente de la jaula, empujó bruscamente a



# CUENTOS DE GRIMM

Juanito, que iba a su derecha, y le hizo entrar en ella, apresurándose a cerrar la puerta con llave.

Después, cambiando de tono, se dirigió a la pobre Margarita, con voz dura y chillona, y gritó:

— ¡Perezosa, ponte inmediatamente a trabajar! Ve a la cocina y allí encontrarás lo necesario para preparar un buen almuerzo. Cuando esté hecho, ven conmigo a llevar a tu hermano una ración muy grande, porque pienso comérmelo, y antes quiero que engorde mucho.

La pobre niña, terriblemente impresionada, por aquellas feroces palabras que acababa de escuchar, se puso de rodillas delante de la vieja, llorando a lágrima viva, y la pidió que perdonase a su querido hermano; pero la vieja se revolvió iracunda y la amenazó con matarla y comerla antes que a Juanito si no obedecía en el acto.

Margarita, muerta de miedo, corrió a la cocina, encendió la lumbre, y ayudó a la vieja en sus tareas. Cuando terminaron de guisar aquel succulento almuerzo, la vieja llevó por sí misma a Juanito la comida, quien, cosa rara, la recibió con aspecto bastante más tranquilo del que era de suponer, encontrándose, como se encontraba, en situación tan crítica. Ya conocemos, sin embargo, el carácter animoso y resuelto de este muchacho. Sin duda contaba con algún recurso de su fértil imaginación para salir de aquel apuro. Margarita, en cambio, no vivía; tales eran su susto y su congoja.

Transcurrieron unos días, al cabo de los cuales juzgó la vieja que el niño estaría ya grueso y rollizo; y para cerciorarse de ello bajó al corral y dijo a Juanito que le mostrase un dedo a través de los barrotes de la jaula. La vieja, sin duda a causa de sus muchos años, no veía bien, no distinguía los objetos con entera claridad. Juanito, que era muy perspicaz, se había percatado de esta circunstancia desde el primer momento, y pensaba aprovecharse de ella para tratar de burlar a la malvada bruja. Por eso, no le intimidó demasiado el encierro, y su ánimo, en lugar de abatirse, permanecía relativamente tranquilo.



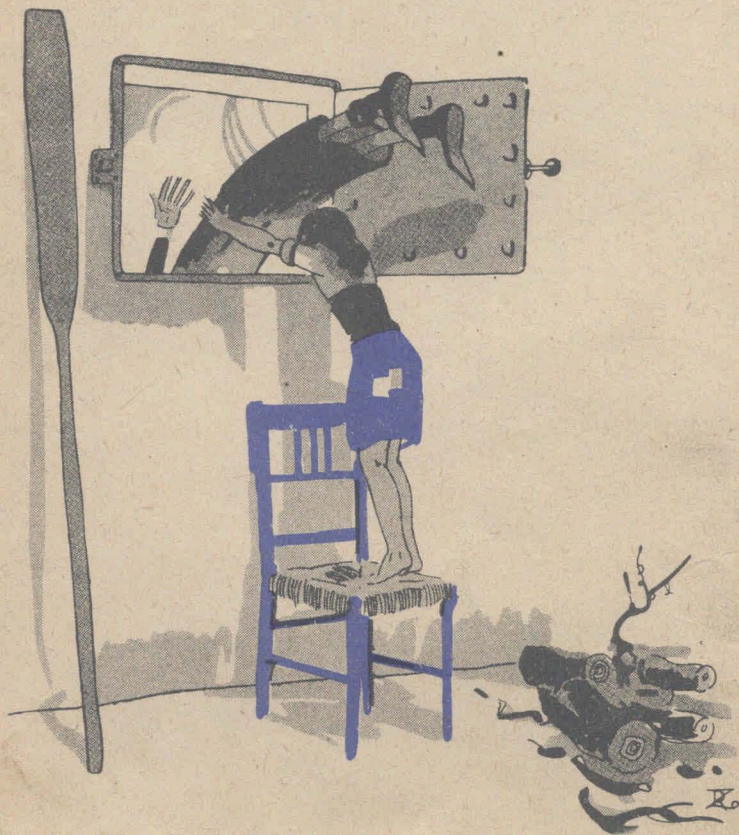
# BIBLIOTECA PERLA

Al oír la petición de la vieja, Juanito le alargó uno de los huesos del pollo que le habían servido el día anterior.

— Sigue tan delgado — murmuró la vieja —. Parece mentira que comiendo tanto, y cosas tan substanciosas, no engorde.

Decidió aplazar sus proyectos algunos días más, y ya había pasado cerca de un mes cuando la vieja, llamando a Margarita la dijo:

— No quiero esperar más; mañana es el día de mi santo y quiero regalarme con un buen asado; así que mataré a tu





# CUENTOS DE GRIMM



hermano, esté gordo o flaco, y como también necesito pan tierno, tienes que preparar la masa y calentar el horno.

La pobre Margarita, con el corazón oprimido por la más terrible angustia, se decía, derramando amargas lágrimas:

— ¡Más nos hubiera valido perecer en el bosque devorados por los lobos! Al menos hubiésemos muerto juntos, y no me vería obligada a ayudar a esta horrible y desalmada bruja a preparar la muerte de mi querido Juanito.

Pasó la tarde amasando el pan, y cuando terminó esta tarea, encendió el horno donde había de cocerse la masa. Preocupada con los tristísimos pensamientos que llenaban su alma, no advirtió la llegada de la vieja.

— ¡Qué! — le preguntó ésta —. ¿Está ya caliente el horno?

— No sé — respondió la niña.

— Pues entra en él, y dime si está ya a punto.

A la vieja acababa de ocurrírsele la idea de que la carne de niña cocida en el horno, debía de ser un bocado exquisito. Su cara se había dilatado, y su boca se ensanchó en una sonrisa de feroz satisfacción. Al mismo tiempo eran tan elocuentes las miradas de gula voraz que con los ojos enormemente abiertos dirigía sobre Margarita, que la muchacha, a pesar de su candorosa inocencia, adivinó el malvado propósito de la bruja, y contestó:

— Y ¿cómo quiere usted que me suba yo a la boca del horno, si soy tan pequeña?

— ¡Tonta y más que tonta! — gruñó la vieja —. Voy a enseñarte.

Y uniendo la acción a la palabra, se subió sobre una silla, y desde ella se encaramó a la boca del horno.

— ¿Lo ves? — dijo, y se preparó para bajar.

Margarita sintió dentro de sí una súbita inspiración. Reuniendo todas sus energías, se subió a la silla, y haciendo un supremo esfuerzo empujó rápidamente a la vieja dentro del horno, cerró la puerta y echó el cerrojo.

La bruja empezó a dar grandes gritos, y suplicó a Mar-





garita que la sacara del horno, ofreciéndola además de la vida de Juanito una multitud de cosas a cual más bellas y tentadoras, pero la niña ni siquiera la escuchó. Apresuradamente salió al corral, y abrió la jaula donde estaba prisionero su hermanito, le puso en libertad y cayeron uno en brazos de otro llorando de alegría.

La infame ogresa, que era ya la única que quedaba en el mundo de su casta, pereció abrasada; y los niños pudieron, por fin, respirar tranquilos, después de tantos días de mortal pesadumbre. Al recorrer aquella casa encantada, encontraron una cantidad fabulosa de riquezas. Llenaron sus bolsillos de perlas, diamantes, esmeraldas y otra porción de piedras





# CUENTOS DE GRIMM



preciosas de gran valor; dispusieron luego un gran cesto con abundantes provisiones, y salieron de aquella casa, donde tantos y tan crueles ratos habían pasado, con ánimo de encaminarse a la de su padre.

Al día siguiente, lograron salir del bosque, pero un ancho río les cortó el paso. No había puente ni barca para atravesarle. Junto a la orilla, un hermoso cisne nadaba lenta y majestuosamente.

— Precioso animal — le dijo Margarita llamándole —: ¿serías tan bondadoso que quisieras hacernos el favor de llevarnos a la otra orilla?

El cisne comprendió lo que la niña le pedía, y se aproximó cuanto pudo. Margarita montó en él, rodeando con sus brazos el cuello del cisne, y a los pocos momentos, se vió en la orilla opuesta. El ave regresó para buscar a Juanito, y le trasladó en la misma forma que a su hermana.

Algo más lejos, unas buenas gentes indicaron a los niños el camino de su casa. Cuando llegaron, vieron a su padre que sentado a la puerta, triste y pensativo, lloraba con desconsuelo la pérdida de sus hijos, y se maldecía por haber escuchado





los consejos de su mujer. Ésta había muerto hacía poco, víctima de un accidente desgraciado; una tarde subió a un árbol a coger fruta y la rama en que se apoyaba cedió al peso de su cuerpo y se partió. Al caer a tierra la mujer recibió tan



# CUENTOS DE GRIMM

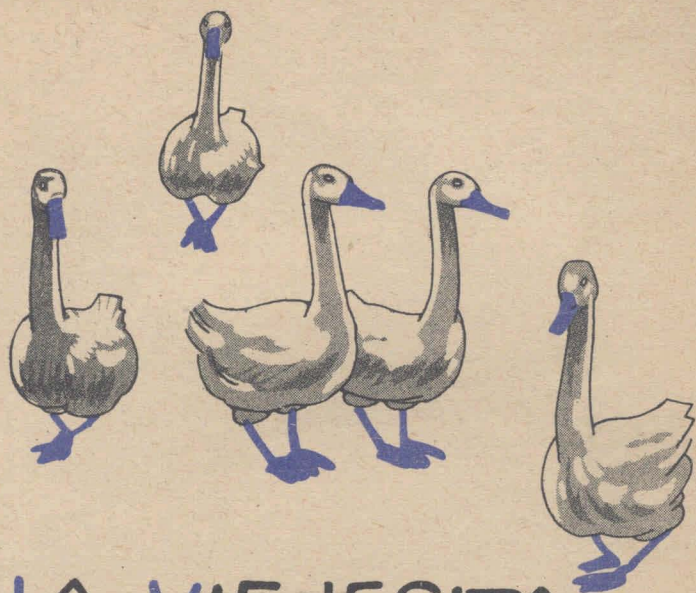
fuerte golpe en la cabeza contra una piedra, que falleció a las pocas horas.

Los niños se precipitaron en brazos de su padre y le colmaron de caricias. Su sorpresa, ante dicha tan inesperada y tan grande, no puede describirse. Baste decir que el pobre leñador estuvo a punto de enloquecer de alegría. Sus hijos le entregaron las riquezas que habían recogido en casa de la bruja, y los tres vivieron felices muchos años.

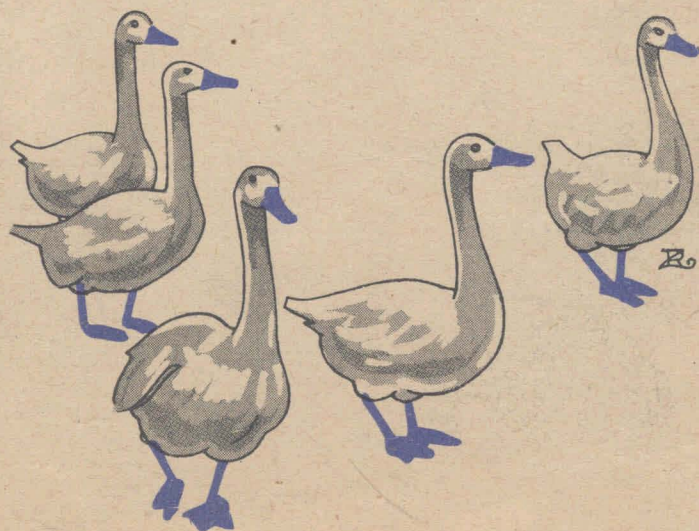








LA VIEJECITA  
DE LOS GANSOS

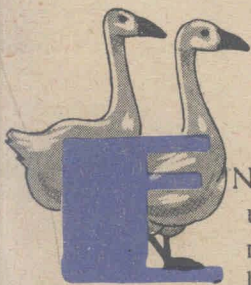








## LA VIEJECITA DE LOS GANSOS



**E**N un lugar desierto, entre altas montañas y en una casita blanca, vivía una vez una viejecita muy encorvada por el peso de los años y de la fatiga consiguiente a su avanzada edad. El paisaje era muy bonito y pintoresco, pero el terreno sumamente abrupto y quebrado. En la casita, que se elevaba en lo





# BIBLIOTECA PERLA



alto de una colina, habitaban la vieja en compañía de una muchacha de esbelta figura y porte distinguido, pero espantosamente fea de cara. Esta muchacha estaba encargada de la guarda y cuidado de una manada de gansos que la vieja poseía.

A poca distancia de la casita se extendía un bosque al que la vieja iba todas las mañanas, apoyándose en un fuerte bastón, porque sus achaques no le permitían apenas andar. Sin embargo, una vez en el bosque trabajaba con pasmosa agilidad y con una actividad incomprensible a sus años. Segaba hierba para sus gansos, que eran muy glotones; cogía bellotas, piñones y otros frutos silvestres para los mismos animales; y cuando cualquiera la hubiera creído cansada y sin aliento, después de esta fatigosa labor, se hubiese admirado al verla cargarse el saco a sus espaldas, y subir sin aparente esfuerzo la áspera pendiente que conducía a su casa.

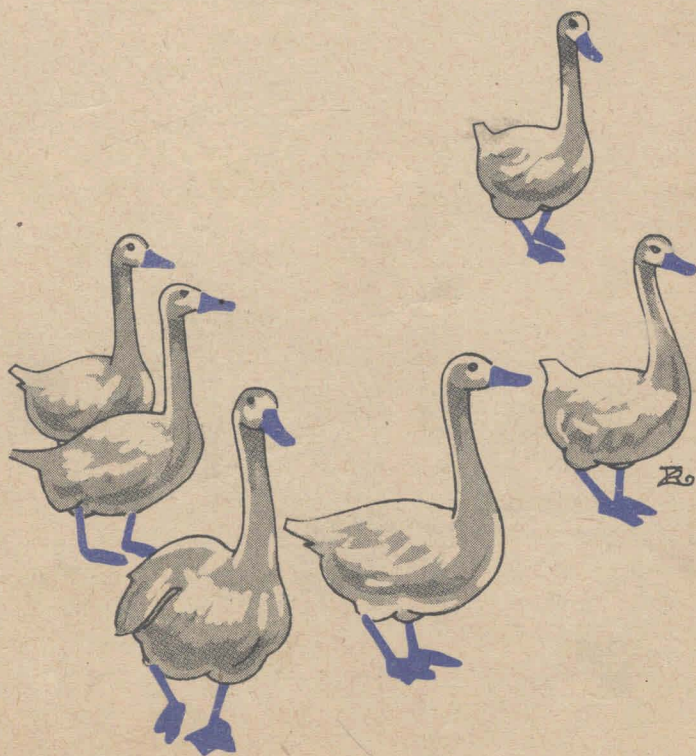
De vez en cuando solía encontrar alguna persona; la vieja, muy atenta y cortésmente se adelantaba a saludarla, y procuraba tener con ella un ratito de conversación; pero esto ocurría rara vez, porque las gentes de aquellos alrededores rehuían su trato; no gozaba entre ellas de buena fama, y la



# CUENTOS DE GRIMM

mayor parte procuraban hacerse los distraídos cuando la veían. Los padres recomendaban con gran encarecimiento a sus hijos que, si era preciso, diesen un rodeo, a fin de no encontrarse con la vieja, porque “la vieja” era “una bruja”. según se contaba en el país, aunque nadie podía exponer, como fundamento de esta opinión tan generalizada, ningún hecho incorrecto en qué apoyarla. Acaso fuese su aspecto físico lo que predispusiese en contra suya.

Cierta hermosa mañana de primavera, en que la vieja, según su costumbre, trabajaba en el bosque, acertó a pasar por allí un joven de gallarda presencia y muy elegantemente ves-







# BIBLIOTECA PERLA



tido, que tenía trazas de ser un gran señor y lo era realmente. Brillaba el sol en lo alto del cielo de un purísimo azul sin nubes; una brisa suave acariciaba dulcemente los objetos: los pájaros cantaban alegremente en las ramas de los árboles: toda la Naturaleza parecía regocijarse.

El joven caminaba alegremente distraído, gozando de la hermosura de aquella mañana esplendorosa. En la mano derecha llevaba un lindo junquillo, con puño de oro, con el que se entretenía en dar ligeros golpes a las pequeñas matas y arbustos que iba encontrando a su paso. De pronto, divisó a la vieja que, arrodillada en el suelo, trataba de atar con una





# CUENTOS DE GRIMM



cuerda el saco lleno de hierba para sus gansos. A su lado había dos cestas con frutas silvestres, peras y manzanas.

Al contemplar a aquella anciana, débil y encorvada, un sentimiento de compasión brotó de su pecho, y acercándose a ella la preguntó cariñosamente:

— Viejecita, ¿podréis llevar vos sola toda esa carga?

— ¡Qué remedio!— respondió la vieja — Mi pobreza no me permite sostener un animal que me ayude en mis trabajos para ganarme el pan de cada día. Así que, hijo mío, forzosamente he de valerme de mí misma para todo, incluso para transportar esta carga, aunque sea muy superior a mis cansadas fuerzas.

Después, como observara que el joven la miraba con lástima, añadió:

— ¿Sería usted tan bueno que quisiera ayudarme? Usted es joven y fuerte, y este saco le parecerá una pluma. Por otra parte, no es necesario andar mucho; mi casa está un poco más allá de esa espesura, en lo alto de la colina, que dista sólo un cuarto de hora.

— Lo haré con mucho gusto—dijo, sonriendo, el joven—. Yo soy el hijo del conde, a quien pertenecen estos dominios:





# BIBLIOTECA PERLA



pero quiero demostraros, abuela, que no es necesario ser campesino para saber cargar un costal.

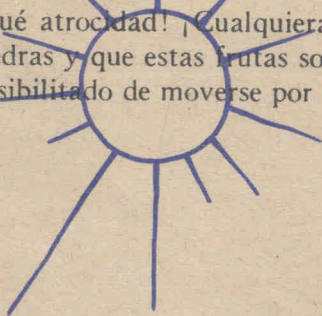
— Si es usted tan bondadoso, me hará un verdadero favor, caballero — replicó la vieja —, pues le confieso que hoy me siento más fatigada que nunca; pero también he de advertirle, señor, que, aunque mi casa no está lejos de aquí, como antes le he dicho, hay que rodear bastante para llegar a ella, a causa del mal camino, y seguramente emplearemos una hora larga en la jornada.

El joven torció el gesto, haciendo una leve mueca de disgusto al oír aquellas palabras. Indudable era que la perspectiva de aquella caminata no le seducía; pero, comprometida ya su palabra, no le parecía decoroso retroceder. La vieja tampoco le dió tiempo para volverse atrás, puesto que antes de que pudiera hacerlo, le echó rápidamente su saco al hombro y le colgó una cesta de cada brazo.

En el mismo momento sintió el joven que sus piernas flaqueaban ante el peso que le aplastaba, y no pudo menos de exclamar:

— ¡Qué atrocidad! ¡Cualquiera diría que el saco está lleno de piedras y que estas frutas son de plomo!

Imposibilitado de moverse por el peso abrumador que gra-



# CUENTOS DE GRIMM



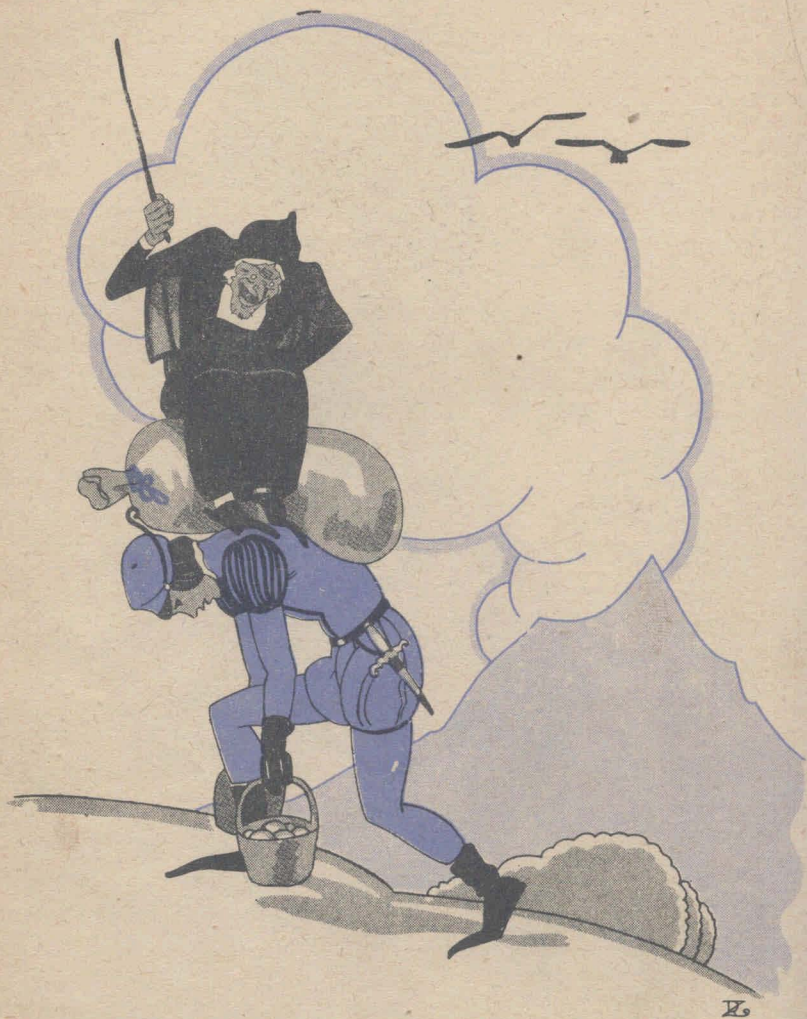
vitaba sobre sus espaldas, hizo ademán de querer arrojar toda la carga al suelo.

— ¡Péero, hombre! — dijo la anciana, con acento irónico de burla —. ¿No es usted capaz de transportar lo que yo, pobre vieja, inválida y decrepita, llevo sobre mis hombros todos los días como si tal cosa? ¡Parece mentira! Entonces, ¿por qué se ha brindado usted a hacer lo que no podía cumplir?

Y antes de que el joven pudiera contestar nada, añadió: — ¡Ea, caballero! ¿Qué hace usted ahí más plantado que un guardacantón? Mueva usted esas piernas, y eche a andar, que aunque quiera ya no puede librarse de la carga que lleva encima.

En efecto, así era la verdad. El joven sentía las dos cestas y el saco como si estuvieran pegados a su cuerpo. Se puso en marcha, aunque de malísimo humor, y anduvo regularmente al principio; pero al llegar al pie de la colina estaba extenuado de fatiga y con la frente cubierta de sudor. Tentaciones le dieron de maldecir e insultar a aquella vieja; pero como era





... De repente, la viejecilla dando un salto formidable, se sentó encima del talego...



# CUENTOS DE GRIMM

muy bueno, reprimió el ímpetu de furor que le acometió, y se limitó a decir:

— Estoy cansadísimo. Quisiera descansar un poco.

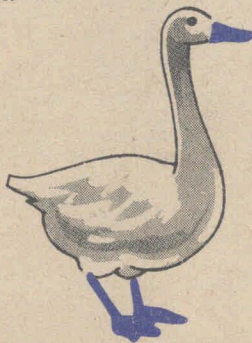
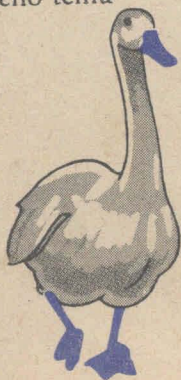
— No puede ser — contestó la vieja —. En mi casa podrá usted descansar a su gusto; ahora no tiene más remedio que subir esta cuesta, y... de prisa.

El joven conde al escuchar aquella desconsiderada respuesta sintió que renacían en él las ansias que antes había sentido de acometer a la vieja. Entendió que la broma era hartamente pesada, y que se estaba prolongando más de la cuenta, y trató de desprenderse de aquella enojosa carga; pero tanto el saco como las cestas, resistieron a todos sus esfuerzos, y fueron vanas cuantas tentativas hizo para soltarse de ellos. Por el contrario, le parecía que cada vez se le adherían más.

Entretanto, la vieja, con las manos apoyadas en sus costados, reía a más no poder, al contemplar las desesperadas contorsiones del joven.

— ¡No hay que enfadarse, señor mío! — le dijo, cesando de reír —. No sabe usted lo feo que se pone; está usted más colorado que un tomate. Lleve usted con paciencia esa carga, que peores las hay en la vida, y todos debemos aceptar con resignación las que la suerte nos depara.

A pesar de que aquello tenía





todos los caracteres de una burla cruel, el joven, obedeciendo a un secreto impulso, sofocó prontamente los naturales impulsos de su ira, y siguió resignadamente su camino; pero la carga le abrumaba tanto, que necesitó media hora para llegar cerca de la cumbre. Desde allí divisó la casita de la vieja, y esto le animó y le hizo apresurar un poco el paso.

De repente, la viejecilla, dando un salto formidable, se sentó encima del talego, aumentando horriblemente la carga, como si pesara diez arrobas.

Al joven le temblaron las rodillas al recibir aquel nuevo peso, y vaciló un momento, temiendo caer desplomado.

— ¡Esto más! — dijo para sí, indignado —. Parece mentira que una vieja tan flaca pese tanto. No voy a poder resistir lo que me falta para llegar.

Pero, apenas hubo parado un momento para respirar, la vieja le golpeó con el bastón, diciéndole:

— ¡Arre, borrico, arre!

El joven, al sentir el dolor de los golpes, y el del insulto, sintió que la sangre se le encendía en viva indignación, ante



# CUENTOS DE GRIMM



tamañas humillaciones. Pero haciendo un violento esfuerzo sobre su voluntad, dominó una vez más las protestas que subían a sus labios, y, sobreponiéndose a los impulsos de su ira, próxima a estallar, bajó la cabeza y continuó caminando en silencio, rendido de cansancio y medio muerto de fatiga.

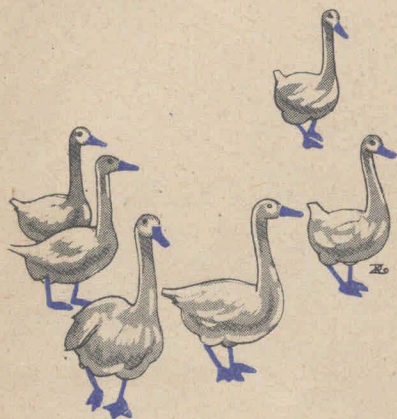
Llegaron, por fin, a la casa. Los gansos salieron a recibir a la vieja, batiendo las alas, alargando el cuello y graznando con desesperación. Detrás de los gansos apareció la ruda muchacha que los guardaba, tan sumamente morena que parecía negra, y tan fea, que inspiraba risa y miedo al mismo tiempo.

— ¡Madre! — exclamó la mozueta —: ¿Cómo ha tardado usted hoy tanto? ¿Le ha sucedido algo?

— Nada de particular, hija mía — contestó la vieja con tono de burla —; al contrario, he tenido el gusto de encontrarme con este caballero que ha sido muy bueno y complaciente conmigo, pues no sólo se ha prestado a cargar con el saco y las cestas sino que además me ha traído sentada en sus hombros. El camino se nos ha hecho corto, pues hemos venido charlando amigablemente casi todo el tiempo.

En seguida saltó la vieja al suelo, cogió el saco y las ces-





tas, y dirigiéndose al conde, que estaba casi extenuado y apenas podía tenerse en pie, le dijo:

— Es usted una excelente persona, y merece un premio por no haberse incomodado. Lo tendrá, yo se lo aseguro. Por de pronto, siéntese en ese banco, y descanse un poco.

Y mirando a su hija, añadió:

— Tú, pequeña entra en casa, porque eres joven y muy bella, y este señor conde pudiera enamorarse de ti.

El conde, al oír aquel despropósito, y a pesar de que no tenía gana ninguna de reírse, tuvo que hacer un esfuerzo para no prorrumpir en una carcajada. Le pareció muy peregrina la idea de que él pudiera enamorarse de semejante monstruo.

La vieja penetró en la casa con su hija, después de acariciar a sus gansos, y de distribuir entre ellos algunas frutas. En cuanto al joven, se dejó caer rendido en un banco que estaba al pie de un árbol.

El aroma de las flores que crecían en aquella espesura, perfumaba el ambiente; los gansos habían ido a bañarse en un arroyo vecino, reinaba un silencio absoluto y la Naturaleza se mostraba en magnífica calma. El conde se prometía un descanso provechoso, de que tan necesitado estaba. Al cabo de unos pocos minutos sintió que sus párpados se cerraban y murmuró:

— Estoy quebrantadísimo, y no me vendrá muy mal un poco de sueño; a ver si desaparecen los dolores que me producen las agujetas que sufro. Siento también las piernas tan flojas, que me parece que se me van a desprender del cuerpo.

En seguida se quedó profundamente dormido, y durmió



# CUENTOS DE GRIMM

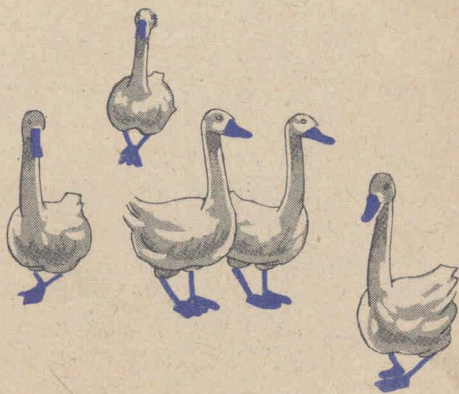
largas horas. Cuando la vieja le despertó, zarandeándole bruscamente sin miramiento alguno, declinaba ya el sol en el horizonte.

— Levántese pronto, perezoso — le dijo —, si quiere llegar al pueblo antes de que se haga de noche. Yo lo siento, pero no puedo darle aquí hospitalidad. Sin embargo, como recompensa a su docilidad, ahí tiene usted algo que le indemnizará sobradamente de todas las molestias que por mí se ha tomado.

Y le entregó un soberbio estuche de cristal verde de una sola pieza. En realidad, era una enorme esmeralda ahuecada, en cuyo centro se divisaban dos magníficas perlas de sorprendente tamaño, que lucían con suave y delicado fulgor.

El conde, maravillado, aceptó lleno de júbilo el espléndido regalo, y al levantarse, notó, con gran regocijo, que las agujetas habían desaparecido y no sentía el más leve cansancio. Se despidió cariñosamente de aquella vieja que tan mal le había tratado al principio, pero no se le ocurrió preguntar siquiera por la chica de los gansos.

Echó a andar y pronto se internó en la selva; pero la luz era escasa, equivocó el camino y se extravió en el bosque. Era ya muy de noche cuando divisó una luz; marchando en dirección a ella, llegó a la cabaña de una pobre familia de carboneros que le dieron hospitalidad. Durante tres días anduvo errante por el bosque, alimentándose solamente de frutas silvestres. Al cabo de ellos logró salir de aquella intrincada selva, pero no por el sitio por donde había entrado, sino por el opuesto.





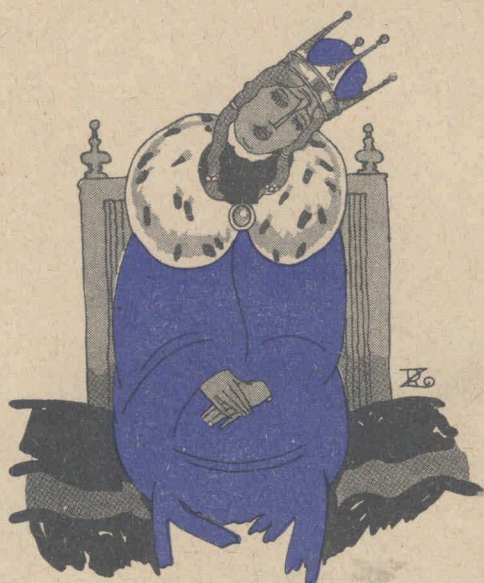
# BIBLIOTECA PERLA

Se encontró en un país completamente desconocido para él, por el que anduvo hasta llegar a la capital de aquel reino. Después de proveerse de nuevos vestidos, correspondientes a su elevada jerarquía, solicitó audiencia en el palacio de los reyes, y tuvo la suerte de que le fuera concedida para aquel mismo día. Se presentó a la hora señalada, y tanto el Rey como la Reina le recibieron con exquisita amabilidad y le pidieron noticias con grande interés, de su padre y de sus hermanos, a quienes conocían de referencia.

El conde, agradecido por tan cordial acogida, suplicó a la Reina que le permitiera ofrecerle un pequeño recuerdo, como muestra de vasallaje y leal adhesión. Y puso en sus manos el magnífico estuche que la vieja le había regalado. La



# CUENTOS DE GRIMM



Reina, con una sonrisa de complacencia, cogió la joya y abrió el estuche. Al ver su contenido, perdió el color, y dando un gran suspiro, inclinó la cabeza hacia atrás en el sillón en que estaba sentada, y se desmayó.

Asustado el Rey por aquel accidente inesperado, del que juzgaba culpable al joven conde, acudió a socorrer a la Reina, que no daba señales de vida, y llamó en seguida a las damas de servicio para que la prestasen sus cuidados. Cuando la hubieron trasladado a su cámara, el Rey, indignado, mandó a los soldados de su escolta que encerrasen inmediatamente al conde en un calabozo. El pobre joven, absorto ante la escena que acababa de presenciar, y sin saber a qué atribuir el desmayo de la Reina, siguió dócilmente a los guardias, sin atreverse a hacer protestas de su inocencia por lo sucedido.

Dos horas más tarde la Reina volvió en sí de su desmayo, y con muestras de gran emoción, preguntó por el conde. Al saber que había sido encarcelado, ordenó que le condujesen en seguida a su presencia. Alejó a todos sus servidores de la cámara, para poder hablar a solas con el joven, y una vez

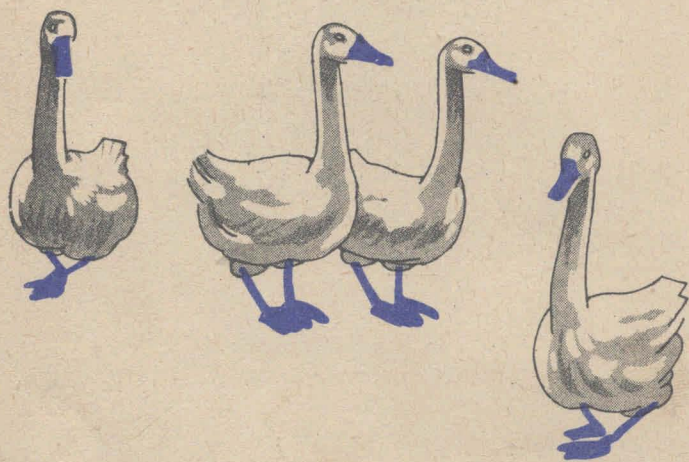


# BIBLIOTECA PERLA

que se hubieron retirado, la Reina prorrumpió en amargo llanto.

El joven, fuertemente impresionado, compadecía y respetaba en silencio aquel dolor tan profundo de que daba muestras la Reina. Serenóse al cabo ésta, y el joven oyó que le decía:

— Las perlas que he visto en el estuche, han despertado en mi corazón la más profunda pena y el más triste recuerdo.



Yo tenía tres hijas hermosísimas; la menor, sobre todo, era una maravilla. Su tez era como la flor del manzano; sus cabellos brillaban como hebras de oro. Un hada la besó en los ojos al nacer, y cuando lloraba, sus lágrimas al desprenderse del rostro, se convertían en perlas. Tenía quince años, cuando el Rey, mi esposo, ordenó que sus tres hijas compareciesen un día ante su trono. Al presentarse ella ante la corte reunida, hubiérase dicho que era el sol de la mañana; de todos los labios brotó un murmullo de admiración.

— Hijas mías — les dijo el Rey —, como somos mortales, y nadie conoce la hora de su muerte, me ha parecido prudente determinar de antemano la parte de mi reino que os he de dejar a cada una cuando yo falte de este mundo. Sé que to-

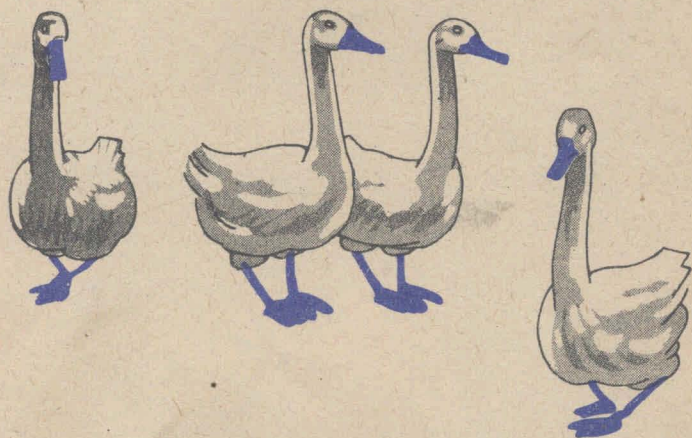


## CUENTOS DE GRIMM

das me queréis mucho; pero, decidme de qué modo me amáis cada una para que yo pueda conocer cuál es la que más me quiere. Ésa, tendrá en mi herencia una parte mayor que sus hermanas.

— Padre — contestó la mayor —; ya sabes que soy bastante golosa. Pues bien; te quiero más que a los dulces más exquisitos y que a las más perfumadas golosinas.

— Yo — dijo la segunda — te quiero más que al más elegante y rico de mis vestidos.



— Y tú, hija mía — preguntó el Rey a la más pequeña — ¿cómo me quieres?

— No sé expresarlo — respondió la niña —; te quiero muchísimo, pero no encuentro término de comparación.

El Rey insistió, y la muchacha, apremiada por el requerimiento, contestó:

— ¡Padre mío, no sé decirte más sino que te quiero con toda mi alma!

Al oír estas palabras el Rey, lleno de cólera, dijo a la niña:

— Con tu falta de obediencia estás incurriendo también en otra de respeto. Ya que no cumples mi mandato, sal ahora mismo de Palacio. Sólo tus dos hermanas tendrán mi reino.





*...y la menor de mis hijas salió de palacio, y fué llevada  
a un inmenso bosque...*



# CUENTOS DE GRIMM

Al llegar a este punto de su relato, la Reina enjugó las lágrimas que de nuevo asomaron a sus ojos, y prosiguió:

—A pesar de mis súplicas y de mis ruegos, el Rey mantuvo firmemente su decisión, y la menor de mis hijas salió del Palacio, y fué llevada a un inmenso bosque situado en la frontera de este reino, donde la abandonaron.

Mientras la conducían a su destierro lloró y se lamentó, no por verse privada de la herencia, sino porque quería muchísimo a sus padres y a sus hermanas, y sentía su alejamiento de ellos. Las lágrimas que derramó se convirtieron en perlas al caer de su rostro, y sus guardianes recogieron las suficientes para llenar una cesta. Al día siguiente, calmado ya el enojo del Rey, y obrando en su ánimo la reflexión, deploró amargamente la orden que había dado. Hizo explorar toda la selva en busca de su hija, pero no se encontró huella ninguna de la infeliz niña.

¿Se la comerían los lobos? ¿La devorarían las fieras? ¿Moriría de hambre? No puedo acostumbrarme a esta idea espantosa. Prefiero creer que habrá sido recogida por gentes caritativas; y el contenido del estuche que me ha regalado usted casi confirma esta suposición mía. Ahora comprenderá usted por qué me desmayé cuando vi lo que el estuche contenía. ¡Eran dos perlas hermosísimas; absolutamente iguales a las lágrimas de mi adorada hija! Dígame usted se lo suplico encarecidamente, cómo han venido a sus manos esas perlas.

El joven conde, muy conmovido, contó su extraña aventura con la vieja, añadiendo que muy bien pudiera ser una hechicera, y que desde luego no había visto a nadie que se pareciese a la Princesa.

La Reina decidió entonces ir en busca de la vieja para averiguar la procedencia de aquellas perlas tan hermosas. Aún conservaba la esperanza de hallar algún indicio que la pusiera en la pista de su hija inolvidable. El Rey, que no había cesado de arrepentirse de su cruel e injusta acción, declaró que la acompañaría, y al día siguiente se pusieron ambos en camino, llevando consigo al conde, en calidad de guía.



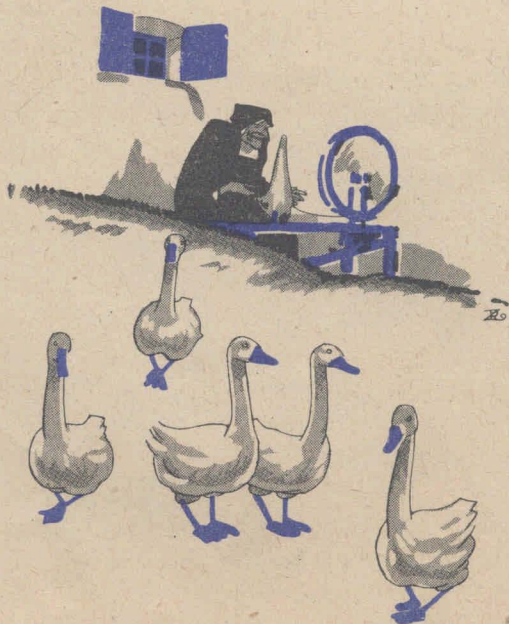
# BIBLIOTECA PERLA

Tres o cuatro días después de estos acontecimientos, se hallaba la vieja sentada en su casita hilando con una rueca y un huso. Empezaba a oscurecer, y oyó ruido; eran los gansos, que corrían apresuradamente y graznaban en variedad de tonos. La muchacha que los guardaba, después de encerrarlos como de costumbre, se puso también a hilar. Estuvieron hilando cerca de una hora sin decir palabra, cuando de pronto oyeron en la ventana tres golpes seguidos: era un buho que graznaba, diciendo: ¡guah! ¡guah! ¡guah!

— Esperaba esa señal — exclamó la vieja —; ya es hora, hija mía, de que hagamos lo que ya sabes.

La muchacha dejó el huso y la rueca, y salió de la casa sin despegar sus labios. A través de la espesura se dirigió a una fuente situada en los linderos del bosque; tres robles magníficos alzaban sus ramas al lado de la fuente. En el cielo lucía, hermosa, la luna; tan clara estaba la noche que se hubiera podido distinguir un alfiler en el suelo.

La guardadora de gansos, una vez que se hubo sentado en





el suelo, empezó por levantarse una horrible piel que, a guisa de careta, le cubría la cara y el cuello; en seguida se puso a lavarla en la fuente, y después la tendió en la hierba para que se secara. ¡Qué cambio se había operado en ella! En lugar de la rústica y fea muchacha que guardaba los gansos, se veía allí una joven de extraordinaria belleza. Era su tez como la flor del manzano; brillaban sus cabellos como el oro puro, y sus ojos eran azules como el cielo.

Sentóse la joven, y abstraída sin duda en tristes recuerdos, empezó a llorar amargamente; sus lágrimas corrían una tras otra; pero en lugar de perderse embebidas en el suelo, se solidificaban reflejando los rayos de la luna. De improviso, sonó un fuerte crujido en las ramas de uno de los árboles. Asustada la niña como el corzo que escucha los ladridos de los lebreles que le persiguen, se cubrió precipitadamente con la piel postiza que la desfiguraba, y emprendió rápidamente la fuga.

En aquel instante una espesa nube ocultó la luna, y la mu-



# BIBLIOTECA PERLA

chacha desapareció en la obscuridad. Al llegar a la casita de la vieja, temblaba como la hoja en el árbol. Quiso contar lo que la había sucedido y sus temores de que algún indiscreto la hubiese visto; pero la vieja la interrumpió, sonriendo, y la dijo que estaba enterada de todo. En seguida, cogió la escoba y se puso a barrer el suelo.

— Madre — dijo la niña —; pero ¿qué hora es esta de barrer la casa?

— Es verdad — contestó la vieja —, que ya es media noche; pero ¿no te acuerdas de que en esta hora se cumplen tres años desde que viniste, y que se acerca el momento en que hemos de separarnos?

— ¡Oh, madre mía! — exclamó la joven, tristemente —. ¿Seréis capaz de abandonarme, sabiendo que no tengo patria ni familia? ¿Dónde encontraré ahora un refugio? ¿Quién me amparará? ¿No os he obedecido en todo, cumpliendo puntualmente lo que me habéis mandado? ¿Quién guardará los gansos cuando yo me vaya? Vendrán los lobos y acabarán con ellos.

— No te aflijas, querida niña — respondió la vieja —;





# CUENTOS DE GRIMM



encontrarás un techo que te abrigue, y recibirás el premio que merecen tu obediencia y la buena conducta que aquí has observado. Pero es preciso que nos separemos. Yo tengo que marchar a un sitio muy lejano, y quiero dejar la casa limpia y aseada; por eso barro a estas horas. En cuanto a ti, sube a tu cuarto; quítate esa horrible careta que te desfigura y vístete con las galas y joyas que traías cuando te encontré en el bosque por primera vez. Después, espera que yo te llame:

La joven, muy emocionada, obedeció sin replicar.

Mientras tanto, el Rey y la Reina se habían internado en las espesuras de la selva en compañía del conde. Al tercer día, habiéndose adelantado el conde a sus compañeros para buscar un atajo, se extravió. Anduvo algunas horas errante sin encontrar a nadie; hasta que, anochecido ya, llegó a una fuente situada en los linderos del bosque al pie de tres robles corpulentos. Para preservarse de los ataques de las fieras se encaramó a las ramas de uno de aquellos árboles, con intención de pasar allí la noche.

El sueño empezaba a entornar sus párpados cuando a la luz de la luna vió acercarse una persona a la que reconoció en



# BIBLIOTECA PERLA

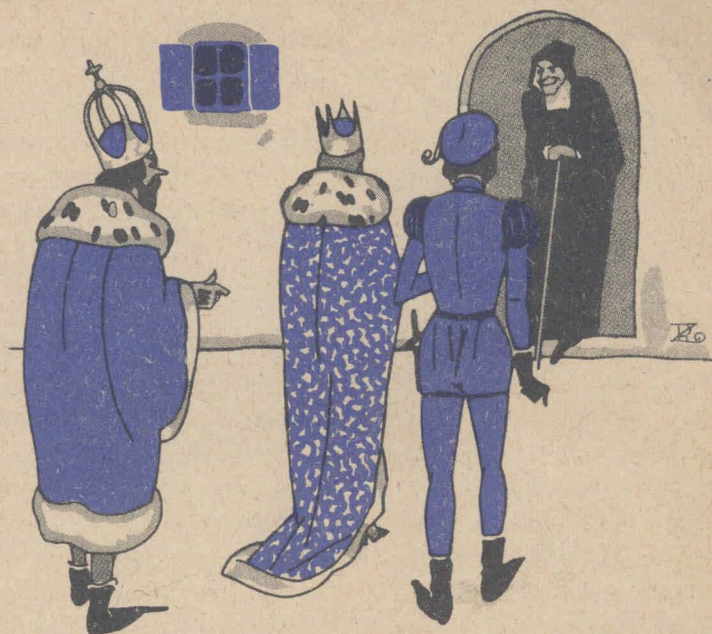
el acto; era la muchacha de los gansos. El conde se puso muy contento, pues la presencia de la joven indicaba que no debía estar lejos la casita de la anciana. Iba, pues, a bajarse para interrogarla, cuando vió que aquella chica tan fea se quitaba la careta que le cubría la cara. El conde creyó morir de asombro al ver a la horrorosa chica de los gansos transformada en una beldad como no había contemplado otra en su vida. Asomó la cabeza por entre el follaje para admirar a su gusto aquella hermosura peregrina, y entonces fué cuando al cruzar las ramas advirtió la joven que la espiaban y escapó a todo correr.

No hay que añadir que el conde bajó inmediatamente del árbol para seguir a la muchacha; a los pocos pasos distinguió dos personas que andaban como perdidas en aquellos matorrales. Se aproximó a ellas y las reconoció; eran el Rey y la Reina que le saludaron con gran alegría. Le mostraron una luz que se divisaba no lejos de allí, y el conde, a su vez, les





# CUENTOS DE GRIMM



refirió la maravillosa escena que había presenciado. Ni por un momento dudaron de que aquella joven de tan espléndida belleza era su hija, y apresurando el paso marcharon resueltamente y llenos de ansiedad en dirección de la casa donde brillaba la luz que habían advertido.

Llegados a ella, vieron en el patio a los gansos, que, ordenados en rueda y con la cabeza debajo del ala, dormían profundamente. Se aproximaron, y al través de los cristales distinguieron a la vieja, que, después de haber barrido y limpiado bien las habitaciones, se había puesto nuevamente a hilar.

La Reina dió un golpecito en la ventana. La vieja se levantó, abrió la puerta, y dijo en tono cordial:

— Pasen ustedes; sé quiénes son y a lo que han venido. Después, volviéndose hacia el Rey, le dijo:

— Hubieras podido ahorrarte el largo y penoso camino que acabas de recorrer, y sobre todo, el remordimiento que ha desgarrado tu corazón, si hace tres años no hubieras abando-



# BIBLIOTECA PERLA

nado con tan inaudita crueldad en la soledad de un bosque a tu propia hija, una niña tan bella y tan inocente. La pobre ha tenido que dedicarse al oficio de guardadora de gansos; pero gracias a mis cuidados, ha conservado toda la inocencia de su alma. Muy culpable has sido; pero has sufrido mucho y te considero suficientemente castigado. Y en cuanto a ti joh, Reina! tus penas van a cesar ahora mismo.

Dichas estas palabras, salió la vieja al portal y poniéndose al pie de la escalera, gritó:

— ¡Baja, hija mía!

En seguida se presentó la Princesa lindamente ataviada con un lujoso vestido de corte; sus cabellos brillaban como el oro puro, y sus ojos como diamantes; parecía un ángel del cielo. Embargada por emoción dulcísima se echó en brazos de su madre, que la estrechó contra su pecho. Luego, abrazó a su padre, que, de rodillas, besaba sus pies, y vertía abundantes lágrimas de alegría y arrepentimiento.

Al advertir la Princesa la presencia del conde, quien había sido la causa de su dicha, porque él había traído allí a sus





# CUENTOS DE GRIMM



padres, se ruborizó ligeramente, acordándose del desdén que el joven la había demostrado cuando ella parecía un monstruo de fealdad. El joven, por su parte, estaba maravillado, y bendecía la casualidad que le llevó a aquel reino desconocido en el cual tuvo ocasión de hacer tanto bien, pues merced a él aquellos afligidos padres pudieron recuperar a su hija que consideraban perdida para siempre.

— ¡Hija de mi alma! — exclamó el Rey —. Cuánto siento haber repartido mi reino entre tus dos hermanas.

— No te apenes por eso — dijo la vieja —; yo he recogido todas las perlas que tu hija ha llorado; son más preciosas que las del fondo del mar. Además, como justo salario por los tres años que me ha servido fielmente, le doy esta casa. En el sótano hay un tesoro que vale más que un reino.

La vieja atrajo hacia sí a la Princesa y la abrazó con gran ternura, desapareciendo después súbitamente. En aquel momento oyeron todos un crujido formidable, y en un abrir y cerrar de ojos se transformó la casa en un suntuoso palacio. Apenas repuestos del asombro que semejante cambio les pro-





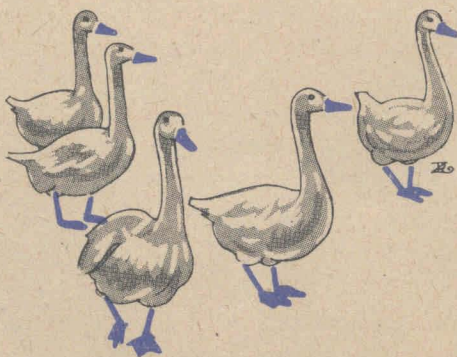
# BIBLIOTECA PERLA



dujo, entraron en el edificio donde admiraron las más fabulosas maravillas que pudiera soñar la fantasía, pues jamás habían visto en palacio alguno reunidas tantas riquezas de todas clases.

La Princesa y el conde se casaron y vivieron felicísimos muchos años, en el mismo palacio que les dejó la vieja. Ésta no era una bruja, como creía la gente del país, sino una hada benéfica que protegía a la Princesa desde que nació. Ella era la que le había hecho la merced singularísima de que llorase perlas en lugar de lágrimas.

En cuanto a los gansos, bien pronto descubrieron la Princesa y el conde que no eran tales gansos, sino muchachas presumidas, de genio violento y lleno de vanidad, que habían sido castigadas con tan extraña y justa transformación. Pero después de este sufrimiento expiatorio, recobraron su forma natural, y todas fueron, cada cual según su posición, damas de honor las unas y doncellas las otras de la hermosa Princesa de los cabellos de oro.





EL  
PAJARO  
GRIFO









# EL PAJARO GRIFO



UNA vez, en un país muy rico y muy próspero, había un rey muy poderoso; pero hace de esto tanto tiempo que no se sabe a ciencia cierta en qué parte del mundo reinaba, ni siquiera cuál era su nombre. Sus súbditos le respetaban y le amaban, porque merced a sus acertadas medidas de gobierno el país se hallaba



# BIBLIOTECA PERLA

en estado floreciente; las ciencias y las artes progresaban sin cesar; la agricultura y la industria se desenvolvían con los adelantos más progresivos; el comercio se desarrollaba por los métodos más modernos de la propaganda que entonces se conocían; la cultura y el bienestar eran generales; el estado de la hacienda, sano y sólido; el orden, completo.

A pesar de estas satisfacciones, y contrastando con la alegría general, el rey, que tantos motivos parece que debía

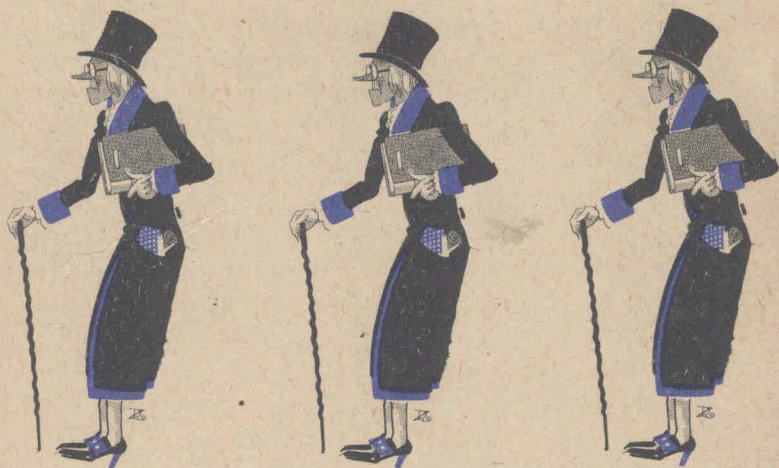


tener para sentirse dichoso, no era feliz. Una pena secreta entristecía su corazón y amargaba su vida; pero procuraba disimular el estado de su ánimo para no afligir a sus súbditos, que tanto le querían. El rey no era feliz porque su única hija, heredera de sus estados, no gozaba de buena salud. Por el contrario, su debilidad era tan grande y sus fuerzas tan precarias, que apenas si podía salir de tarde en tarde de su cuarto, y a veces, ni aun le permitía su gran decaimiento, moverse del sillón en que se hallaba sentada. Era frecuente que pasara días y semanas enteras tendida en un diván sin poder hacer ni el más mínimo esfuerzo, ni el más leve movimiento.

El rey había procurado, infructuosamente, poner remedio a esta extraña enfermedad. Los médicos más sabios y más

# CUENTOS DE GRIMM

renombrados del país, y de los circunvecinos, acudieron llamados a consulta, pero ninguno de ellos logró no sólo aliviar a la Princesa, sino ni descifrar siquiera la naturaleza ni el nombre de aquella secreta dolencia. Todos se declararon vencidos, confesando que su ciencia carecía de recursos para combatir con éxito aquel ignorado mal. El rey, que amaba en extremo a su hija, no perdió por completo sus esperanzas ante el dictamen de tantos eminentes doctores, y su ánimo es-



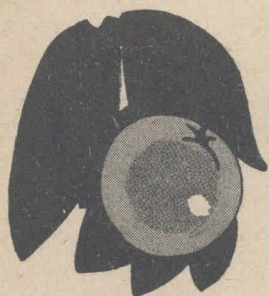
forzado decidió continuar luchando, sin rendirse, porque se resistía a creer que aquella enfermedad pudiese ser incurable. Una secreta voz le decía que no debía desmayar en la empresa, no obstante las dificultades y los obstáculos que hasta entonces se habían presentado para vencerla.

Acordóse casualmente cierto día de un hada que había asistido al bautizo de la Princesa, y la mandó llamar. Cuando llegó a su presencia la expuso los antecedentes de la enfermedad y los dictámenes adversos para la curación que habían emitido los facultativos, y la preguntó si ella sería capaz de encontrar algún remedio que pusiese fin a tan singular dolen-





# BIBLIOTECA PERLA



cia. Caso de haberle, la suplicó encarecidamente, y con lágrimas en los ojos, que se lo indicase, pues él estaba dispuesto a cuantos sacrificios fueran precisos con tal de devolver a su hija la salud perdida.

La respuesta del hada, después de examinar a la Princesa, fué terminante. La Princesa, dijo, recobrará la salud y la hermosura, en cuanto haya comido una manzana, con la condición de que ésta sea muy grande, blanca y rosada, y de finísimo aroma. Y sin dar ninguna otra explicación, ni añadir más palabras, salió de palacio y desapareció.

El rey no perdió ni un momento en poner por obra el consejo del hada, y para estimular el celo de sus súbditos, inmediatamente hizo anunciar en todo el reino al son de trompetas y tambores que quien trajese la manzana capaz de curar a la Princesa se casaría con ella, y sería más tarde rey consorte. El rey esperó con ansiedad el resultado de su proclama, pero esperó inútilmente, porque los días pasaban, y nadie acudía a palacio con la manzana bienhechora. Las que producía aquel país no debían reunir las condiciones necesarias, ya que nadie había logrado encontrarla a pesar de que el premio ofrecido no podía ser más tentador.

La noticia de lo que ocurría había llegado a una humilde aldea en los confines más apartados del reino, donde vivía un pobre labriego que tenía tres hijos.

— Antonio — dijo el padre a su hijo mayor —; allá en el fondo del huerto hay un manzano, cuya fruta exhala un



## CUENTOS DE GRIMM

penetrante y oloroso perfume; las manzanas que da son de gran tamaño y de color blanco y sonrosado, como las mejillas frescas de una joven. Vete allí, llena con ellas la cesta pequeña y llévalas al palacio del rey. ¡Dios quiera que su hija al comerlas, encuentre la que ha de curarla! De este modo haremos una buena obra, y además te casarás con la Princesa.

Antonio hizo lo que su padre le indicaba. Cogió las manzanas más bonitas, llenó con ellas una pequeña cesta, y se encaminó a pie hacia la capital del reino. Antonio era un buen chico, pero tenía un defecto grave: el de exagerar la importancia de sus prendas naturales, que estimaba en más de lo que realmente valían. Estaba tan pagado de sí mismo que con facilidad despreciaba a los que consideraba como inferiores, sin advertir que era víctima de la pasión del orgullo.

Cuando ya había andado una gran parte del trayecto, surgió en un lado del camino un hombrecillo de ruin estatura,







muy viejo, miserablemente vestido, y con una larga barba blanca, que le preguntó sonriendo:

— Muchacho; ¿qué llevas en esa cesta?

Antonio al verse interpelado por aquel ridículo personaje, sintió que su vanidad se sublevaba y le miró despreciativamente. Tentado estuvo de dejar la pregunta sin respuesta, pero, al fin, con tono cortante y seco, contestó:

— Llevo... ancas de rana.

— Bueno, hombre. Ya que lo dices, así será — respondió tranquilamente el enano.

Antonio le volvió la espalda, y cortando el diálogo, reanudó su marcha, llegando a poco a las puertas de palacio. Cuando anunció que traía la famosa manzana que había de curar



## CUENTOS DE GRIMM

a la Princesa, dieron aviso al rey, que estaba despachando con sus consejeros, e inmediatamente acudió lleno de alegría. En medio de la más viva expectación, Antonio destapó la cesta, y su sorpresa fué tan grande como su confusión al encontrarse con que las manzanas se habían convertido en ancas de rana, que se movían palpitantes aún. Ante la mirada que el rey le dirigió, encendido de cólera, por el ultraje que denotaba aquel desacato a la majestad real, Antonio bajó la cabeza, avergonzado, sin osar atreverse a formular ni una palabra de disculpa. El rey exclamó con furibundo acento, dirigiéndose a uno de sus guardias:

— ¡Que den inmediatamente veinticinco azotes a este impostor que ha querido burlarse de mí!

El pobre Antonio se volvió por donde había venido, lleno de confusión por el fracaso, con las espaldas doloridas por la azotaina, y avergonzado por la humillación que para su orgullo representaba su vencimiento en aquella prueba. Aquel maldito enano, pensaba, ha debido de ser el culpable de la







transformación del contenido de la cesta; en lo sucesivo no me dejaré llevar de la vanidad, y seré atento y cortés con todo el mundo.

La lección había sido provechosa, y cuando llegó a su casa se presentó en actitud humilde y resignada y refirió lisa y llanamente lo que le había sucedido, aunque por un resto de orgullo se guardó muy bien de contar algunos detalles, tales como la escena del viejecillo y los azotes que en palacio le habían dado.

El padre tuvo un disgusto serio, porque confiaba mucho en las dotes de su hijo mayor, pero no perdió las esperanzas y decidió probar fortuna con el segundo. Llamóle a su presencia, y le dijo:

— Andrés; coge otra cesta de manzanas, bien escogidas entre las más hermosas, y vete a palacio a curar con ellas a la Princesa. A ver si tienes más suerte que tu hermano.

Andrés era listo y atrevido, pero muy atolondrado. De carácter ligero y voluble, nunca tomaba nada en serio; se burlaba de todo porque todo era para él cosa de broma y de juego. Acogió con gran alegría la proposición de su padre,



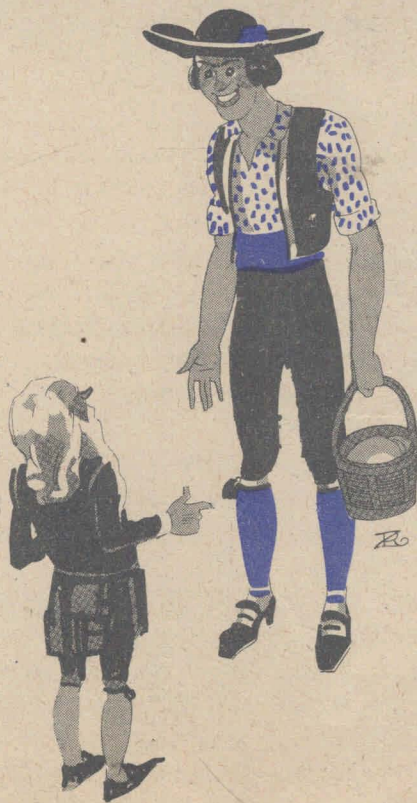
# CUENTOS DE GRIMM

pensando no en el provecho que el viaje habría de reportarle, sino solamente en lo mucho que podría divertirse.

Salió de su casa después de haber despojado el árbol de casi todas las manzanas, y con la cesta al brazo, se puso en camino, alegre y despreocupado como siempre. Nada de particular le ocurrió en las primeras jornadas, pero cuando ya estaba cerca de la capital, se le presentó de repente el viejecillo que ya conocemos, y le preguntó como a su hermano:

— Muchacho; ¿qué llevas en esa cesta?

Andrés, al ver la estrafalaria figura del hombrecillo, soltó una estrepitosa carcajada, y dejándose llevar de su espí-





ritu burlón y bromista, le contestó, con ánimo de divertirse un rato con aquel viejo:

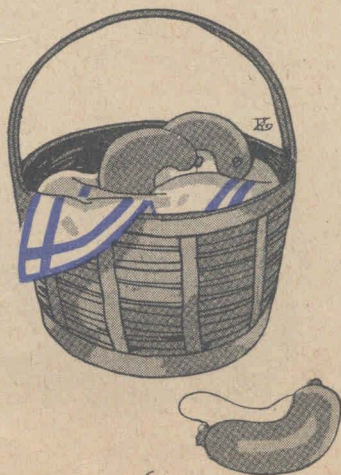
— Pues llevo morcillas —; y siguió riendo en las mismas narices del hombrecillo.

— Ya que lo dices, así será — contestó éste sin inmutarse ni darse por enterado de la actitud burlona del joven.

Continuó Andrés su camino, y cuando llegó a la capital y se presentó a las puertas de palacio, el centinela de guardia se negó a franquearle el paso una vez que se hubo enterado de la pretensión que allí le llevaba, creyendo que se trataría de un farsante como aquel otro de las ranas. Pero Andrés insistió de tal manera y con tanto ahinco que el centinela, temeroso de la responsabilidad en que pudiera incurrir, acabó por conducirlo a la presencia del rey.

Al destapar la cesta se vió que en vez de manzanas, la cesta contenía morcillas. Furioso el rey al verse chasqueado por segunda vez, ordenó un severo castigo para el atrevido que había osado burlarse de él y mandó que le arrojasen de su presencia a empellones.

El infeliz, lleno de cardenales, volvió a su casa; y cuando el padre se enteró de que también había fracasado, no pudo sufrirlo con paciencia y dió a su hijo unos cuantos bofeto-





# CUENTOS DE GRIMM



nes. Por fortuna, Andrés escarmentó, y cambió de carácter; en lo sucesivo fué muy formal y juicioso y su padre no volvió a tener queja de él.

El menor de los hijos del labriego se llamaba Luisito; era un chico muy alegre y avispado, pero inocente en sumo grado y buenísimo. Su padre y sus hermanos le tildaban de tonto, porque siempre estaba contento y nunca se incomodaba, por pesadas que fuesen las bromas y burlas de que le hacían objeto. Incapaz de mentir ni de disfrazar siquiera sus pensamientos, entendía él en su sencillez natural que todos procedían con la misma rectitud, y esta falta absoluta de malicia, le granjeó fama de simplicidad, a todas luces inmerecida.

Cuando se enteró del fracaso de sus hermanos se le ocurrió tentar la suerte y acometer la empresa en que aquéllos no habían sabido salir victoriosos. En el árbol no quedaba ya



más que una manzana, que por cierto era hermosísima; y animado de grandes esperanzas, pidió permiso a su padre para cogerla e ir a curar con ella a la Princesa.

No quería el padre darle su consentimiento, desconfiado como estaba ya del éxito, después de lo que a sus hijos mayores les había sucedido.

— ¿Por qué no he de probar? — decía Luisito.

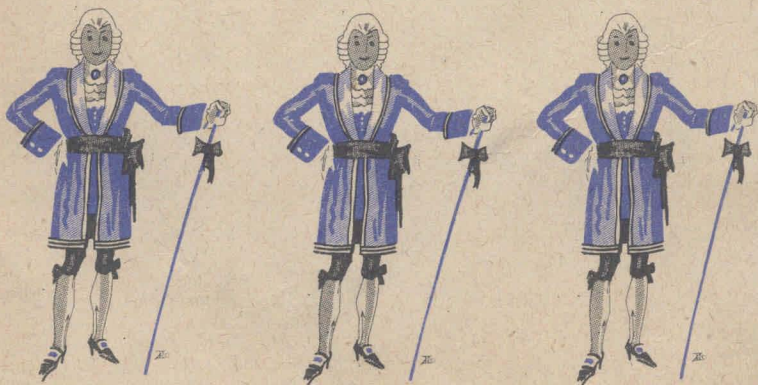
— Porque nada conseguirás — le contestó su padre —; lo que no han podido lograr tus hermanos mayores, que son listos, ¿cómo has de alcanzarlo tú que eres medio bobo?

Pero Luisito insistió tanto y tan tenazmente, que su padre concluyó por decirle:

— Anda, bendito de Dios, y haz lo que te plazca. Pero no vengas a quejarte luego, si el rey manda que te den una paliza. Mira bien a lo que te arriesgas, porque si recibo el disgusto de saber que no has salido airoso, te encerraré en la cueva una temporada por haberme arrancado el permiso que yo no te quería dar.

Luisito, al ver satisfechos sus deseos, empezó a dar saltos y brincos de alegría, al mismo tiempo que decía a su padre:

— Tranquilícese usted, padre, que yo no he de olvidarle cuando sea rey; al contrario, haré construir para usted una magnífica casa, y le daré mucho dinero para que todos los



# CUENTOS DE GRIMM



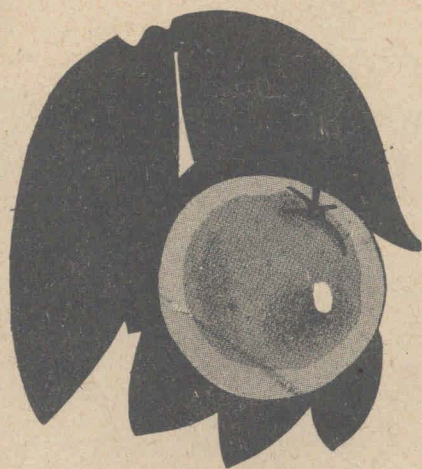
días pueda comer las carnes más sabrosas, los pescados más finos, las frutas y los pasteles más delicados, y beber los mejores vinos.

El padre, al escuchar aquellas que él juzgaba solemnes tonterías, le contestó:

— Calla, y no seas mentecato. Verdaderamente, siento dearte que lleves la manzana; y ya me pesa haberte permitido que la cojas, porque no auguro nada bueno para ti.

Como ya era bastante tarde, el muchacho decidió aplazar el viaje para el siguiente día, y se acostó, después de encomendarse a Dios. Pensando en la suerte que le aguardaba, y en el trono que ya consideraba como suyo, no le fué fácil conciliar el sueño. A poco de quedarse dormido tuvo un sueño delicioso; se veía vestido con un magnífico traje de brocado y manto de púrpura bordado en oro; al costado, una magnífica espada con reluciente empuñadura, y en la cabeza una soberbia corona de oro adornada de brillantes y otras piedras preciosas. El palacio en que habitaba era suntuoso, con numerosos servidores prontos a satisfacer sus más leves deseos; la corte de que se contemplaba rodeado, espléndida y distinguida. Todas estas magnificencias que veía en su sueño no le impedían ocuparse de las gentes humildes que también divisaba; y se observaba a sí mismo remediando sus nece-





sidades con las abundantes limosnas que entre ellas repartía, y proporcionando trabajo a los que de él carecían, y medicinas y consuelos a los que se encontraban enfermos.

Al amanecer se levantó, fué al huerto, cogió la manzana, la envolvió en papeles de seda, la guardó cuidadosamente en una cajita, y después de abrazar a su padre, se puso en camino, cantando alegremente.

En el mismo sitio en que se presentó a sus hermanos el hombrecillo pequeñín, se acercó a él también, diciéndole:

— ¿Qué llevas ahí, jovenzuelo?

— Una manzana muy hermosa — contestó Luisito, sonriendo con amabilidad al viejecillo.

— ¿A dónde vas con ella?

— A curar a la Princesa real, que está muy mala.

— Ya que lo dices, así será —. Y el enano se marchó sin añadir más palabras.

A Luisito le costó un verdadero triunfo entrar en palacio. El centinela se indignó al escuchar la petición del joven, pensando que sería tan embustero como los dos que le habían precedido. Pero al fijarse en la cándida sonrisa de Luisito y



# CUENTOS DE GRIMM

en su mirada tranquila e inocente, movido a compasión le dijo:

— Escucha; si te niego la entrada es por tu propio bien. El rey está furioso, porque antes que tú han venido otros dos con el supuesto remedio para curar a la Princesa, y han resultado ser dos charlatanes. Si ahora entras tú, creerá que vienes también a burlarte de él, y te encerrará en un calabozo para toda tu vida, yo te lo aseguro. Vale más que te marches.

— Ya sé que han venido otros dos, y que nada han conseguido — respondió Luisito —; pero yo estoy seguro de acertar.

Y tanto insistió Luis, y con tanta vehemencia y sinceridad





# BIBLIOTECA PERLA

protestó de su lealtad y de su buena fe, que, rindiéndose a sus súplicas, el portero le dejó por fin pasar, e hizo que le condujeran a la presencia del rey.

Cuando, en medio de la general expectación, se abrió la caja, se vió que contenía, en efecto, una manzana. Pero ¡qué manzana!

Era magnífica por lo grande, por lo dorada y por su aroma embriagador. El rey confesó que jamás había aspirado olor tan delicioso, de tan exquisito perfume. Mandó que inmediatamente se la llevaran a la Princesa, y todos quedaron anhelantes, haciendo votos fervorosos porque la manzana produjese el efecto salutífero que deseaban.

Transcurrió una media hora, que a todos los presentes se les antojó medio siglo por la viva ansiedad con que aguardaban el desenlace de aquella prueba. Abrióse al fin la puerta de la estancia, y en el dintel apareció la Princesa llena de salud y radiante de hermosura; y con muestras del más intenso regocijo se precipitó en brazos de su padre.

La alegría del rey, y de la corte no tuvo límites. Después de las primeras expansiones de júbilo todas las miradas se volvieron a Luisito que, tranquilo y sonriente, contemplaba aquella escena emocionante, desde un ángulo del salón. To-





# CUENTOS DE GRIMM



dos acudieron a él para festejarle, y con simpática modestia supo aceptar y agradecer aquellos plácemes y felicitaciones.

El rey, visiblemente satisfecho, frunció de pronto el ceño y dejó de participar en el regocijo general. Repentinamente vino a su memoria la imprudente promesa que había hecho de conceder la mano de su hija a quien le devolviera la salud, porque no le hacía gracia tener por yerno a un humilde campesino.

La Princesa notó la preocupación del rey, y adivinó la causa a que obedecía. Más condescendiente, sin embargo,



# BIBLIOTECA PERLA

que su padre, o más agradecida, contemplaba la gallarda presencia del muchacho y su actitud serena y confiada, y le miraba con cariño.

El rey, sumido en profunda meditación, permaneció un largo rato en silencio. Por fin, dirigiéndose a Luisito, le dijo:

— Te he prometido la mano de mi hija, y mantengo mi promesa; pero tengo que advertirte que la gusta mucho embarcarse, y como yo no quiero que ande por el agua, pues no disfrutaría de tranquilidad, dado el horror que el agua me inspira, es preciso que, antes de casarte con la Princesa, me traigas un barco que ande por tierra con la misma facilidad que por el río o por el mar, porque tampoco quiero privar a mi hija de que se embarque, ya que tanto placer encuentra en ello.

Al escuchar aquellas palabras, con las que el rey dilataba





*...Cuando más entretenido estaba en su trabajo, se le presentó de repente el viejecillo...*



el cumplimiento de su promesa, poniendo una condición casi imposible de cumplir, al pobre Luisito se le cayó el alma a los pies, viendo cómo se desvanecían las esperanzas de un triunfo que ya creía haber alcanzado. Balbuceó algunas frases de despedida; y triste y apenado por primera vez en su vida, se volvió a su casa.

Contó a su padre lo que le había ocurrido en su viaje; y el labriego, viendo que el joven había logrado realizar en parte su plan, puesto que la Princesa estaba curada, no se atrevió a reprenderle; pero como tenía un concepto equivocado de su hijo, exclamó:

— ¿No te lo había yo dicho? Se conoce que el rey te ha encontrado demasiado simple para yerno suyo.

Luis, caviloso y cariacontecido, se acostó después de haber rezado devotamente sus oraciones. — Qué hemos de hacerle! — pensaba al tiempo de meterse debajo de las sábanas —. Después de todo, no es mía la culpa; yo he hecho cuanto estaba en mi mano, y lo he hecho bien. Y se durmió profundamente.

El descanso ejerció en su cuerpo y en su espíritu un influjo reparador. Cuando se levantó al día siguiente, Luisito volvió a ser el de siempre, alegre y optimista. La jugarreta del monarca no había alterado la paz en el alma candorosa del joven, sino momentáneamente. Pronto renació en su corazón la confianza, y aceptando, con sana filosofía, los hechos consumados, se dispuso a luchar con brío para conseguir el logro de sus honradas aspiraciones.

Cogió un hacha y algunas otras herramientas de carpintero, y con ellas al hombro se fué al bosque, silbando una alegre canción. Comenzó por derribar algunos árboles para dedicarse después a la difícil tarea de construir un barco. Cuando más entretenido estaba en su trabajo, se le presentó de repente el viejecillo preguntón que le había hablado en su viaje de ida al palacio real, y le dijo:

— ¿Qué estás haciendo, muchacho?

— Trato de construir un barquito que pueda andar lo



# CUENTOS DE GRIMM



mismo por la tierra que por el agua — respondió Luisito.

El enano se encogió de hombros y se limitó a decir sencillamente:

— Ya que lo dices, así será.

Y acertó; porque desde aquel momento parecióle a Luisito que le habían nacido alas en todo su cuerpo. Con rapidez increíble y pasmosa seguridad iba construyendo las diversas piezas que habían de formar la embarcación; cuando las tuvo construídas, juntó unas con otras ensamblándolas perfectamente en pocos momentos. Una vez que hubo acabado, se metió dentro del barco, empuñó los remos, y a su impulso ¡oh,



# BIBLIOTECA PERLA

prodigio! la navecilla se deslizó por el camino con la misma facilidad con que hubiera podido hacerlo sobre un lago.

Luisito, remando vigorosamente, no tardó en llegar a las puertas de palacio. Los centinelas quedaron absortos al contemplar aquel insólito medio de locomoción terrestre, y anunciaron al rey la visita del salvador de su hija. Grande fué la sorpresa del monarca, quien ya ni remotamente se acordaba del mancebo, al comprobar por sí mismo la existencia del maravilloso barco, y ver de qué modo tan prodigioso había sabido dar cumplimiento al difícilísimo encargo que, en su malevolencia hacia el joven, le había encomendado.

Esta prueba acreditaba cumplidamente la valía del muchacho, y cualquiera se hubiera rendido ante ella; pero el rey era terco, y además pesaban mucho en su ánimo los prejuicios del rango y de la sangre. Por eso, aunque recibió con suma amabilidad los homenajes que Luisito rindió a su alta jerarquía, y le felicitó calurosamente por la admirable muestra de ingenio y de actividad que acababa de darle con la rápida y feliz construcción del barco, no quiso dar su brazo a torcer, y le dijo:

— El barco que has hecho es, efectivamente, una maravilla, y me ha dejado complacido en extremo; pero espero que



# CUENTOS DE GRIMM



no llevarás a mal una nueva petición que voy a hacerte antes de dar mi consentimiento a tu boda con la Princesa. Esta petición es mucho más fácil de cumplir que la anterior, y estoy seguro, después de esta brillante prueba que todos hemos admirado, que sabrás realizarla con idéntica fortuna.

Luisito se inclinó en silencio, y el rey continuó diciendo:

— Se trata, sencillamente, de que guardes, durante un día entero, los cien conejos blancos que cuida la Princesa. Saldrás con ellos al campo al amanecer, y deberás volver con ellos por la noche. Pero te advierto que si cuando los contemos a tu regreso, falta aunque no sea más que uno solo, has perdido todos tus derechos a la mano de mi hija; así que ya puedes tener cuidado.

Luisito no se arredró. — La cosa parece fácil — pensaba —, pero indudablemente tratarán de hacerme alguna jugareta para vencerme. Sin embargo, por el cariño de la Princesa, yo haré cuanto pueda para salir airoso.

Salió al parque con los conejos, los cuales brincaban y saltaban dando muestras de gran alegría al correr por el campo. Luisito comprendió pronto que la empresa que le había parecido fácil no lo era tanto, porque el número de aquellos animales era muy crecido, y aunque estaban domesticados, y, por tanto, no se escapaban, corrían por aquellos prados con





extrema movilidad de un lado a otro, y era preciso estar muy alerta y suma vigilancia para que alguno no se extraviase.

El ejercicio era fatigoso en demasía, y Luisito, a pesar de su confianza y de su optimismo, comenzó a desanimarse, temeroso ante la dificultad de sufrir durante un día entero aquel continuo trajín, y con escasas esperanzas de poder devolver



# CUENTOS DE GRIMM

completo por la noche a las jaulas de palacio aquel centenar de animalitos.

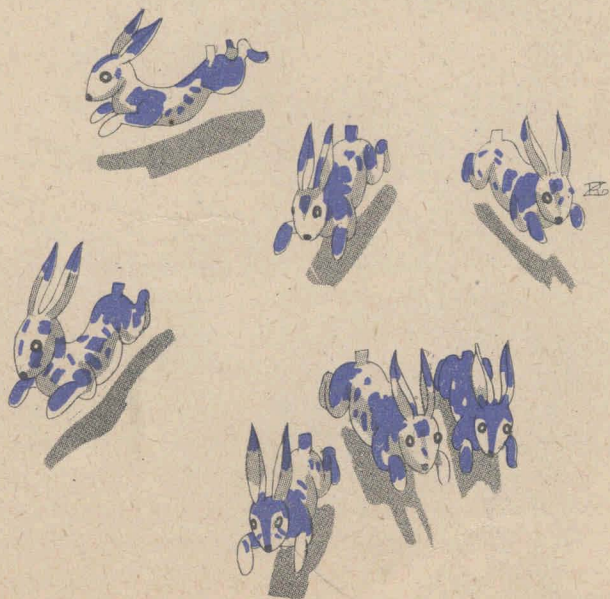
De sus apuros vino a sacarle, como en otras ocasiones, el viejecillo protector. Cuando estaba ocupado en estos pensamientos, se le apareció el enano y le preguntó qué hacía tan solo por aquellos lugares.

Luisito se lo contó y le expresó sus temores de no poder cumplir la condición que el rey le había puesto para casarse con su hija, pues consideraba muy difícil impedir que alguno de los conejos se extraviase.

El enano se sonrió, y sacando un silbato se lo entregó al joven, al mismo tiempo que le decía:

—Desecha esos temores. Si alguno de los conejos se te escapa, no tienes más que tocar este silbato y verás cómo el conejo vuelve corriendo a tu lado, en seguida.

A la caída de la tarde fué al parque uno de los cocineros de palacio, y quiso llevarse un conejo que necesitaba para la cena de la Princesa. Luisito se opuso a que se lo llevase, por-





que él tenía el compromiso de devolver los cien conejos sin que faltase uno solo.

— Cuando yo los haya entregado por la noche en palacio podéis cogerle — repuso —. Ahora, de ningún modo.

El cocinero insistió tenazmente; y entonces Luisito, para alejar de allí a aquel importuno, le dijo:

— Si la hija del rey quiere cenar conejo, que venga ella en persona a elegir el que quiera.

El cocinero, al tratar de apoderarse del conejo no había hecho otra cosa que obedecer un mandato del rey; así que, al escuchar estas palabras de Luisito, volvió a palacio a ponerlas en conocimiento de su señor. Éste ordenó a su hija que fuese al parque y trajese uno de los conejos. La Princesa obedeció, muy apenada al darse cuenta de las dificultades y de los obstáculos que la mala voluntad de su padre ponía al pobre muchacho.

Cuando llegó al parque, Luisito, que no esperaba su visita, la recibió con tanto respeto como cariño, y no se opuso a que cogiese uno de aquellos animales que allí pacían tranquilamente. La Princesa se lo llevó en sus brazos, y Luisito la vió marchar, desconsolado.



La Princesa iba muy triste pensando que aquel joven tan simpático no podría presentar después los cien conejos cabales, puesto que se había dejado quitar uno y, por tanto, tendría que renunciar a sus proyectos. Ganas le dieron de soltar al animalito; pero no se atrevió a hacerlo, porque sabía que su padre ha-



# CUENTOS DE GRIMM



bía enviado a sus servidores detrás de ella para vigilarla.

Luis descubrió desde la pequeña colina en que se hallaba, las maniobras de aquellos hombres que seguían a la Princesa, procurando ocultarse de ella, y cayó entonces en la cuenta de que todo aquello no era sino una estratagema de que el rey se estaba sirviendo para hacerle desistir de sus propósitos. Él había accedido a que la Princesa se llevase uno de aquellos animales, creyendo ingenuamente que tal era su deseo, aunque ello significase el derrumbamiento de sus ilusiones; pero al enterarse de aquella acción indigna, reaccionó vivamente, y acordándose del silbato que tenía en su bolsillo le hizo sonar con





fuerza. El conejo al oír el silbido saltó instantáneamente de los brazos de la Princesa y como una exhalación vino a refugiarse al lado de Luisito, siendo vanos todos los esfuerzos que los servidores del rey pusieron en apoderarse del animal.

Al anoecer se presentó Luisito en palacio con la mana da completa de conejos. El rey quedóse tan sorprendido como contrariado ante la extraordinaria destreza de aquel joven que parecía destinado por la fortuna a ser su yerno. Pero ya hemos dicho que el rey era testarudo; por otra parte, estaba irritadísimo contra el muchacho, quien sin duda se había aliado con la suerte para desbaratar sus proyectos. Dos veces le había derrotado ya en pequeño espacio de tiempo y esto no podía sufrirlo con paciencia su orgullo. En su espíritu había ido formándose un sentimiento de rencorosa hostilidad contra aquel joven que al anublar su razón le impedía ver las buenas cualidades de que estaba adornado y le hacía olvidar el inestimable beneficio a que le era acreedor por la curación de su hija.

Llevado de tan mezquinos sentimientos, decidió probar





# CUENTOS DE GRIMM



fortuna una vez más, imponiendo al joven una condición tan dura y tan penosa y de tan difícil cumplimiento, que no tuviera más remedio que declararse fracasado. Después de pensar largo rato, llamó a Luisito a su presencia, y le dijo:

— Te felicito por tu habilidad en la guarda de los conejos. Ya te vas acercando al logro de tus aspiraciones, porque sólo te falta desempeñar bien una tercera y última prueba a que voy a someterte. Consiste simplemente en traerme una de las plumas de la cola del pájaro grifo, animal famoso del que supongo habrás oído hablar, que tiene la mitad del cuerpo de león y la otra mitad de águila, y que habita en un país muy remoto.

A Luis ya no le cupo duda, después de oír aquella proposición tan disparatada, de la malevolencia del monarca hacia él. Nada podía intentar, sin embargo, para defender sus





*... Después de haber andado durante veinte días, llegó a las puertas  
de un castillo...*



# CUENTOS DE GRIMM

derechos; todas las consideraciones que le hubiese hecho por convincentes que fuesen, no alcanzarían otro resultado que el de irritarle, y predisponerle más en contra suya. Comprendiéndolo así, Luisito bajó la cabeza, resignado, y se dispuso a satisfacer este último capricho del rey, aunque en aquel momento no tenía ni remota idea de los medios de que habría de valerse para lograrlo; pero, confiando en Dios y en su buena estrella, emprendió la marcha tomando a la ventura el primer camino que se le ofreció.

Tampoco esta vez la fortuna se le mostró esquiva, puesto que el mismo día en que comenzó el viaje, encontró al excelente enano que tan cumplidamente le había sacado de apuros en las dos ocasiones anteriores. En cuanto le vió, sin esperar a que él le preguntara, se apresuró a darle cuenta de la empresa que había de acometer para poder casarse con la Princesa, y le pidió el apoyo y la ayuda, que tan desinteresadamente le había prestado otras veces. No se los negó ahora el viejecillo; al revés, sonriéndole cariñosamente, le informó con todo detalle del lugar donde vivía aquel fantástico pájaro, y le describió minuciosamente el itinerario que debía seguir para llegar hasta su cueva.

Luisito, animadísimo, y contento, y alegre, como nunca, reanudó su marcha. Después de haber andado durante veinte días llegó a las puertas de un castillo, y pidió hospitalidad, que le fué generosamente otorgada. Supo el dueño del castillo que Luisito buscaba el pájaro grifo, y le habló de esta manera:

— Sería para mí motivo de gran satisfacción que encontraseis a ese famoso pájaro, cuya existencia casi todo el mundo conoce, pero al que nadie ha logrado ver todavía. Ese animal, mitad fiera, mitad pájaro, sabe todo lo que sucede en el mundo; por eso, si conseguís dar con él os agradecería que le preguntaseis dónde está la llave de un sótano encantado que existe debajo de la torre mayor de este castillo, sótano que encierra en oro y pedrería una fortuna inmensa. Mi bisabuelo perdió esa llave, y ni mi abuelo, ni mi padre, ni yo he-





# BIBLIOTECA PERLA



mos podido hallarla, ni disfrutar, por tanto, de esas riquezas ocultas.

Luisito dió las gracias al señor del castillo por lo mucho que le había agasajado durante su corta permanencia en aquella fortaleza, y al despedirse, le prometió que no olvidaría la recomendación que le había hecho, y que si encontraba al pájaro, volvería a darle cuenta de su encargo.

Unos días más tarde, pernoctó en otra casa muy hermosa donde, como en el castillo, le recibieron muy cariñosamente, y donde también le encomendaron una misión cerca del pájaro sabio y maravilloso: la de preguntarle cómo podría curar un hijo del dueño de la casa, gravemente enfermo desde hacía un año, sin que se hubiera podido averiguar la causa ni la naturaleza de la enfermedad, ni el remedio para curarla.

Ofreció también Luisito interrogar al pájaro grifo sobre este asunto, y reanudó su marcha.

El camino que seguía desembocó en un ancho y profundo río. Estaba pensando en el modo de atravesarle, cuando se le



# CUENTOS DE GRIMM



presentó inopinadamente un barquero y en pocos instantes le trasladó a la orilla opuesta. Luisito dió muy cortésmente las gracias al barquero por su amabilidad, y le informó del lugar adonde se dirigía. El barquero, al enterarse de este detalle, le dijo:

— La mejor recompensa que podéis darme por mis servicios, es preguntar al ave maravillosa por qué estoy metido en esta barca desde hace tantos años practicando el oficio de pasar viajeros de una a otra orilla, sin tener un momento de descanso, y sin poder salir de ella, ni cesar nunca en un trabajo tan penoso.

Luisito prometió hacer con mucho gusto la pregunta que



# BIBLIOTECA PERLA

el barquero le recomendaba, y transmitirle después la respuesta del ave.

Quince días más tarde llegó Luisito a la anchurosa cueva donde vivía el pájaro grifo. Estaba situada en lo alto de una roca, y a sus pies se extendía una llanura dilatada y desierta, en la que apenas se advertían señales de vegetación. Al divisar Luisito aquel panorama triste y aquel terreno árido y desolador, comprendió que allí debía tener fin su viaje. Con gran trabajo pudo trepar por la roca; en la cima descubrió una enorme abertura, que no era otra cosa que la entrada de la guarida.

Luisito, no obstante su ánimo decidido y resuelto, estaba impresionado. Aquel paisaje tétrico ya era bastante, por sí solo para infundir pavor en el espíritu más varonil y esforzado; pero, además, la idea de verse frente a aquel animal extraño y fabuloso, le intimidaba un poco. Sacando fuerzas de



# CUENTOS DE GRIMM

flaqueza, penetró en la cueva, decidido a afrontar los riesgos que fueran necesarios para llevar a cabo su empresa. Le salió al paso una vieja muy arrugada y enteca, preguntándole qué motivos tan poderosos le habían podido llevar a aquellas soledades tan apartadas del mundo.



Luisito, con la sinceridad y rectitud que ponía en todos sus actos hizo a la vieja un relato detenido y minucioso de sus aventuras desde el momento en que salió de su casa para ir a curar a la Princesa, y tal emoción supo poner en sus palabras que despertaron en el pecho de la anciana un eco de simpatía hacia el joven.

— Pues, mira — le dijo una vez que hubo concluido la narración —, el grifo no se halla aquí en este momento. Pero, ¿cómo te has atrevido a venir a buscarle? ¿No sabes que aborrece a los hombres, y mata a todos los que encuentra? Temo que lo vas a pasar muy mal. Sin embargo, veo que eres un buen muchacho y quiero hacer algo en tu favor.

Luisito la dió las gracias con una sonrisa, y la anciana continuó diciendo:

— Esta noche, a primera hora, vendrá el grifo. Hasta entonces, escóndete en ese agujero que ves ahí en el rincón, y procura no moverte ni hacer ningún ruido para que no descubra tu presencia. Cuando esté bien dormido, yo te avisaré para que le arranques, con la mayor suavidad, una de las plumas de la cola.

Luisito se deshizo en expresiones de gratitud.

— Ya que es usted tan bondadosa para conmigo — le dijo — estimaría mucho que completara usted el favor, haciendo al grifo tres preguntas que me han hecho a mí otras tantas personas que me han ayudado en mi viaje, y a las que quisiera mucho complacer, satisfaciendo su curiosidad.





— ¿Qué preguntas son éstas? — respondió la anciana.

— Dónde se encuentra la llave de un sótano encantado que existe bajo la torre mayor de un castillo, en el que me han hospedado al venir aquí. Cómo podrá curar de su enfermedad un hijo del dueño de una casa que también me ha dado hospitalidad en mi larga jornada. Y, por último, saber por qué un barquero de estas cercanías se ve condenado a pasar viajeros de una a otra orilla, y cómo podría salir de su barca y cesar en este penoso trabajo.

— Dificilillo es, lo que pides; pero me has sido muy simpático, y trataré de complacerte en lo que pueda. Ahora, escóndete como te he dicho, y confía en mí.

Al anoecer se oyó un ruido estrepitoso que hizo estremecer a Luis; era el fragor que producían las alas del pájaro que se aproximaba, al batir el viento. El grifo era un animal fantástico, imposible de describir; su tamaño era gigantesco, y su aspecto imponente. Por delante semejaba un león de ga-



# CUENTOS DE GRIMM

rras enormes; por detrás, su cuerpo estaba cubierto de espesas y fuertes plumas, terminando en una ancha y larga cola. Al entrar en la cueva, revolvió en las órbitas sus grandes ojos verdes que brillaban como faros en la obscuridad, y dijo a la vieja que había salido a recibirle:

— Me huele a carne humana.

— Tienes razón — contestó la anciana —; ha poco estuvo aquí un joven, que se había extraviado por esos caminos; pero en cuanto supo que se encontraba en tu cueva, huyó despavorido.

El animal, que daba señales de venir muy fatigado, se dió por satisfecho por el momento con esta explicación, y no preguntó más. En seguida se echó en un enorme montón de hojas y de pajas que le servían de lecho, y no tardaron en escucharse sus ronquidos aterradores.

Luisito contemplaba estupefacto desde su escondite aquel monstruoso animal; cuando, pasadas algunas horas, la vieja le indicó que podía salir, se acercó de puntillas y temblando







de miedo, al grifo dormilón, y con toda la delicadeza que pudo le arrancó una pluma de la cola, cosa que le costó no poco trabajo por lo fuertemente adheridas que el pájaro las tenía. Hecho esto, se refugió de nuevo en su escondite, al ver que el animal se revolvía al sentir los tirones del joven. Por fin se despertó, y dijo a la anciana:

— Todavía sigo oliendo a carne humana, y hasta diría que alguien me ha tocado.

— He sido yo — contestó la vieja — que te estaba echando encima una manta para abrigarte, porque la noche está muy fría. Pero ya que te has despertado, dime dónde está la llave de un sótano de un castillo que está a trescientas leguas de aquí, aproximadamente.

— Está en el mismo sitio en que la perdió el bisabuelo del dueño actual del castillo, o sea, en un hoyo que hay delante de la puerta. Ese hoyo se ha ido cubriendo luego de tierra, y por eso no la encuentran.

— Ya que eres tan amable, dime otra cosa — añadió la vieja —: ¿con qué remedio se curaría el hijo de un señor que vive a doscientas leguas de aquí, poco más o menos?

— Es muy sencillo — contestó el grifo, que aquella noche estaba muy complaciente —: al pie de la escalera de la casa



# CUENTOS DE GRIMM

hay un agujero hecho por un sapo, y dentro de ese agujero hay un anillo; si el enfermo puede ponerse en uno de sus dedos ese anillo mágico, la enfermedad desaparecerá inmediatamente.

— Aunque abuse de tu bondad — repuso la vieja —, querría saber también en qué consiste que no pueda abandonar su oficio el barquero que pasa a los caminantes de una a otra orilla de un río, que dista de aquí unas quince jornadas.

— Consiste en que al muy torpe no se le ha ocurrido poner sus remos en manos de cualquiera de los viajeros que él pasa de una orilla a otra; si así lo hiciera, cesaría en ese oficio, pues el que toque los remos, que están encantados, quedará condenado a conducir siempre la barca. Y basta ya de conversación, porque tengo mucho sueño, y quiero seguir durmiendo.

Amanecía ya, cuando el pájaro grifo salió de la cueva y se marchó volando. Entonces salió Luis de su escondite, y abrazandò, entusiasmado, a la anciana, la dijo:

— No olvidaré nunca lo que esta noche habéis hecho por mí, y viviré eternamente agradecido a vuestras bondades.

— ¿Has oído bien — repuso la vieja — lo que el grifo ha contestado a las preguntas que le hice?

— Perfectamente — contestó Luisito.

Y después de despedirse, con grandes extremos de cariño,





# BIBLIOTECA PERLA

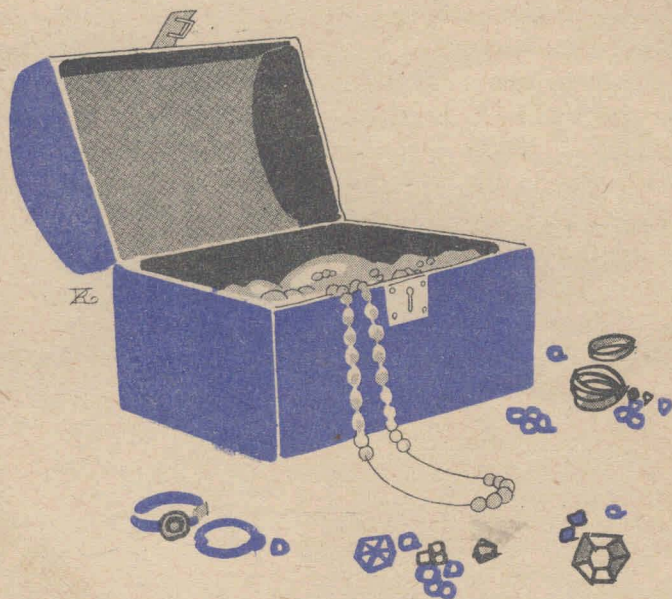
de la vieja, Luisito emprendió el camino de vuelta a su país, contento e ilusionado como nunca. Cuando llegó al río, el barquero, que le reconoció en seguida, le preguntó qué había contestado el pájaro a su pregunta. Luisito tuvo buen cuidado de no contestarle concretamente por el momento, y desvió la conversación hacia otros temas, haciéndose el distraído, para dar tiempo a que cruzasen el río; pero así que hubo desembarcado en la orilla opuesta, refirió al barquero la recomendación que el pájaro le había hecho para que pudiera redimirse de su esclavitud.

El barquero no se contentó con darle las gracias. Hizo más; invitó galantemente al joven a disponer de su barca para dar un paseo por el río; pero Luis comprendió el lazo





# CUENTOS DE GRIMM



que el barquero le tendía, y le volvió la espalda, riéndose de su aparente candidez, y dolido al mismo tiempo de su manifiesta ingratitud.

Cuando llegó a la casa en que vivía el muchacho enfermo, fué cosa muy fácil encontrar el anillo que había de devolverle la salud; apenas le hubieron hallado se le colocó el paciente en uno de sus dedos, e inmediatamente se puso bueno. Asombrado y lleno de júbilo, el padre no sabía cómo expresar a Luisito su alegría y su gratitud por aquella inestimable merced que le había hecho. A pesar de las vivas protestas del joven, no tuvo más remedio que aceptar un cofrecito lleno de monedas de oro que el agradecido padre le entregó como pequeña muestra de su reconocimiento.

Y llegó el turno al castillo en que primeramente le habían hospedado. Siguiendo las instrucciones del pájaro grifo, removieron la tierra delante de la puerta del sótano, y en se-

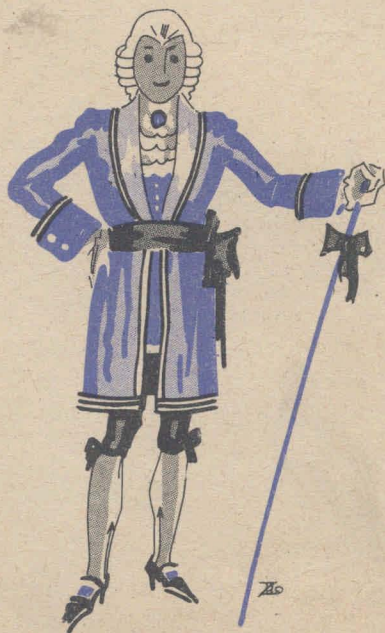


# BIBLIOTECA PERLA

guida encontraron el hoyo, y en él la llave perdida por el bisabuelo del dueño; éste pudo abrir con ella el sótano, en el que descubrieron, en efecto, una cantidad incalculable de riquezas en oro y valiosas joyas de deslumbrante pedrería.

No fué ingrato el propietario, pues se empeñó en que Luis tomase para sí brillantes, perlas, esmeraldas y una buena cantidad de monedas de oro; y aunque el joven no accedía a ello, acabó por consentir, por no disgustar al señor del castillo, que se mostraba profundamente resentido viendo que Luisito no quería aceptar su regalo. Llenó, pues, dos baulitos de regular tamaño, uno con oro y otro con joyas de todas clases, y continuó su camino hacia la capital del reino de su país.

Cuando llegó a ella, lo primero que hizo fué renovar su vestuario encargándose los más vistosos trajes. Vestido, después, con gran lujo y elegancia, y luciendo hermosas joyas que realzaban su gentil figura, Luisito no parecía el mismo, y





# CUENTOS DE GRIMM



ataviado en esta forma se presentó un día en el real palacio e hizo que anunciaran su visita al rey. Éste tardó un rato en reconocerle. No podía creer que el humilde cãmpesino que él conoció fuese aquel mancebo de señoril continente y gallarda apostura; tal era la transformación que en él se había operado.

Pero aún creció más su asombro al contemplar, atónito, la pluma que Luisito le alargaba, sonriente. No cabía dudar de su autenticidad por su gran tamaño, diez veces mayor que el de una pluma de avestruz, ni por los colores de que estaba matizada, verdaderamente raros y sorprendentes. En el primer momento, el rey no pudo reprimir un movimiento interior de despecho al verse vencido una vez más por aquel joven. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Luisito se adelantó a decir:

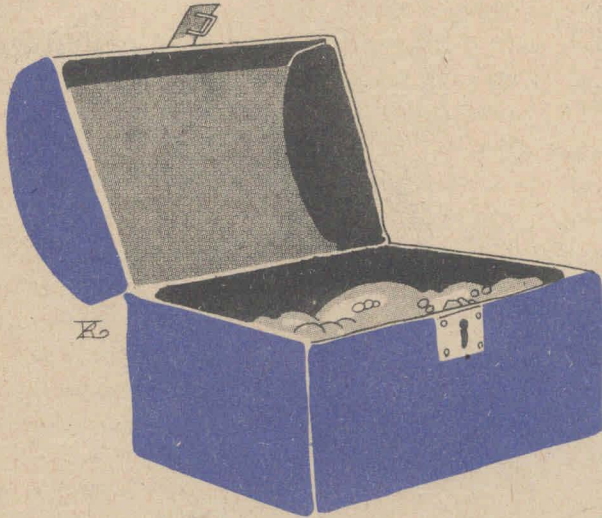
— Señor, aquí tenéis la pluma de la cola del pájaro grifo que me habíais encargado. Y como ahora supongo que no existirá ya ninguna dificultad para que, cumpliendo vuestra promesa, me concedáis la mano de la Princesa, permitidme que os entregue estas joyas para que se las ofrezcáis en mi nombre a vuestra hija.

Y así diciendo, puso en sus manos un cofrecito lleno de brillantes, perlas, esmeraldas y rubíes. El rey, deslumbrado





# BIBLIOTECA PERLA



ante aquel magnífico presente, verdaderamente digno de un emperador, no supo qué contestar. Poco a poco la expresión de su rostro se fué dulcificando y una sonrisa apareció en sus labios.

— Habéis cumplido fielmente las condiciones que os impuse y consiento muy gustoso en vuestra boda con la Princesa. Pero, decidme — añadió tentado por la codicia —: ¿de dónde habéis podido sacar tantas y tan maravillosas riquezas?

Luisito juzgó que había llegado el momento de dar al rey la lección que merecía por su falta de formalidad en el cumplimiento de su palabra. Llevado, pues, no de un deseo de venganza, sino del de imponer al rey un castigo que le corrigiese de sus defectos, contestó:

— Esas joyas y otras muchas cosas de gran valor, me las ha dado el pájaro grifo, que acostumbra a obsequiar con regalos parecidos a todos aquellos que van a visitarle.

El rey decidió emprender el viaje para ofrecer sus respetos a aquel pájaro que ofrecía dones tan espléndidos, y después de informarse por Luisito del camino que había seguido:

# CUENTOS DE GRIMM

se puso en marcha, resuelto a vencer los obstáculos que se le presentasen para encontrar a aquel generoso animal.

Cuando llegó al río hubo de meterse en la barca, y el barquero le llamó la atención hacia los remos, diciéndole que estaban contruídos de una madera tan ligera, que no se sentía su peso. El rey los tomó en las manos, y apenas lo hubo hecho, saltó el barquero a tierra, y haciendo al monarca una mueca en son de burla, desapareció rápidamente. El rey fué castigado como ciertamente merecía por haber intentado faltar varias veces a la palabra de casar a su hija con Luisito. Quedó condenado a remar y a conducir viajeros por tiempo indeterminado.

Entretanto, se celebraron con gran esplendidez las bodas de la Princesa con Luisito, y éste fué proclamado rey. En su grandeza y prosperidad no se olvidó de su padre ni de sus hermanos. Les trajo a su lado, les colmó de honores y distinciones, y les confió altos puestos en la administración del reino.

Fué generoso también con su suegro, a quien, después de





# BIBLIOTECA PERLA

un año de penitencia, libertó, valiéndose para ello de un criminal a quien los jueces habían condenado a prisión perpetua. Le condujeron al río y le ordenaron que remara, haciéndole creer que con eso recobraba su libertad. ¡Buen chasco se llevaría! Es probable que aún esté remando.

El viejo rey pudo volver a su palacio donde pasó los últimos años de su vida, al lado de su hija y de su yerno. La Princesa fué tan feliz con Luisito que jamás tuvo el más mínimo motivo para arrepentirse de su matrimonio; por el contrario, no cesaba de bendecir al cielo por aquella unión tan venturosa.

En cuanto a Luisito, honró su nombre siendo un rey sabio, justo y bondadoso, que aumentó el poderío de su país e hizo cuanto pudo por la felicidad de sus súbditos. Y es que la sinceridad, la lealtad y la honradez, no quedan nunca sin premio.

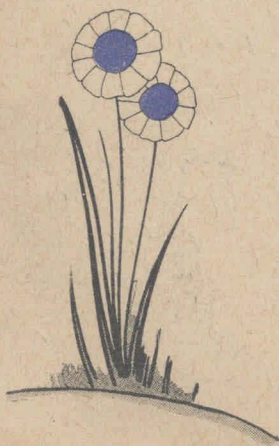


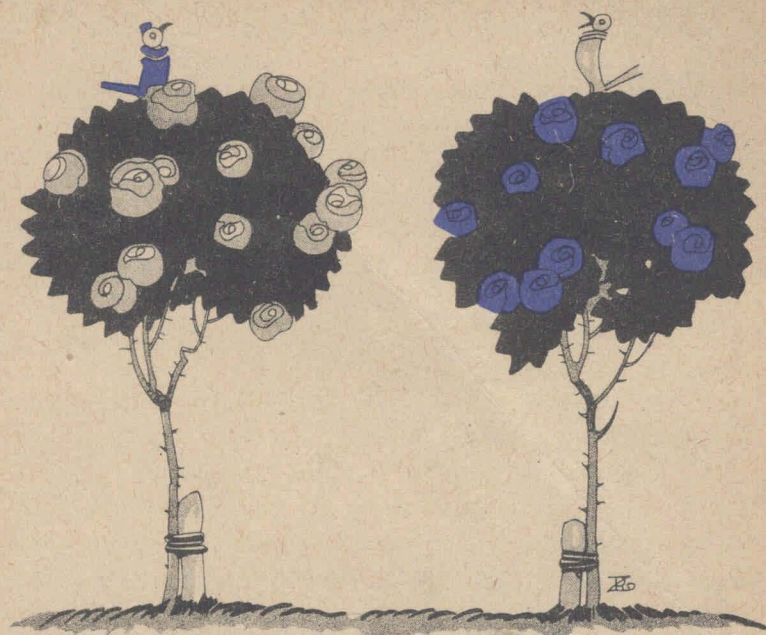


BLANCANIEVE  
ROJAFLOR









# BLANCANIEVE Y ROJÁFLOR



UNA vez había una pobre viuda que vivía lejos de la ciudad, en una casita solitaria en medio del campo, delante de la cual se extendía un pequeño jardincito en el que crecían dos rosales; uno de rosas blancas y otro de rosas encarnadas. Aquella viuda tenía dos hijas lindísimas que se parecían a los rosales.



# BIBLIOTECA PERLA

La mayor se llamaba Blancanieve, y sus mejillas eran blancas, y sus trenzas de un color rubio y dorado como el sol. La pequeña, Rojaflor, tenía la tez sonrosada, y la cabellera, larga y ondulada, negra como el ébano.

Ambas niñas eran encantadoras; tan buenas, tan laboriosas y tan obedientes como no ha habido otras en el mundo. Su madre las quería entrañablemente, y ellas correspondían a su afecto con incesantes demostraciones de filial y respetuosa ternura.

Aunque análogas en la hermosura de alma, su carácter era diferente, como correspondía a su distinto temperamento. Blanca era dulce y de gustos tranquilos y sòsegados. Rojaflor, más viva de genio, apetecía correr por el campo, coger flores y perseguir mariposas, mientras su hermana prefería ayudar a su madre en los quehaceres domésticos o entregarse a la lectura de libros instructivos.

No hay que decir que las dos niñas se querían muchísimo,





# CUENTOS DE GRIMM



y que ambas adoraban a su madre. Siempre se las veía juntas, con las manos entrelazadas, paseando por el bosque o entretenidas en juegos propios de su edad o en animada conversación. A pesar del vivo contraste de su disparidad de temperamentos, que se reflejaba en su distinta belleza, dulce y delicada la de Blancanieve, alegre y comunicativa la de Rojaflor, era tal la armonía entre las dos muchachas, que no podían vivir una sin otra.

Era frecuente oír decir a Blancanieve: “¡Jamás nos separaremos!” A lo que contestaba invariablemente Rojaflor: “¡Permaneceremos juntas hasta la muerte!” Si su madre escuchaba estas exclamaciones, no dejaba de añadir como comentario: “¡Y todo lo que tenga una de vosotras será también de la otra!”

A menudo se entretenían las dos hermanas en el bosque





... A menudo se entretenían las dos hermanas en el bosque cogiendo fresas silvestres o moras de zarza...



# CUENTOS DE GRIMM

cogiendo fresas silvestres o moras de zarza. Los animales, como las conocían, no las hacían ningún daño; al revés, se acercaban a ellas con la mayor confianza. Las liebres les salían al encuentro y comían en sus manos las hojas de col que ellas les llevaban; los corzos triscaban a su lado, o pacían tranquilamente la hierba sin espantarse ni huir; los ciervos saltaban y brincaban a su alrededor con gran alegría. Hasta los pajarillos, no obstante su timidez, cuando las veían aproximarse, en vez de tender las alas para levantar el vuelo, se mecían tranquilamente en las ramas y entonaban en su honor sus más bonitos y alegres cánticos.

Nunca les había ocurrido a las muchachas accidente alguno desgraciado. Alguna vez, distraídas en sus juegos, o por haberse alejado más que de costumbre en sus paseos, se habían quedado a dormir en el bosque, al advertir que la noche se echaba encima sin darlas tiempo para regresar a su casa. En los contados casos en que esto las había sucedido, se habían acostado en el blando musgo una al lado de la otra y habían dormido apaciblemente hasta el siguiente día, tendidas sobre la hierba.

Tal era la confianza que su madre tenía en ellas, que no se inquietaba por estas nocturnas ausencias, ni por su retraso cuando regresaban más tarde de lo que solían, pues estaba segura de que no las amenazaba ningún peligro.

Una de aquellas noches que pasaron en la selva las sucedió un caso curioso. Al despertarse, a la hora del alba, vieron a un niño muy hermoso, vestido con una túnica de resplandeciente blancura, que estaba sentado junto a ellas. Al abrir ellas los ojos, el niño se levantó sonriente, las miró con indefinible ternura, y sin decirles ni una palabra, desapareció en la arboleda. Cuando las niñas, absortas aun por aquella extraña y dulce aparición emprendieron el regreso, advirtieron con terror que se encontraban al borde de un precipicio en el cual seguramente habrían caído la noche anterior si hubieran avanzado unos cuantos pasos más.

Dieron cuenta a su madre al volver del peligro que habían





corrido, y del modo providencial con que de él se habían librado, y la madre las dijo:

— No me cabe duda de que aquel niño tan hermoso que habéis visto era vuestro ángel de la guarda; el ángel que vela por los niños que son buenos.

Las dos hermanitas ponían tan cuidadoso esmero en asear su linda casita que siempre la tenían limpia y reluciente como un chorro de oro. Se habían distribuido, por turno, esta tarea, y en el verano era Rojaflor quien se cuidaba de la limpieza y arreglo de la casa. Todas las mañanas, antes de que la madre se despertara, colocaba al lado de su lecho, un ramo muy grande de flores en el cual no faltaban nunca una rosa blanca y otra encarnada, de los dos rosales del jardín.

En invierno era Blancanieve la encargada de encender la



# CUENTOS DE GRIMM

lumbre y limpiar las cacerolas, que brillaban como plata bruñida. Como el mal tiempo impedía entonces salir al bosque, pasaban las veladas sentadas las tres alrededor del hogar. Después de recomendar a Blancanieve que echase el cerrojo y atrancase la puerta, la madre abría un libro, se calaba las gafas y leía a las niñas en voz alta historias muy amenas e instructivas. Las dos hermanas escuchaban atentas la lectura sin dejar de hilar; a sus pies se acurrucaba un cordero monísimo, y en lo alto del armario de la habitación dormitaba una





# BIBLIOTECA PERLA

pacífica tortolita con la cabeza metida debajo del ala. El cuadro no podía ser más encantador.

Una de aquellas noches de invierno, crudo en demasía, en que el cierzo helado azotaba con furia las paredes de la casa y la nieve caía en abundancia, la madre y las niñas, después de haber cenado, se disponían a recogerse. Iba a iniciar la madre el rezo de las oraciones cotidianas, cuando se oyó llamar a la puerta. Las tres se quedaron paradas un momento pensando quién podría ser aquel nocturno e intempestivo visitante; pero la madre exclamó en seguida:





# CUENTOS DE GRIMM



— Abre pronto, Rojaflor; debe ser algún viajero extraviado que busca abrigo para pasar la noche.

Rojaflor se levantó en seguida, y recorrió el cerrojo; pero en lugar de un hombre se encontró con un oso que metió su negra cabezota por la abertura de la puerta. Rojaflor lanzó un grito y retrocedió asustada hasta el fondo de la habitación. Cogiendo a su hermana del vestido, la llevó consigo al cuarto de su madre donde ambas se escondieron debajo de la cama. El cordero baló lastimeramente, y la tortolita, que se había despertado, comenzó a revolotear inquieta en lo alto del armario. La madre fué la única que permaneció tranquila, sin perder la serenidad, contemplando al oso que no se había movido del dintel de la puerta.

Al ver el oso la alarma que su presencia había producido



se quedó quieto, sin avanzar un paso, y con gran estupefacción de la madre, rompió a hablar de este modo:

— No tengáis miedo, que no os haré daño. Estoy medio helado, y sólo pido que me dejéis calentarme un poco al amor de la lumbre.

— ¡Pobre animal! — dijo la madre —. Acércate a la chimenea, pero ten cuidado, no sea que se te queme el pelo.



Después, dirigiéndose a las niñas, que continuaban escondidas en la habitación vecina, las llamó, diciendo:

— Vamos, hijas mías, salid, que el oso no os hará nada.

Las niñas, tranquilizadas ya en parte por las palabras de su madre, salieron de su escondite y se presentaron en la habitación. El cordero y la tórtola se sosegaron también al ver que las niñas iban recobrando su calma acostumbrada. Poco a poco, y perdido ya el miedo, Blancanieve y Rojaflor se fueron acercando al oso, el cual con voz que trató de hacer lo más dulce y cariñosa que pudo, las dijo:



# CUENTOS DE GRIMM

— Queridas niñas ¿queréis sacudirme la nieve que tengo encima de la piel?

— Sí, señor oso; con mucho gusto — contestaron ellas —. Y cogiendo una escoba le limpiaron cuidadosamente por todas partes. El oso, muy complacido, manifestaba su satisfacción con pequeños gruñidos de alegría.

Limpio ya el oso de la nieve, se tendió cuan largo era de-



lante del fuego, al que la madre había añadido unos troncos de leña, y despedía un calor suave y delicioso.

No tardaron las niñas en familiarizarse con el peludo huésped y se pusieron a acariciar a aquel animal tan simpático, que lejos de hacerlas daño, se mostraba tan manso y tan humilde como un cervatillo. Primero le tiraron de los pelos, después se montaron encima de él, y hasta llegaron a darle golpecitos con una varita. El oso no se oponía a estos juegos; contentábase con gruñir de cuando en cuando, y esto hacía que las muchachas prorrumpieran en grandes carcajadas. Sólo cuando las niñas le pegaban un poco más fuerte, las dijo:



# BIBLIOTECA PERLA

— Queridas niñas, ¡que me vais a matar! ¡Mirad que yo os quiero mucho!

Blancanieve y Rojaflor siguieron jugando un buen rato, hasta que la madre, levantándose, puso fin a aquella diversión de sus hijas ordenándolas que se fueran a acostar porque se había hecho ya muy tarde. En cuanto al oso, le dijo:

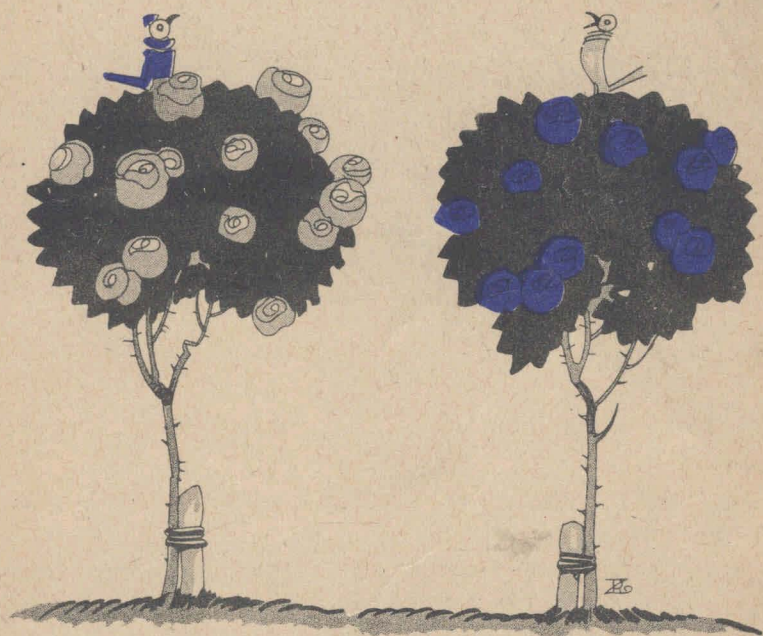
— Tú puedes quedarte ahí, al lado de la lumbre. Deseo que duermas tranquilamente al amparo de la nieve y de la tormenta.

Todos se retiraron a descansar, y el oso pasó la noche muy calentito y abrigado al rescoldo del fuego.

Cuando al día siguiente se levantaron las niñas, abrieron la puerta de la casa, y el oso que ya las esperaba se marchó



# CUENTOS DE GRIMM



a la selva a sus correrías, no sin antes despedirse muy cariñosamente de sus buenas amiguitas.

Pero desde entonces, todos los días al anochecer volvió el oso a la misma hora, y siempre se repetían las mismas escenas. Las niñas se divertían y jugaban con el oso, que las dejaba hacer cuanto querían, y después éste se dormía al lado del fuego con toda tranquilidad. Llegaron a familiarizarse todos de tal modo con las visitas del oso y se acostumbraron tanto a su presencia, que ya no se echaba el cerrojo ni se atrancaba la puerta, como antes, cuando anochecía, sino que se aguardaba a que el oso estuviese dentro de casa.

• Pero llegó la primavera, esa hermosa estación del año en que la Naturaleza parece como que sonríe, y todo en ella cobra nuevo vigor; los árboles se engalanan y se cubren de verdes hojas, y las plantas se adornan con las más bonitas



# BIBLIOTECA PERLA



y perfumadas flores. Un día, el oso dijo al marcharse, a Blancanieve:

— No me esperéis más por ahora, porque ya no volveré hasta el invierno.

— ¿Y cómo es eso, querido oso? — preguntó la muchacha.

— Como ya no hay nieve en las cumbres ni en el bosque — contestó el oso —, tengo que vigilar los tesoros que guardo para defenderlos de los pícaros enanos. En el rigor del invierno, cuando la tierra está endurecida y helada, esos malditos duendes no pueden horadarla con sus picos y tienen que permanecer en sus antros; pero ahora que el calor ha reblandecido la tierra, salen de sus cavernas para robar todo lo que encuentran, y lo que cogen, difícilmente vuelve a ver la luz del sol.

Blancanieve se quedó muy triste al despedir al oso, porque se había encariñado mucho con él. Abrió la puerta para dejarle el paso libre, y el animal al salir se enganchó en un saliente de la cerradura, y se le desgarró un pequeño pedazo de la piel. Parecióle a Blancanieve ver brillar debajo de la piel algo que relucía como si fuese oro, pero no pudo cerciorarse bien porque el oso desapareció rápidamente entre los árboles del bosque.

Transcurrieron unos cuantos días y, en efecto, el oso no



## CUENTOS DE GRIMM

volvió a parecer por la casita. Las niñas, sinceramente apenadas por su ausencia, porque le habían cobrado mucho cariño, sobre todo Blancanieve, trataron de consolarse, reanudando los paseos que solían dar por la selva. Su madre las encargó que empezasen a hacer la provisión de leña que solían almacenar para las duras y crueles noches del invierno; y en uno de sus paseos vieron un tronco de árbol caído en el suelo y se encaminaron a él, con ánimo de despojarle de sus ramas.

Cuando iban acercándose al tronco percibieron algo que se movía entre la hierba, pero sin poder distinguir lo que era. Al llegar al sitio en que el árbol se encontraba caído divisaron un enanillo muy chiquitín y muy viejo, de cara sumamente arrugada y con larga barba blanca, muy larga; tan larga, que se le había enroscado alrededor del tronco. El enano estaba, pues, amarrado como un perro a una cadena, y por más esfuerzos que hacía para soltarse, no lo lograba; antes al contrario, cada vez se enredaba más.

Las niñas se quedaron con la boca abierta al contemplar la ridícula figura del hombrecillo, y no pudieron por menos







que reirse ante los cómicos aspavientos que hacía para desprenderse del árbol.

El enano, furioso al verse descubierto, fijó sus ojos iracundos en las muchachas, y las increpó, diciéndolas:

—¿Qué hacéis ahí, estúpidas, clavadas como pestes, en lugar de venir a auxiliarme? ¿No veis que estoy cogido?

—¿Y cómo os ha sucedido eso? —preguntó Rojaflor.

—¿Y a ti qué te importa, necia, lo que me ha ocurrido?



# CUENTOS DE GRIMM

— siguió diciendo el enano —, es que quería partir este tronco de árbol para sacar de él astillitas para mi cocina, porque nosotros no empleamos pedazos gruesos de leña por temor a que se nos queme la comida. No somos como vosotros que empleáis leños grandes, porque ponéis a la lumbre platos enormes de comida, como gente glotona y grosera que sois. Pues bien; había metido ya una cuña en el tronco y estaba a punto de conseguir mi intento, cuando la cuña resbaló, el tronco dió la vuelta, y mi hermosa barba quedó prendida en la hendidura y yo prisionero. ¿De eso os reís, idiotas? ¡Valiente par de imbéciles! No he visto caras más feas que las vuestras. ¡Sois horrosas!

Las muchachas sin hacer caso de los insultos de aquel hombrecillo ruin hicieron lo posible por desprender la barba del tronco, pero estaba tan fuertemente sujeta que fracasaron en su empresa.

— Voy a llamar gente para que nos ayude — dijo Rojaflor, convencida de que las dos jóvenes por sí solas no conseguirían libertar al enano.





— ¡Estúpida; animal! — gritó el viejecillo —. ¿Llamar gente, cuando sobráis las dos? ¿No se os ocurre otra cosa mejor, pedazo de alcornoques?

— No os impacientéis tanto — dijo entonces Blancanieve —. Ya creo haber encontrado el remedio.

Y sacando de su bolsillo unas tijeras, cortó la punta de la barba y el enano quedó libre. Éste cogió, inmediatamente, un saquito lleno de oro que tenía oculto entre la hierba, y sin tratar siquiera de dar las gracias a las niñas, se marchó, murmurando:

— ¡Qué salvajes! ¡Haberme recortado mi hermosa barba! ¡Que el diablo las recompense por esta acción tan brutal!

Algún tiempo después, Blancanieve y Rojaflor, en una hermosa mañana de verano salieron a pescar en uno de los ríos que cruzaban en el bosque; y al aproximarse al lugar que habían elegido para echar sus anzuelos, creyeron ver un sapo grande que se agitaba entre los juncos de la orilla, como si se dispusiese a saltar al agua. Apresuraron el paso, y al llegar, miraron atentamente y reconocieron al enano. Era el mismo, no cabía duda.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó Rojaflor —. ¿Vas a tomar un baño?

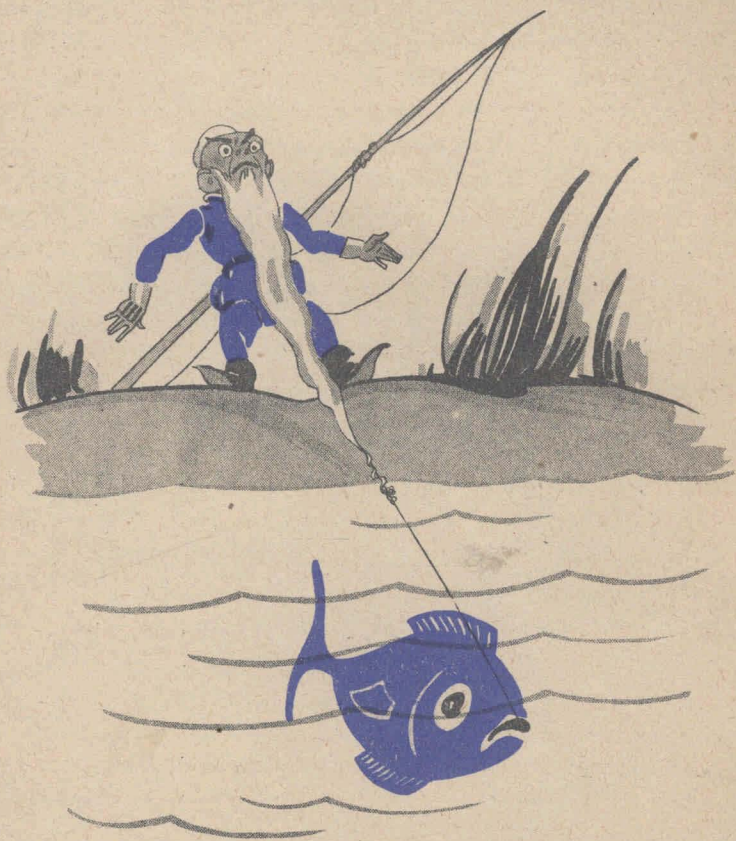
— Sí, sí — contestó el enano —. Eso quisieras tú, para que me ahogase. ¿Pero no ves que ese maldito pez me arrastra con todas sus fuerzas?

He aquí lo que había pasado. El hombrecillo se había puesto a pescar con caña y el viento había enredado su barba al aparejo en el mismo momento en que un pez de gran tamaño mordía el anzuelo. Así cogido, el enano no había tenido fuerza para sacar al pez del agua, sino que por el contrario, el pez había derribado al enano y amenazaba arrastrarle al agua. El desventurado enano se agarraba a las matas y a las hierbas; pero sus débiles fuerzas se agotaban por momentos en su desesperada lucha con el pez, que se resistía tenazmente a salir del agua.

Las niñas, movidas a compasión, acudieron en su auxilio,



# CUENTOS DE GRIMM



y le sujetaron en el preciso instante en que vencido por el pez estaba a punto de caer al río; gracias a ellas no había perecido. Pero el enano seguía sujeto a la caña, porque su barba, enredada en el aparejo, le impedía desprenderse de aquel molesto estorbo, qué con su peso dificultaba sus movimientos.

El enano, profundamente contrariado, se desataba en imprecaciones. Las muchachas, con gran paciencia y sin hacer caso de las maldiciones del viejecillo, trataron de deshacer aquel enredo, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos; ¡tantos eran y tan apretados los nudos que se habían formado



# BIBLIOTECA PERLA

al ser arrastrado el viejo por la hierba en virtud de los tirones del pez!

Blancanieve, convencida de que sería vano cuanto hiciese para deshacer aquella maraña, comprendió que había que apelar a otro procedimiento, y acordándose de que sus tijeras habían resuelto una situación análoga en que se encontraron la primera vez que se avistaron con el enano, decidió recurrir a ellas; y, en efecto, sacándolas de su bolsillo cortó un buen pedazo de la barba del hombrecillo y solucionó el conflicto.

Una vez libre el viejo, se levantó del suelo, y con voz llena de cólera, comenzó a gritar:

—¿Os parece bien, insolentes, lo que habéis hecho?





## CUENTOS DE GRIMM

¿Creéis que es lícito cortar a cada momento mi soberbia barba, y deshonrar de ese modo mi venerable rostro? Esta vez me habéis quitado casi la mitad de la barba. ¿Cómo me presento yo ahora en esta facha a mis hermanos? En castigo a vuestra osadía, ojalá os veáis obligadas a correr sin cesar con los pies desnudos por un lecho de espinas y de guijarros puntiagudos.

Y el maldiciente e iracundo enano desapareció entre la arboleda, después de dichas estas palabras, no sin antes recoger un saquito de perlas que tenía escondido entre los juncos de la orilla del río. Las niñas le vieron marchar con una sonrisa de lástima, y se quedaron pensativas un momento compadeciéndole, porque un corazón, se decían, en el que no halla cabida el agradecimiento a los beneficios recibidos, no puede albergar tampoco la felicidad.

Iba ya más que mediado el verano, cuando un día la madre mandó a sus hijas que fuesen a la aldea vecina a comprar agujas, hilo y otros avíos de costura. Para cumplir el mandato de su madre, las niñas tuvieron que atravesar por entre unos matorrales entre los cuales se encontraban diseminados algunos pedazos de roca.

De repente, vieron un pájaro enorme que se cernía sobre sus cabezas, y que después de estar un buen rato, al parecer inmóvil, empezó a descender, describiendo círculos cada vez más pequeños. Bruscamente se precipitó al suelo, hacia uno de los fragmentos de roca.

Oyóse en aquel momento un grito penetrante de angustia. Las muchachas acudieron, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que el pájaro, que era un águila, tenía entre sus garras a su antiguo conocido, el enano! Éste resistía, agarrado a la roca, pero el águila pugnaba por llevárselo consigo hendiendo con él los aires.

Blancanieve y Rojaflor, siempre compasivas, prestaron auxilio al enano, tirando de él con toda la fuerza de que eran capaces para impedir que el ave le remontara por el espacio, y el águila, al encontrarse con aquel inesperado socorro que





llegaba en ayuda de su enemigo, tras breve lucha optó por soltar su presa, y se elevó otra vez a la región de las nubes.

Cuando el enano se repuso un poco del miedo que había pasado, encarándose con las muchachas, exclamó furioso:

— ¿No podríais usar conmigo mejores modos, sin maltratarme de esta manera? Con vuestros tirones no sólo me habéis lastimado todo el cuerpo, sino que me habéis hecho jirones el vestido. ¡Qué imbéciles y qué torpes sois, y qué modales gastáis! ¡No servís para nada! Os aborrezco.

Y después de vomitar toda una sarta de injurias, de su inagotable repertorio, asió un saco lleno de diamantes, rubíes



# CUENTOS DE GRIMM

y esmeraldas que yacía abandonado entre las piedras, desapareció por aquellas rocas y se dirigió a su recóndita caverna.

Las niñas no se asombraron del mal genio del ruin viejecillo porque ya estaban acostumbradas a su ingratitud, y se limitaron a compadecer una vez más la sequedad de su corazón, insensible a toda generosidad y sentimiento noble.

Apresuraron el paso para recuperar el tiempo que habían perdido, y no tardaron en llegar a la aldea a que se dirigían. Hicieron las compras que su madre les había encargado, y regresaron a su casita sin entretenerse para poder llegar antes de la hora del almuerzo. Cuando llevaban andada la mitad del camino, encontraron de nuevo al enano al atravesar una explanada.

Creyéndose sólo en aquella vasta llanura, había colocado en una piedra lisa y redonda todas las joyas de que era dueño, y las contemplaba, absorto a cuanto sucedía a su alrededor y profundamente abstraído, con esa ansiosa avidez del avaro, que no le permite gozar a sus anchas del objeto de su codicia porque nunca se siente satisfecha y, además, porque





# BIBLIOTECA PERLA

a la satisfacción de ver las riquezas que ha atesorado, va unido siempre el miedo de que se las arrebaten.

El sol hería con sus rayos aquella magnífica pedrería, arrancándola destellos de bellísimas luces de los más variados y bonitos colores. El espectáculo era realmente precioso, y no es de extrañar, por tanto, que las jóvenes, al contemplar aquellos esplendentes y maravillosos juegos de luz, se sintiesen atraídas y permaneciesen como fascinadas ante aquellas riquezas de las que no podían ni sospechar su existencia.

El enano, preocupado con su avaricia, no había notado la presencia de las muchachas, hasta que Blancanieve, no pudiendo reprimir su admiración ante la belleza de aquellas piedras, exclamó, dirigiéndose a Rojaflor:

— ¡Qué hermosura, hermanita!

Levantó entonces la cabeza, y al reconocer a las muchachas y verse descubierto en sus riquezas, su rabia y su furor se desataron en mil improprios.



# CUENTOS DE GRIMM



— ¿Otra vez vosotras? — las dijo —. ¿Qué hacéis ahí, estúpidas? Sois unas curiosas entrometidas que venís a mezclarnos en lo que no os importa.

Su cara, pálida de ordinario, se había encendido como una amapola. Descompuesto y dominado por la ira, iba a seguir llenando de injurias y de insultos a aquellas inocentes niñas que por tres veces le habían salvado la vida, sin merecer del miserable viejecillo ni la más leve muestra de gratitud, cuando se dejó oír un sordo gruñido por aquellas cercanías.

Las niñas, al escuchar aquel gruñido, tornaron la vista hacia el sitio donde creían haberle percibido, y vieron un oso que avanzaba con rapidez, al lugar donde ellas se encontraban con el enano. Éste ya debía de conocer al oso, y acaso tam-





bién sus intenciones, porque dando muestras de hallarse poseído de profundo terror trató de huir; pero el oso, corriendo con una agilidad impropia de su corpulencia, le atajó el paso, cortándole la retirada.

El enano, viéndose perdido, se puso de rodillas delante del oso, y con voz balbuciente y temblorosa, comenzó a decir:

— ¡Oh, mi querido oso, rey de estas selvas! Dejadme marchar, perdonadme la vida, y os cederé en cambio todos mis tesoros. Tomad por de pronto todas estas piedras preciosas que valen más que un reino, y no me matéis. ¿Qué adelantaríaís con comerme? Mi carne es vieja y dura y no es digna de vos. Ahí cerca, a vuestro alcance están estas dos jovencitas, frescas y tiernas; ese sí que es un bocado magnífico, excelente, para vuestra majestad. Aunque traten de escaparse, en un salto las atraparéis.

El oso no se dignó contestar al malvado y cobarde enano. Abalanzóse a él y de un zarpazo le dejó sin vida. Las niñas, muy asustadas, habían emprendido veloz carrera, pero el oso, después de aplastar al viejecillo, corrió hacia ellas, gritando:

— ¡Eh, Blancanieve, Rojaflor, esperadme! ¿No me habéis conocido? ¡Soy vuestro amigo!

Las niñas reconocieron, en efecto, la voz del oso que les



# CUENTOS DE GRIMM

era tan familiar, y llenas de alegría al volverle a ver, se detuvieron. Cuando el animal llegó a su lado, desprendióse la negra piel que le cubría, y en lugar de un oso, las jóvenes contemplaron, maravilladas, un gallardo y apuesto príncipe, suntuosamente ataviado con un precioso traje de seda, acuchillado de raso y oro, de cuyos hombros colgaba una magnífica capa de terciopelo, con soberbia piel de zibelina.

— Mis queridas amiguitas — dijo el príncipe a las niñas,







que habían quedado mudas de sorpresa ante aquel cambio inesperado —; yo soy el hijo de un poderoso rey; ese asqueroso enano a quien acabo de aplastar, después de robarme todos mis tesoros, me había encantado convirtiéndome en oso. Sólo matando a ese ruín y miserable viejecillo podía romper yo el encanto y recobrar mi forma primitiva. Dos años he estado buscándole sin descanso y, por fin, hoy he tenido la fortuna de hallarle.

El príncipe acompañó a las niñas a su casa, y al dar a la madre la noticia de los estupendos sucesos que habían acaecido, la buena mujer se quedó con la boca abierta, porque nunca pudo imaginar que aquel oso tan simpático fuese un



# CUENTOS DE GRIMM

príncipe disfrazado. Pasaron el día agradablemente entretenidos recordando las largas veladas del invierno y los buenos ratos de que en ellas habían todos disfrutado.

Un año más tarde, en una hermosa mañana de primavera, se celebró el doble enlace del príncipe con Blancanieve, y de un hermano de aquél, con Rojaflor. Las felices parejas se repartieron todos los tesoros del enano, y gozaron en dilatados años de inacabable ventura y dicha perenne que por sus virtudes habían merecido.

También la madre vivió todavía mucho tiempo al lado de sus hijos y nietos. Al dejar su casita se llevó consigo los dos hermosos rosales, que colocados en uno de los balcones del palacio que habitaba, continuaron dando siempre rosas blancas y encarnadas.

Y aquí acabó el cuento, que nos enseña que la ingratitud es cualidad propia de malvados. Las personas buenas, en cambio, son agradecidas, y procuran recompensar, aunque sólo sea con amor, los beneficios que reciben.

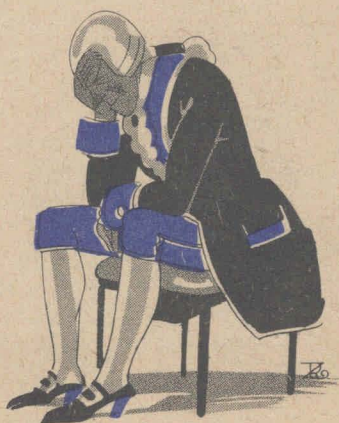




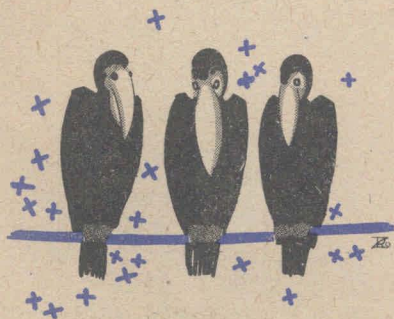




EL  
FIEL  
JUAN







# EL FIEL JUAN



**T**ODO era aquella noche llanto y desolación en el palacio que habitaba el monarca de un poderoso reino, situado en apartadas regiones. El rey se moría, víctima, más que de la enfermedad que le aquejaba, de los achaques propios de su edad avanzadísima. Su organismo cansado por los años, y sus débiles





fuerzas, no lograban vencer el mal que tres días antes le había postrado en el lecho; su corazón, agotado ya en las luchas de su larga vida, no podía resistir aquel postrero ataque, que aunque no violento, era suficiente para poner fin a la existencia del rey.

El palacio entero se hallaba sumido en esa tristeza especial que invade a todos los hogares cuando los visita la muerte. Por las habitaciones de la regia morada, discurrían los servidores, apesadumbrados y afligidos, y en las puertas exteriores una multitud, en silencioso recogimiento, aguardaba con ansia noticias que calmasen sus temores y avivasen sus esperanzas. Las que llegaban no eran, por desgracia, favorables; la ciencia había agotado sus recursos, y el desenlace fatal no tardaría en sobrevenir.

La emoción y el dolor eran generales en aquellas gentes;



# CUENTOS DE GRIMM

todos recordaban, agradecidos, los beneficios que el reino debía al ilustre paciente; la bondad, el interés y los desvelos con que siempre había atendido y procurado remediar las necesidades de sus súbditos, y la prosperidad floreciente de que había sabido dotar al país, engrandeciéndole.

Su único hijo y heredero, gallardo y animoso joven de veinte años, sollozaba a la cabecera del lecho, estrechando entre las suyas una de las manos de su padre. Éste, haciendo un ligero movimiento y volviendo la cabeza hacia su hijo, le dijo, con fatigado acento:

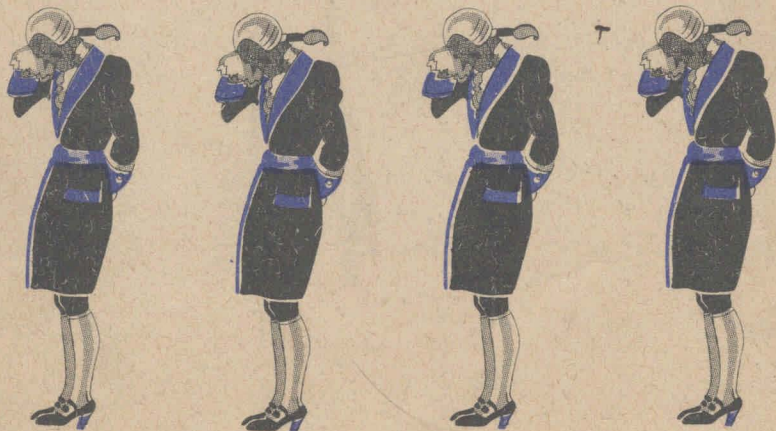
— Haz que entre Juan, y déjame después sólo con él unos momentos.

Obedeció el príncipe, y en el acto se presentó Juan en la estancia.

Juan era el criado más adicto que tenía el monarca. Le había servido con el mayor esmero y con la más ciega fidelidad durante más de treinta años, y el rey tenía en él una confianza absoluta. Aunque ya de edad madura, se conservaba recio y fuerte como un roble.

Hondamente conmovido Juan cayó de rodillas a los pies de la cama y besó la mano de su señor. Éste le miró con ternura, y le dijo:

— Acércate, mi fiel Juan. Mi fin está ya muy próximo, pero







muero con tranquila resignación, porque siempre he cumplido con mi deber. Sólo me preocupa en este momento mi hijo. Es demasiado joven, y necesita una mano que le guíe y le aparte de los peligros que pueden asaltarle y que él acaso no conozca en su inexperiencia de las cosas de la vida. Tú, que siempre me has servido con tanta lealtad y abnegación, me vas a prometer que velarás por él, que no le abandonarás, que permanecerás siempre a su lado haciendo las veces de padre.

Juan, sin poder hablar por la emoción, asintió con la cabeza y el rey continuó diciendo:

— Después de mi muerte, le enseñarás todo el palacio, y los subterráneos secretos donde tengo encerrados mis tesoros; pero de ninguna manera ni por ningún motivo, has de dejar-

# CUENTOS DE GRIMM

le entrar en la última cámara, donde, como sabes, está oculto el retrato de la princesa del Techo de Oro, porque si llegase a ver esa pintura se enamoraría locamente de la princesa, y esto le expondría a los mayores riesgos. Confío en que tú sabrás evitar que nada de esto suceda.

— Os prometo, señor — contestó solemnemente Juan —, no abandonar jamás al príncipe, y servirle fielmente en cumplimiento de vuestros mandatos, aunque sea a costa de mi vida.

— Entonces, ya puedo morir tranquilo — repuso el rey —; llama al príncipe, que quiero despedirme de él.

Cuando el príncipe entró en la cámara, se precipitó en los brazos de su padre, que le estrecharon larga y cariñosamente. Después el monarca, con voz grave que la fatiga entrecortaba, dió a su hijo sabios y prudentes consejos para la acertada gobernación del reino, y le bendijo con indecible emoción. Le acometió entonces un ligero desmayo, y echándose hacia atrás en la almohada, expiró dulcemente.

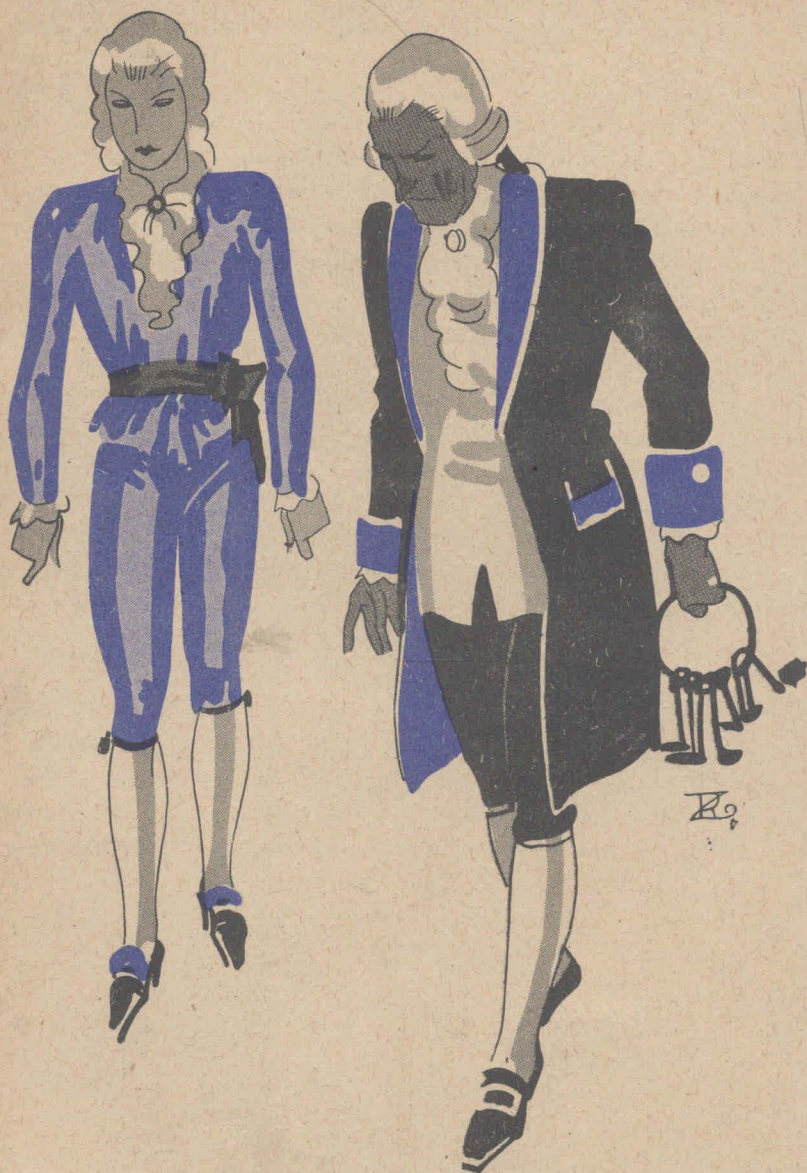
Pasados los primeros días de duelo, en que tuvieron lugar solemnes honras fúnebres por el alma del monarca fallecido, el príncipe fué proclamado rey, y empuñó las riendas del gobierno de sus estados. Juan le dió cuenta, entonces, de la promesa que había hecho en el lecho mortuario de su padre, y la renovó con toda solemnidad, jurando serle tan fiel como lo había sido al difunto monarca, aunque en ello le fuese la vida.

— Ahora — añadió, teñéndole con la confianza que le daba haberle visto nacer —, voy a enseñarte todo el palacio.

Y le condujo por todos los aposentos, mostrándole las grandes riquezas de to-







...Y le condujo por todos los aposentos mostrándole las grandes riquezas de todas clases que llenaban aquellos magníficos salones...



## CUENTOS DE GRIMM

das clases que llenaban aquellos magníficos salones, incluso las que permanecían guardadas en los sótanos secretos. El joven rey lo examinó todo con la natural curiosidad y complacencia; pero observó que el solícito servidor pasaba siempre de prisa delante de la puerta de la cámara en la que se escondía el peligroso retrato, y que no la abría. Era la única habitación que no le había enseñado.

La primera vez lo achacó a distracción u olvido; pero tuvieron necesidad de pasar de nuevo varias veces por el corredor al que se abría la puerta del misterioso cuarto, y fijándose atentamente en Juan, pudo darse cuenta de que el fiel criado miraba de reojo a dicha puerta, y avivaba el paso como queriendo rehuir su encuentro con aquella habitación, ni darse por enterado siquiera de su existencia.

La actitud de Juan sorprendió al monarca; y deseando saber el motivo a que podría obedecer aquella extraña decisión de no enseñarle una cámara, que, probablemente, sería poco más o menos como las demás, dijo al criado:

— He visto todo el palacio, menos una cámara, cuya puerta no has abierto ninguna de las veces que hemos pasado delante de ella. Como supongo que habrá sido una distracción tuya, condúceme ahora mismo a ella.

Juan se hizo el desentendido, como si nada hubiese oído,





# BIBLIOTECA PERLA

y siguió andando; pero al rey ya no le cupo duda de que en la misteriosa cámara había algo que querían ocultarle. Un tanto molesto por aquella que él juzgaba falta de respeto a su autoridad, y olvidándose bien pronto del juramento de adhesión y fidelidad que el fiel Juan le había prestado poco antes, le interrogó con acritud:

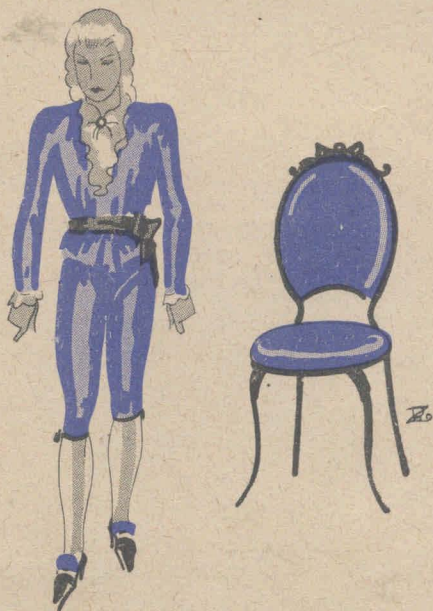
— Pero ¿no me has oído? Quiero que me enseñes esa cámara que aun no he visto, y saber lo que hay en ella.

Y como el criado vacilara un momento, el rey irritado al ver que no se cumplía inmediatamente su orden, trató de abrir a viva fuerza, empujando la puerta con su cuerpo.

Juan, apartándole suavemente, le dijo:

— He prometido a tu padre, en la hora de su muerte, no dejarte entrar en ese cuarto, obedeciendo a su mandato, porque podría acarrearos a ti y a mí, inmensas desgracias.

Fué tal la mirada de angustia que Juan dirigió al rey, y





# CUENTOS DE GRIMM



tal el acento de tristeza y al mismo tiempo de ternura y cariño con que Juan pronunció estas palabras, que el rey, impresionado, bajó la cabeza y volvió en silencio a sus habitaciones.

Estuvo varios días sin aludir para nada al incidente de la cámara; pero Juan había producido, con su negativa, una terrible herida a su curiosidad. Exacerbose ésta en tales términos, que llegó a constituir para el rey una obsesión descifrar aquel misterio, aunque fuera a costa de los mayores males. En sus contados momentos de lucidez, la reflexión le permitía ver que la conducta de Juan era sensata y prudente. Pero en vano. Pronto se volvía a levantar, avasallador, el deseo de contemplar el contenido de la cámara.

Agujoneado tenazmente por su insensata curiosidad, y no pudiendo resistir por más tiempo el ansia que le dominaba, llamó un día a Juan y le intimó a que abriera sin más dilación ni pretexto la consabida puerta.

— He luchado inútilmente por dominar este deseo que me impulsa con ímpetu irresistible a desoír tus leales advertencias. No me importan las desgracias que puedan sobrevenir. Ninguna sería tan grande como permanecer en esta incertidumbre que no me deja vivir. Por consiguiente, abre la puerta, pase lo que pase. Si no lo haces ahora mismo, de buen grado, mandaré que la derriben a hachazos.

Juan comprendió que en el estado de excitación en que el



# BIBLIOTECA PERLA

rey se hallaba hubiera resultado no sólo contraproducente sino hasta peligroso negarse a complacerle. Dando un gran suspiro y con el corazón lleno de tristeza, dijo al rey que estaba pronto a obedecerle, y ambos se encaminaron a la cámara fatal, y penetraron en ella, una vez que el leal servidor hubo franqueado la entrada.

Hallábase el retrato de la princesa del Techo de Oro de tal manera colocado en la cámara, que al abrirse la puerta era lo primero que se veía. No se trataba solamente de una obra maestra; era bastante más. Había, en efecto, tal expresión de vida en los ojos de la figura y en las distintas partes del rostro; tan sabia combinación de colores, tal verdad en la actitud y en los ademanes, que, si se nos permite la expresión, bien podemos decir que aquel era un cuadro viviente. La princesa, hechiceramente seductora y deslumbrante de hermosura, sonreía dulcemente con tan asombrosa verdad, que nadie hubiera visto allí ficción alguna, sino realidad tangible y material.

Al abrir la puerta, Juan pasó delante, procurando ocultar con su cuerpo el maravilloso cuadro; pero el rey le divisó en seguida, y fué tan intensa y tan profunda la impresión que le





# CUENTOS DE GRIMM



causó aquella singular belleza, que cayó medio desvanecido en los brazos de su leal servidor. Éste le sostuvo unos momentos, y al ver que no volvía en sí de su desmayo, le trasladó, angustiado, a su lecho, mientras pensaba:

— Ha sucedido lo que tenía previsto el buen rey, mi señor. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

El rey seguía desvanecido y Juan le acostó, prodigándole los más tiernos cuidados, sin separarse un momento de su lado. Al cabo de un buen rato el rey abrió los ojos, y fijándolos en Juan, le preguntó si sabía a quien representaba aquel retrato.

— Es la princesa del Techo de Oro. — contestó el fiel Juan.

— ¡Oh! ¡qué sorprendente belleza la suya! — dijo el





rey —. Mi amor hacia ella es tan grande, que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas no bastarían para expresarlo cumplidamente. Daría mi vida por ser su esposo. Tú me ayudarás a conseguirlo ¿verdad, mi querido Juan? Si es cierto que me quieres, no me abandones en esta empresa.

Juan trató de calmar al rey, recordándole la promesa que había hecho a su padre de consagrarse por entero a lograr su felicidad, aun a costa de su vida; y el rey, tranquilo ya por esta parte, y soñando en realizar cuanto antes las bellas ilusiones que acababa de forjar su fantasía, se entregó al descan-



# CUENTOS DE GRIMM



so reparador de que estaba tan necesitado después de aquellos días de tantas y tan continuadas emociones.

El fidelísimo servidor pasó varios días entregado a profundas reflexiones, tratando de hallar un medio que diese solución al conflicto que había creado el rey con su obstinación en entrar en la cámara prohibida. Él conocía a la princesa, y sabía que era muy difícil conquistar su voluntad. En su ánimo predominaban dos cualidades perfectamente claras y distintas: un exquisito celo por el prestigio de su rango, y un amor desordenado, que más bien pudiera calificarse de maniático, hacia los objetos de oro.

Había coleccionado en su palacio una cantidad incalculable de ellos, y adquiriría, sin reparar en el precio, cuantos otros le presentaban de aquel metal, aunque su delicado gusto le llevaba a preferir los que además reunían algún mérito artístico. En su casa, no sólo la vajilla era de oro, sino además gran parte de los muebles, lámparas y cuanto era susceptible de construirse con tan preciosa materia. La hermosura de la princesa era realmente extraordinaria, que realzaba en sumo grado su elegante figura y la gracia de sus maneras señoriles y distinguidas.

Juan logró al fin combinar un plan, después de largas meditaciones, y expuso al rey una parte de su proyecto, diciéndole:

— La princesa es sumamente aficionada a los objetos de oro, y tiene en su palacio muchas preciosidades de esta clase. En tu tesoro hay cuatrocientas arrobas en barras; manda a los plateros que empleen ese oro en hacer vasos y alhajas, pájaros, flores y los más diversos objetos, pero cuidando de revestir su trabajo del mayor mérito artístico de que sean capaces, para que esas joyas puedan interesar a la princesa. Iremos con ellas a probar fortuna.

El rey, entusiasmado y lleno de esperanza, puso inmediatamente manos a la obra, y aquel mismo día reunió en palacio a todos los joyeros del reino, ordenándoles que trabajasen sin descanso noche y día para labrar en el más breve plazo posi-



# BIBLIOTECA PERLA



ble toda aquella masa de metal. Así lo hicieron los reunidos con éxito rotundo. El rey, después de felicitarles, recompensó largamente su trabajo, quedando admirado de la exquisita labor y subido mérito artístico de la mayor parte de las piezas que le presentaron, dignas en verdad de figurar por su arte y suntuosidad en la colección del más exigente soberano.

Juan mandó llevar aquellas riquezas al navío que ya tenía equipado y dispuesto para emprender en él su viaje al país de la princesa. Juan se disfrazó de comerciante, y el rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle. Y en esta forma, bajo la apariencia de sencillos traficantes se hicieron a la vela el rey y su fiel servidor y navegaron hasta que dieron vista a la ciudad marítima en que vivía la noble princesa del Techo de Oro.

Juan iba bastante preocupado, fiando el éxito de la aventura a las prendas personales del rey. En el valor y número de las joyas que llevaban ponía escasa confianza, porque juz-



# CUENTOS DE GRIMM

gaba difícil interesar con ellas a la princesa poseedora de tantas otras magníficas y de sobresaliente mérito. Pero aun en el caso de lograrlo ¿sería éste suficiente motivo para interesar también su corazón y conseguir que correspondiese al amor del rey? Éste era el punto difícil de la empresa, y a fin de asegurar el éxito Juan decidió recurrir a la astucia, y si era preciso a la violencia, pues conocía el estado de ánimo del rey, y no dudaba de que un fracaso en sus ilusiones podía representar incluso su muerte.

Después de informar detenidamente al rey del plan que había concebido, le dijo:

— Voy a saltar a tierra yo solo para ver si consigo traer a la princesa al barco. Tú espérame aquí, y ocúpate, mientras tanto, en disponerlo todo para que cuando lleguemos encontremos el navío magníficamente adornado, y todo en el mayor orden.

Hizo que una lancha le condujese al muelle, y llevó con-



Rc





— Me gustan tanto — dijo al fingido comerciante —, que me quedo con todos ellos en el precio que desees.



# CUENTOS DE GRIMM

sigo unas cuantas piezas de oro elegidas de entre las mejores que poseían. En cuanto saltó a tierra, dirigióse directamente al palacio de la princesa. Penetró en el pórtico, tras el que se abría un anchuroso patio cuadrado, cuyos cuatro lados estaban adornados por esbeltas arcadas de piedra, y en el centro del cual se destacaba una artística fuente con estatuas de mármol rosa. Al pie de esta fuente vió a una elegante doncella que recogía el agua en dos bellos cubos de oro.

Fuése a ella sin vacilar y después de saludarla, la dijo:

— Soy un comerciante que trafica en objetos de oro; y como me han informado de que vuestra señora aprecia mucho y es muy inteligente en estas cosas, quisiera mostrarla las que yo traigo, por si la conviniese adquirir algunas.

Y esto diciendo, abrió el saco donde las llevaba, y las alargó a la joven para que las examinase. Ésta era precisamente la doncella de confianza de la princesa, que al momento se dió cuenta del valor artístico de las joyas, no bien las hubo visto. Segura de que a su señora habían también de agradarle, y con la esperanza de que estimaría mucho que le proporcionase una ocasión de aumentar la rica colección que ya poseía, dijo al comerciante:

— En efecto, son muy bonitas estas joyas, y es fácil que a mi señora le gusten, y quiera comprarlas. Venid conmigo, y la pasaré recado de vuestra pretensión.

Entraron en el interior del palacio, subieron por una magnífica escalera de mármol, lujosamente alfombrada, y luego de atravesar varios salones, llegaron a la antecámara de la habitación de la princesa. Juan esperó breves momentos, tras de los cuales la doncella le llevó a presencia de su señora. Ésta examinó con gran atención cada uno de los objetos que Juan le fué mostrando, y quedó admirada de su admirable trabajo y depurado gusto.

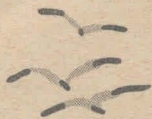
— Me gustan tanto — dijo al fingido comerciante —, que me quedo con todos ellos en el precio que deseas.

— Celebro mucho — contestó Juan —, que hayan sido de vuestro agrado estas joyas, tanto más cuanto que las que





# BIBLIOTECA PERLA



aquí véis, son las más inferiores de las que mi amo posee. Porque habéis de saber, que yo no soy sino el criado de un rico comerciante que ha contratado a los más famosos artífices del mundo para labrar en oro toda clase de objetos. Y hemos venido de lejanas tierras para ofrecéros las, porque no creemos que haya nadie como vos capaz de apreciar su mérito. En su barco guarda verdaderas preciosidades, que estoy seguro de que habrían de dejaros admirada.

— Pues traédme las en seguida — replicó la princesa —, que ardo ya en deseos de verlas.

— El caso es — dijo Juan —, que necesitaría mucho tiempo, no sólo porque es difícil su transporte, a causa de su peso, sino porque son tantas, que tal vez vuestro palacio no fuese suficiente para contenerlas. Yo creo que lo mejor sería que viniérais vos misma al navío, donde podríais examinarlas a vuestro sabor y con todo detenimiento.

Aumentóse con esto la expectación que en la princesa habían producido aquellas figuras de oro tan bonitas, y aguijoneada su curiosidad, exclamó tras breve vacilación:

— Pues bien; llevadme a ese navío, que quiero ver por mí misma los tesoros de vuestro amo.

Juan, muy contento, la acompañó al buque. El rey, magníficamente ataviado con lujosas vestiduras, la esperaba en la escala, y la ofreció gentilmente su mano para subir a bordo. Cuando el rey vió a la princesa parecióle aún más hermosa que en el retrato, y quedó tan prendado de ella, que conside-



# CUENTOS DE GRIMM

ró que no le sería posible vivir sin la compañía de aquella encantadora mujer. Con el corazón rebosante de alegría la condujo al departamento donde estaban las piezas de oro, y se las fué mostrando; platos, copas, estatuas, fieras, arquetas.

Mientras tanto, Juan, apenas puso el pie a bordo la princesa, había mandado al capitán que levase anclas con sumo cuidado, de manera que no se advirtiese que el barco navegaba. Por eso, la princesa, entretenida en la contemplación de las joyas y en las explicaciones que sobre ellas le iba dando el rey, no notó que el barco marchaba, porque era muy suave el movimiento.

Cuando concluyó, después de largo rato, de examinar las joyas, dió las gracias al comerciante por su cortesanía, y trató de regresar a su palacio, pero al llegar al puente vió que estaba en alta mar y que el buque navegaba a toda vela.

Acudió en seguida a su mente la idea de un secuestro, y sublevose su orgullo al considerar que había caído en manos de gente de plebeya condición. Llena de espanto también por las violencias de que sin dñda habrían de hacerla objeto, exclamó indignada:

— ¡Me han engañado! ¡Estoy en poder de un vil comerciante! ¡Preferiría mil veces la muerte!

Entonces el rey se arrodilló a sus pies, y con acento apasionado, contestó:

— Yo no soy comerciante, sino rey y soberano de un pode-



K



# BIBLIOTECA PERLA

roso Estado, de estirpe tan ilustre y alta como la tuya. Perdóname si me he apoderado de ti, valiéndome de la astucia. No lo atribuyas a otra cosa que a la fuerza y al imperio de mi amor. Es tan grande, que por la sola contemplación de tu retrato, perdí el conocimiento y caí al suelo desvanecido. Cuando después te he visto, he comprendido que mi vida no tendría ya objeto sin tu cariño. En tus manos, pues, pongo mi destino. Si no me rechazas, te llevaré a mi país donde serás la reina de mis súbditos. Si me niegas tu amor, te volveré a tu palacio, pero yo dejaré de existir, lleno de amor y de desesperación.

La princesa escuchó con asombro estàs palabras, en que





# CUENTOS DE GRIMM



se traslucía claramente el sincero y arrebatado amor del rey, y tranquilizóse al saber que su vida no corría peligro alguno, sino que, al contrario, era objeto de viva veneración por parte de aquél en cuyo poder se encontraba. Satisfecho y halagado su amor propio, y gratamente impresionada por la gallardía y gentileza del rey, accedió de buen grado a ser su esposa en cuanto llegasen a tierra, llenando de júbilo el corazón del rey, que la prodigó cariñosas frases de gratitud, pintándola un porvenir de ventura y felicidad perpetuas.

No hay que decir que al fiel Juan le rebosaba la alegría por todas partes; y no cesaba de dar gracias al cielo por el éxito de sus planes. Desde entonces dedicóse a vigilar con



# BIBLIOTECA PERLA

cuidado para evitar que cualquier accidente imprevisto viniese a echar por tierra los proyectos que todos acariciaban. La travesía se deslizaba tranquila; pero una tarde en que montaba su guardia en el puente del navío, divisó en el aire tres cuervos que vinieron a posarse en el palo mayor del buque, cercano al lugar en que él se encontraba. Juan, que entendía su lenguaje, les oyó decir:

— ¿Con que se lleva el rey a la princesa del Techo de Oro?

— Así parece — respondió el segundo —; pero todavía no es su esposa.

— Bien, pero lo será — dijo el tercero —; ¿no veis que están hablando muy animadamente, allí, en la parte de proa?

— ¿Eso qué importa? — repuso el primero —. Cuando lleguen a tierra, presentarán al rey un caballo alazán; querrá montarle, y si lo hace, el caballo se lanzará a los aires con él y no volverá a ver más a la princesa.

— Pero, ¿se puede evitar eso? — replicó el segundo.

— Sí — contestó el primero —, si otra persona lo monta antes, y cogiendo una de las pistolas que lleva el caballo en la silla, le deja muerto en el acto. De esa manera se libraría el rey. Pero, ¿quién es capaz de saber eso? Y aunque lo sepa no se atreverá a hacerlo, porque se convertiría en piedra des-





# CUENTOS DE GRIMM



de los pies a las rodillas. Con decirlo sólo o advertirlo no conseguiría nada.

El segundo, dijo a su vez:

— Yo sé algo más todavía. Aunque maten al caballo, no por eso el rey podrá casarse con la princesa. Cuando lleguen los novios a palacio, encontrará el rey en una bandeja una magnífica camisa de boda que parecerá tejida de oro y plata, pero que realmente es de pez y azufre. Si el rey se la pone, se quemará hasta la médula de los huesos.

— ¿No hay ningún medio para evitar la catástrofe?— preguntó el tercero.

— Uno, solamente — contestó el segundo —. Que una persona se ponga unos guantes, coja la camisa y la eche al fuego. Quemada la camisa se salvaría el rey. ¿Pero quién se atrevería a arriesgarse a hacer eso sabiendo que se convertiría en piedra desde las rodillas hasta el pecho? Tampoco le serviría de nada advertir a nadie el peligro.

El tercero, añadió:

— Pues yo sé aun más que vosotros. Aunque quemen la camisa, no por eso se efectuará el matrimonio; porque en el



# BIBLIOTECA PERLA

baile que ha de preceder a la boda, bailarán juntos el rey y la princesa, y ésta palidecerá de repente y caerá muerta, si no hay alguien que la levante, la chupe tres gotas de sangre y las escupa en seguida; pero el tal se expone a quedar convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Terminada esta conversación echáronse a volar los tres cuervos, y el fiel Juan que los había escuchado atentamente sin perder ni una sílaba, quedóse profundamente triste y pensativo.

— ¿Qué haría yo — se decía el buen Juan —, para salvar al rey? Hablar no puedo, porque sería inútil. Poner por obra el remedio para atajar los males que le amenazan, es buscar mi propia perdición.

Poco duraron las vacilaciones y la duda en el ánimo de aquel leal servidor. Recordó en seguida su promesa al difunto rey en su lecho de muerte, y el camino del deber y la norma de conducta que éste le trazaba, aparecieron claros en su espíri-





# CUENTOS DE GRIMM



tu, y se dispuso a practicarlos con su abnegación acostumbrada, sobreponiéndose al natural egoísmo que le impelía a rechazar tal sacrificio.

— Salvaré a mi señor — concluyó por decirse —, aunque sea a costa de mi vida.

Llegó el momento de desembarcar, y comenzó a cumplirse la predicción de los cuervos, pues instantes después de poner pie en tierra los ilustres viajeros, y al organizarse la comitiva, presentaron al rey un magnífico caballo alazán, de soberbia estampa, que piafaba inquieto. El rey, admirado de tan bello ejemplar, trató de montar en él, muy complacido, para trasladarse a palacio. Pero cuando iba a poner el pie en el estribo, Juan saltó velozmente sobre el caballo, y sacando con la rapidez del rayo una pistola del arzón de la silla, la disparó en la cabeza del animal, que cayó muerto instantáneamente.

Aquella escena inesperada, causó el estupor consiguiente en cuantos la presenciaron, porque no sabían a qué atribuirla. Se produjo el natural revuelo, y pasada la primera sorpresa, escucháronse las murmuraciones de los criados, quienes envidiosos de Juan por la preponderancia de que éste gozaba en el ánimo del rey, aprovecharon esta ocasión para satisfacer la mezquina pasión que les dominaba, y desatóronse en improperios contra él, diciendo que era preciso estar loco para matar un animal tan hermoso, y que además constituía un



# BIBLIOTECA PERLA

grave desacato al rey, el acto insensato y estúpido que acababa de realizar. Pero el rey acalló prontamente tales rumores, diciendo:

— Silencio, todos. No os permitáis criticar lo que no entendéis. Yo tengo poderosas razones para no dudar ni un momento de la fidelidad de Juan. Cuando él ha hecho lo que ha hecho, sus motivos habrá tenido para obrar así.

Y dirigióse hacia el leal servidor, que yacía en tierra debajo del caballo. Sacáronle de allí, apartando el cuerpo del animal, y el rey observó que Juan no podía levantarse. Lleno de angustia, le preguntó a qué obedecía su inmovilidad.

Juan sabía perfectamente que ya no podría andar nunca, porque sus pies éran de piedra; pero quiso ocultar esta circunstancia para que el rey no se afligiera, y deseoso también de tranquilizarle, contestó de este modo:

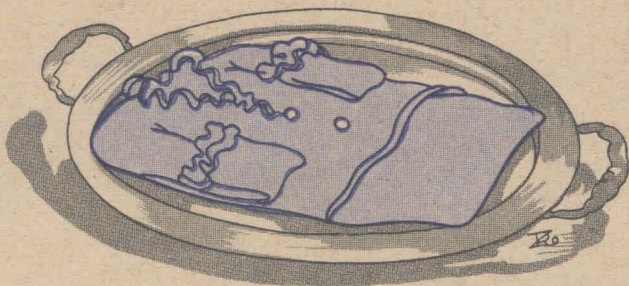
— No te asustes, señor; esto no es nada. Sencillamente, que el peso del caballo al caer sobre mis pies, me ha torcido uno de ellos un poco. Dispón que me lleven a palacio en un carruaje, y que me conduzcan hasta tu cámara, en la que es ahora necesaria mi presencia. Estáte tranquilo, que desaparecerá en seguida esta pequeña dolencia.

El rey ordenó que se cumpliera inmediatamente lo que





# CUENTOS DE GRIMM



Juan había indicado, y cuando regresó a palacio en compañía de la princesa, Juan descansaba, sentado en un sillón, en la cámara regia, y al lado de la chimenea en la que ardía un alegre fuego. Sobre una mesita, y al alcance de su mano, había un par de guantes nuevos.

Cuando llegó el rey, lo primero que hizo fué interesarse por el estado de Juan. Corrió a su cámara y le preguntó cómo se encontraba. El fiel servidor, después de agradecerle con cariñosas palabras el solícito interés que le merecía, contestó que habiendo transcurrido tan poco tiempo, su estado era el mismo; y le rogó que desechase toda preocupación, porque no sentía dolor alguno, pero que aún transcurrirían algunos días antes de que lograrse restablecerse.

— Ahora, lo que debes hacer — terminó diciendo —, es vestirme en seguida para la ceremonia de la boda.

El rey, tranquilizado ya por completo, se dispuso a atender la indicación de Juan. En una ancha bandeja de plata estaba la suntuosa camisa tejida en finísima trama de hilos de oro y plata que había de lucir en aquel memorable día. El rey la vió sobre la mesa, que se alzaba a los pies de Juan y se acercó a contemplarla, atraído por el suave brillo que despedía aquel extraño tejido. La iba ya a coger con sus ma-





nos para examinarla de cerca, cuando Juan, que no perdía ninguno de sus movimientos, y se había preparado calzándose los guantes, se adelantó, y, antes de que el rey pudiera tocarla, la cogió y la arrojó al fuego, donde en muy pocos momentos quedó convertida en cenizas.

El rey no pudo reprimir un leve grito de sorpresa, en el que se transparentaba, además, la contrariedad y el disgusto que aquel acto extraño le había producido. Las libertades que se estaba permitiendo Juan, excedían ya del límite de lo tolerable; primero había sido el caballo, después la camisa;



## CUENTOS DE GRIMM

parecía como si se gozara, desde que habían desembarcado, en hacer gala de un afán destructor puramente salvaje, puesto que no se le alcanzaba a qué podía obedecer ni qué utilidad reportaba a nadie de aquellos actos extraños para los que no había plausible justificación.

Cuando el rey vió que Juan mataba al caballo, no sólo no le había preguntado la razón de ello, ni dirigido la menor recriminación, sino que acalló las protestas que aquel hecho había producido entre la servidumbre, porque tenía en Juan ciega confianza; pero Juan se proponía, por lo visto, persistir en tan rara conducta, y esto ya no podía consentirlo. Tentado estuvo de pedir explicaciones a Juan, pero se contuvo al ver la mirada que el fiel criado le dirigió, impregnada de honda ternura.

Calló, pues, de nuevo, y dándose por desentendido de lo que acababa de suceder, como si no lo hubiera advertido, procedió a vestirse para el baile que había de preceder a la ceremonia del casamiento.

Magnífico era el aspecto que ofrecía el gran salón del trono en el que se había congregado toda la corte para tomar parte en el gran baile de gala. Las damas lucían atavíos suntuosos y se adornaban con espléndidas joyas; los caballeros ostentaban vistosos uniformes. El rey apareció dando el brazo a la princesa, y recorrieron todo el salón para presentar a su futura esposa a todos los dignatarios de la corte, que se inclinaron reverentemente ante ella.

La hermosura deslumbrante de la princesa, su elegancia y distinción, impresionaron gratamente a todos; y su juventud y las graciosas sonrisas con que acogió el homenaje de respeto que se la tributaba, despertaron unánimes simpatías en los cortesanos. Terminada la presentación, la música comenzó a tocar, y el rey abrió el baile con la princesa. Las parejas se deslizaron suavemente sobre el fino parquet que adornaba el pavimento del salón, Juan, que había pedido que le trasladaran a él, para presenciar el baile, no perdía de vista a la princesa, y seguía atentamente todos sus movimientos.





# BIBLIOTECA PERLA



Observó que de repente la princesa palidecía y caía al suelo desmayada y como muerta.

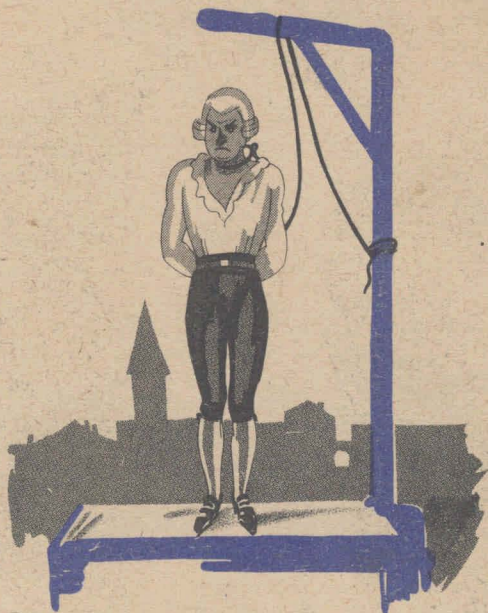
Entonces dió gritos para que le acercaran a ella, y una vez a su lado, la incorporó un poco sobre su brazo derecho, mientras con la mano derecha la infería una pequeña herida, de la que chupó unas gotas de sangre, y las escupió en seguida. La princesa abrió los ojos y se levantó en el acto perfectamente sana y buena, aunque muy extrañada de la ansiedad que veía pintada en el semblante del rey y de todos los circunstantes. Cuando la dieron cuenta de lo ocurrido se enojó por aquella falta de respeto de Juan, pues aseguraba que aquel desmayo había sido un accidente leve, sin la menor importancia.

El rey, indignado por aquella familiaridad que Juan se había permitido, y aumentado su furor por el disgusto que





# CUENTOS DE GRIMM

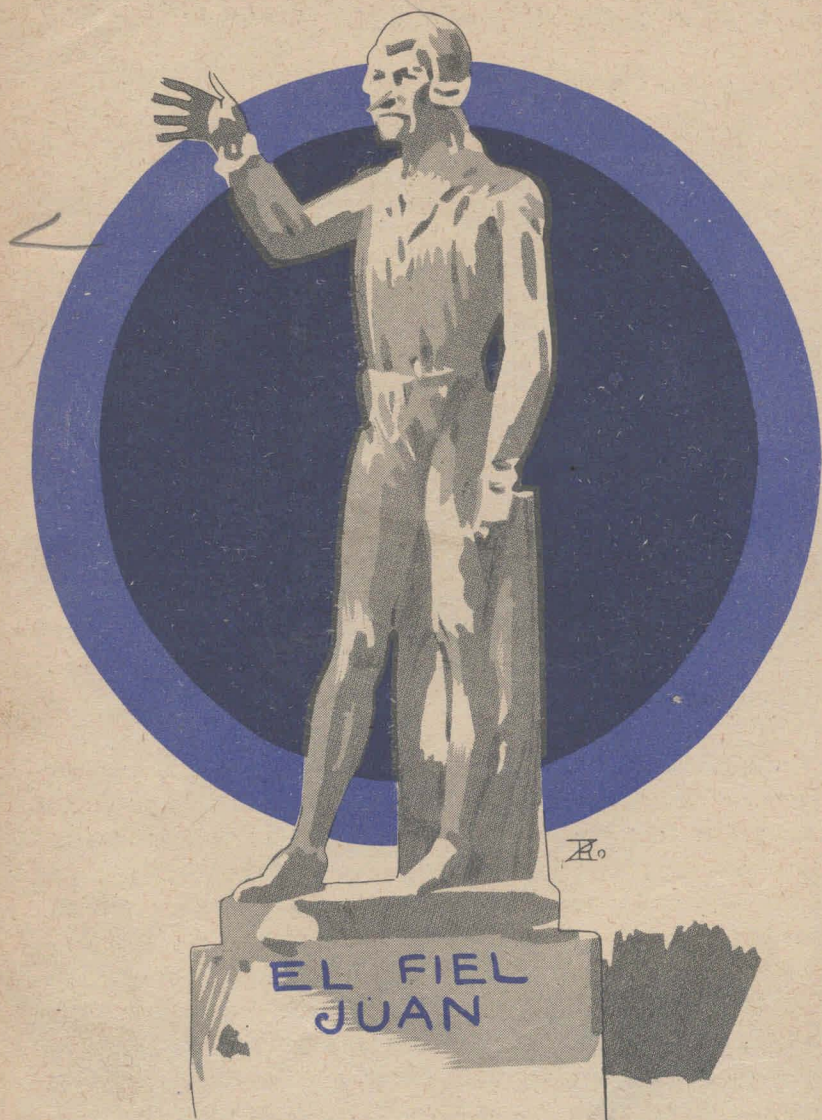


manifestaba la princesa, resolvió no aguantar más y poner término a las intemperancias de aquel criado que amenazaba no dejarle disfrutar de un momento de tranquilidad en su matrimonio. Y poniendo por obra su propósito, llamó a sus guardias y mandó que Juan fuese encerrado en un calabozo.

Aquel incidente no turbó sino momentáneamente el festejo que se estaba celebrando. El baile continuó como si nada hubiese sucedido, y después de él tuvo lugar, con gran esplendor, la ceremonia de la boda, a la que siguió el banquete de gala que se había preparado, y que fué en un todo digno de la alta categoría de los comensales. Durante tres días se sucedieron alegres y animadas fiestas en que el pueblo manifestó su regocijo y el júbilo que sentía por la felicidad de su soberano.

Mientras tanto, el pobre Juan había sido juzgado y condenado por sus jueces, y el rey aprobó la sentencia, que le





... Pero Juan, apenas hubo pronunciado la última de sus palabras,  
quedó inmóvil, sin vida, convertido en piedra...



# CUENTOS DE GRIMM

imponía la pena de ser ahorcado por desacato y atentado contra la vida de la princesa.

Llegado el día de la ejecución de la sentencia, se congregó una muchedumbre para presenciar el triste espectáculo de ver morir a aquel hombre fiel, modelo de lealtad para con sus reyes durante tantos años. Todos abrigaban la esperanza de que la fatal sentencia no se cumpliría, confiando en que el rey habría de hacer uso de su prerrogativa de indulto en el último momento.

Juan, tranquilo y sereno, apareció en el tablado del patíbulo. Levantó sus dos manos en alto como para acallar los rumores de la multitud, que instantáneamente cesaron, y en medio de un profundo silencio, dijo así:

—A todos los condenados que van a morir, se les suele conceder una última gracia. Yo sólo demando permiso para explicar el motivo que me indujo a realizar el acto por el cual se me ha acusado y condenado.

El rey, que también presenciaba el acto en unión de la reina, contestó:

—Puedes hablar.

Juan relató entonces con sencilla elocuencia la conversación de los tres cuervos que él había escuchado a bordo del buque; y cómo, en virtud del peligro que corrían el rey y la princesa, se había decidido a salvarlos a costa de su vida, cumpliendo de este modo la promesa que hizo al rey difunto en su última hora, y coronando con este acto generoso toda una vida de abnegación y fidelidad en su servicio.

Todos los presentes escuchaban, conmovidísimos, aquella emocionante narración, y el rey, fuertemente impresionado ante el rasgo de aquel modelo de servidores, a quien era deudor de su felicidad, se levantó de su sillón, y dijo:

—¡Oh, mi querido y fiel Juan! ¡Perdóname mi injusticia!  
—Y dirigiéndose a los soldados que custodiaban el patíbulo, les ordenó: — ¡Bajadle inmediatamente para que yo le abrace!

Pero Juan, apenas hubo pronunciado la última de sus pa-





labras, quedó inmóvil, sin vida, convertido en piedra. El rey, al enterarse de aquella terrible desgracia, sufrió un violento ataque de nervios que costó mucho trabajo a los médicos dominar, no obstante los cuidados que desde el primer momento le prodigaron. En sus ratos de lucidez se culpaba a sí mismo de la desgracia de aquel fiel servidor, y deploraba no poder ofrecerle cualquier sacrificio, incluso el de la vida, para rescatar la que había perdido su leal y abnegado Juan. La reina, sumamente contristada también por aquel horroroso epílogo de sus bodas, derramó amargas lágrimas de dolor.

El rey mandó llevar la estatua de Juan a sus habitaciones, y siempre que se detenía delante de ella, exclamaba:

— ¡Ah, mi fiel Juan! ¡Qué mal he recompensado tu fidelidad! ¡Si yo pudiera volverte a la vida! ¡Daría todo por conseguirlo, hasta lo que más amase en el mundo!

Transcurrieron varios años, durante los cuales los reyes



# CUENTOS DE GRIMM

tuvieron dos hijos, dos lindísimas criaturas que eran el encanto de sus padres por su docilidad, su inteligencia y sus bellas prendas naturales. Tenían a la sazón seis y cuatro años, y se criaban lozanos y hermosos. Un día en que el rey, después de entretenerse en jugar con ellos un rato como tenía por costumbre, volvía a sus habitaciones para despachar los asuntos de la gobernación del reino, pasó por delante de la estatua de Juan, y exclamó, como siempre:

— ¡Oh, mi fiel Juan! ¡Quién pudiera volverte a la vida!

La estatua nunca había contestado a tales exclamaciones; pero esta vez tomó la palabra, y respondió:

— Puedes, si quieres, sacrificando lo que más ames en el mundo.

El rey se quedó atónito y mudo de espanto, ante el prodigio de una estatua de piedra que hablaba. Sobreponiéndose a la enorme emoción que le dominaba, balbuceó:

— ¡Todo cuanto tengo en el mundo lo sacrificaré gustoso por ti!

— Pues bien — repuso la estatua —, para que recobre la vida es necesario que por ti mismo cortes la cabeza a tus dos hijos, y me frotes de arriba a abajo con su sangre.

El rey sufrió una tremenda impresión de susto al escuchar aquellas terribles palabras; pero recordando en el mismo instante la abnegación de aquel fidelísimo servidor, que no había vacilado en dar su vida por él y por su esposa, corrió al cuarto de los niños, los condujo a la habitación en que se encontraba la estatua, sacó la espada, y por su propia mano los cortó la cabeza, rociando después la estatua con la sangre.

La estatua se reanimó instantáneamente, y el fiel Juan se presentó, vivo y sano, a los ojos del rey, y le dijo:

— Gracias, señor, por haberme vuelto a la vida. Yo te prometo que este sacrificio heroico que acabas de hacer por mí, no quedará sin recompensa.

Y uniendo la acción a la palabra, tomó las cabezas de los niños y las colocó cuidadosamente sobre sus cuerpos, como antes estaban, y en el mismo momento los dos pequeñuelos





recobraron la vida y se pusieron a jugar y a saltar alegremente, como si nada les hubiese sucedido.

El rey cayó a los pies de Juan llorando de alegría y pidiéndole que le perdonase. Juan le levantó y los dos hombres se unieron en un estrecho y apretado abrazo, que significaba el olvido de lo pasado, y la esperanza de una felicidad futura interminable.

El rey sintió los pasos de la reina que resonaban en la habitación vecina, y mandó a Juan y a los niños que se ocul-



# CUENTOS DE GRIMM

tasen tras un tapiz que decoraba la estancia y permaneciesen allí en silencio.

—¿Dónde has estado?— la preguntó afectuosamente cuando la vió entrar.

— En la iglesia — respondió la reina —. He ido, como todos los días, a pedir a Dios por nuestro fiel Juan.

— Tengo que darte una noticia importante. Me he enterado de que existe la posibilidad de devolver la vida a Juan.

Y ante la estupefacción de la reina, que miraba al rey con los ojos muy abiertos como si no acertase a comprender las palabras que acababa de oír, el rey prosiguió diciendo:

— Sí; hay un medio para que Juan recobre la vida, pero muy doloroso para nosotros. Tenemos que sacrificarle la de nuestros hijos.

La reina palideció de espanto, y su corazón se oprimió con indecible angustia; pero venciendo la terrible emoción que casi la ahogaba, murmuró:

— Es justo. Le debemos nuestra felicidad, y le debemos también ese gran sacrificio por su abnegación. Antes había perdido él su vida por nosotros.

El rey, hondamente emocionado, abrazó a su esposa, y contestó:

— El sacrificio ya está hecho. Sólo quería probar si tú eras del mismo parecer, y estimabas, como yo, que debíamos corresponder con este rasgo de abnegación a la de nuestro fiel servidor. Gracias a Dios, hemos podido salvar a Juan, y salvar también a nuestros hijos.

Y levantando el tapiz que ocultaba a Juan y a los niños, se los mostró a la reina. Los niños se precipitaron en el regazo de su madre que los abrazó con muestras de la más viva alegría.

El rey informó entonces a la reina de todo lo que había sucedido, y ésta, con el rostro resplandeciente de felicidad y poseída de la más viva gratitud, entregó los niños a Juan, diciéndole:

— No sé cómo agradecerte tu generoso comportamiento.



# BIBLIOTECA PERLA

Ahí tienes a mis hijos, lo que más amo en el mundo. Tú velarás siempre por ellos, como has velado por sus padres.

Juan fué considerado en adelante como un miembro más de la familia, y todos vivieron largos años en dulce paz, felices y dichosos, rodeados del amor y de las bendiciones del pueblo, que estimaba y agradecía todos sus desvelos en pro de su felicidad y bienestar.





LOS  
CUATRO  
TALISMANES









# LOS CUATRO TALISMANES



**E**N una aldea muy pequeña de un país muy pobre, vivía hace muchos años un zapatero que tenía cuatro hijos varones. Mientras fué joven, el trabajo abundaba y se veía y se deseaba para cumplir los encargos de sus clientes, que eran todos los habitantes del pueblo, porque en el lugar no ejercía na-





die aquel oficio, y todos tenían necesariamente que acudir a él. A veces, sobre todo en las proximidades de las fiestas principales, velaba hasta altas horas de la noche, para que todos pudieran lucir los zapatos nuevos que se habían mandado hacer, o se presentasen decorosamente con los viejos que se habían mandado arreglar.

Es cierto que nuestro buen hombre trabajaba mucho, pero no lo es menos que obtenía la recompensa proporcionada a su esfuerzo; y esto le permitió subvenir a las necesidades de su familia y educar con el esmero que pudo a sus cuatro hijos, los cuales, por otra parte, se criaron sanos y robustos como castillos.

Después comenzaron a llover calamidades sobre el honrado zapatero; primero, perdió a su mujer, que atendía afanosamente a las faenas domésticas, si bien, por ser ya los niños



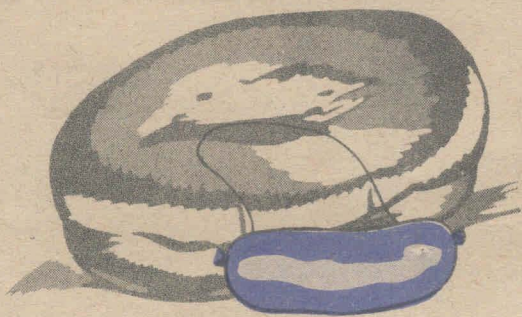
## CUENTOS DE GRIMM

mayorcitos no tuvo esta pérdida la trascendencia que hubiera podido tener de haber sido más pequeños. En segundo lugar, se estableció en el pueblo otro zapatero, con lo que el trabajo empezó a escasear, en virtud de la competencia. Lo malo era que esto ocurría precisamente en la época en que a nuestro buen hombre le eran más necesarios los recursos, porque los chicos exigían mayores y más costosos cuidados, y no había mujer en la casa que se encargase de administrarla como era debido.

El zapatero no se amilanó y trató de hacer frente a aquella situación difícil, buscando trabajo en las aldeas vecinas, pero no le acompañó la fortuna. Además, se encontraba ya viejo y cansado por el peso de los años, y le era penosa aquella peregrinación por los pueblos, que por otra parte resultaba inútil, ya que de ella apenas si obtenía ventajas apreciables.

Considerándose vencido en aquella lucha que había agotado todas sus resistencias, reunió un día a sus hijos, y les habló así:

— Hijos míos, yo no puedo manteneros por más tiempo. Ya habéis visto lo mucho que me he afanado por sacar adelante la casa; pero hace algún tiempo que las cosas se han torcido, y para ponerlas remedio, creo que lo mejor será que os vayáis a recorrer el mundo y a aprender un oficio que os permita ganaros la vida.





Y después de hacerles atinadas reflexiones acerca del modo como debían conducirse en la vida, y de recordarles los muchos consejos que en otras ocasiones les había dado, entregó a cada uno un pan y un chorizo. Los muchachos, muy afligidos, pero también muy animosos y resueltos, se abrazaron a su padre y se despidieron de él. Más que la pena de la separación, les dolía dejar sólo a aquel padre tan bondadoso, que tanto les había querido siempre. En el momento en que se disponían a salir de la casa, todos le prometieron dedicarse con ahinco al trabajo y si la fortuna les era propicia volver a compartir con él el fruto de sus afanes.

Los cuatro hermanos emprendieron la marcha tristes y silenciosos, y cuando llegaron a un punto en que el camino se dividía en cuatro direcciones, Pedro, que así se llamaba el mayor de los muchachos, dijo a los otros tres:

— Separémonos aquí, y que cada cual se las componga como pueda por su lado. Sin embargo, quedemos citados en este mismo sitio para dentro de cuatro años, a fin de que cada uno exponga el resultado de sus esfuerzos, y para que el que no haya alcanzado éxito pueda ser ayudado por aquellos a quienes la fortuna les haya sonreído.

Así lo hicieron. Después de abrazarse unos a otros, cada cual tomó por una de las cuatro veredas que se abrían ante ellos. Pedro, el mayor, como hemos dicho, de los hermanos, encontró en su camino a un hombre muy alto, de largas piernas y con las manos muy estropeadas, que le preguntó:

— ¿Dónde vas, muchacho?

— A aprender un oficio para poder ganarme la vida — respondió Pedro.

— Pues vente conmigo, y te enseñaré a robar — dijo el hombre.

— De ninguna manera — contestó Pedro —. Ese es un oficio deshonesto, y todo el que le practica acaba en presidio o en la horca.

— No me he expresado bien — respondió el hombre —. No se trata de quitar nada a nadie contra su voluntad. Cuan-



# CUENTOS DE GRIMM



do aprendas esta profesión verás cómo puedes coger los objetos más ocultos que no pertenezcan a nadie.

— Eso es otra cosa — contestó Pedro.

Y convencido de que no había en ello nada pecaminoso, siguió a su futuro maestro, quien sacó de Pedro un discípulo tan aventajado en el oficio, que a no ser por la honradez acrisolada del muchacho, hubiera podido cometer impunemente los mayores latrocinios.

Santiago, que era el segundo de los hermanos, tuvo también un encuentro parecido. El hombre con quien topó en su camino era asimismo de elevada estatura y cubría su cabeza con un gorro alto y puntiagudo. Parándose delante de Santiago le preguntó que adónde se dirigía tan solo por aquellos





lugares, y el muchacho respondió que trataba de aprender un oficio para mantenerse y ser útil a sus semejantes.

El hombre del gorro, muy complácido de la respuesta del muchacho, le mostró su simpatía hacia él, diciéndole:

— Si tienes buena vista, vente conmigo, y haré de ti un astrónomo tal, que no habrá nada en la Tierra oculto a tus miradas.

Santiago aceptó con regocijo aquella inesperada proposición, y reveló tan felices disposiciones para el oficio y con tanta diligencia se aprestó a seguir las indicaciones de su maestro, que éste, entusiasmado con la aplicación e inteligencia del muchacho, le regaló al cabo de cuatro años un antejo de larga vista de tanto alcance que, en cien leguas a la redonda, se podían distinguir con él los más pequeños objetos.

El tercero de los hermanos se llamaba Enrique, y tuvo también su correspondiente encuentro con un hombre que le enseñó el manejo de las armas de fuego, para el que el muchacho mostró tan felices aptitudes, que su maestro en premio a su laboriosidad le regaló una carabina con la cual no era posible errar ningún blanco.

Miguel, el más joven de los cuatro hermanos, fué el úni-



# CUENTOS DE GRIMM

co que no se encontró a nadie en su camino; pero al llegar a una ciudad tuvo la suerte de que un sastre afamado le tomase a su servicio y se interesase por él. Miguel era tan bueno, tan dócil y tan trabajador que su maestro le cobró mucho cariño, y terminado el aprendizaje le obsequió con una magnífica aguja, al par que le decía:

— Cuida de no perderla nunca, porque con esta aguja coserás lo que quieras, así sea blando como la manteca o duro como el acero; y además, nadie podrá distinguir la costura.

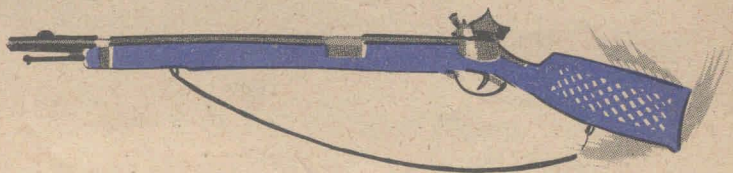
Pasados los cuatro años y llegado el día convenido, los cuatro hermanos se reunieron en el mismo sitio en que se habían separado. Abrazáronse todos con gran alegría, y decidieron ir inmediatamente a visitar a su padre. Éste los recibió con trasportes de júbilo, pues temió que nunca más había de volverlos a ver, y los estrechó largamente contra su corazón.

Les preguntó, luego que cesaron las manifestaciones de cariño, qué habían hecho y en qué se habían ocupado en aquellos cuatro años. Cada uno de los hermanos refirió entonces lo que les había acontecido, y el oficio en que podían considerarse ya como maestros, y mostraron también los objetos que traían, como obsequio de sus respectivos protectores.

— Estoy satisfechísimo y orgulloso de todos vosotros — les dijo el padre — porque veo que habéis aprovechado muy bien el tiempo. Ahora voy a poner a prueba vuestra habilidad, para cerciorarme de que es tan grande como me habéis dicho.

Llevólos a la puerta, y señalando a un árbol frondoso que se elevaba frontero a la casa, dijo a Santiago:

— Allá arriba, en las últimas ramas, hay un nido de jil-







gueros; tú, que sabes ver de lejos ¿puedes decirme cuántos huevos hay en el nido?

Santiago enfocó su anteojo hacia el árbol, y contestó en seguida:

— Hay cinco.

— Muy bien — repuso el padre —. Tú, Pedro, ve a coger los huevos; pero de tal manera, que el pájaro que está en el nido no lo advierta.

Pedro subió inmediatamente al árbol, y sin hacer el menor ruido, ni dejarse ver por el pájaro, sacó los huevos y se los llevó a su padre.

Éste, entonces, los alineó sobre una mesa, y dirigiéndose a Enrique le dijo:

— Ahora, tú debes agujerearlos por el centro con un solo disparo de tu carabina.

Enrique lo hizo con la precisión con que se le había pedido.

— ¡Perfectamente! — dijo el padre —. A tu vez, Miguel, vas a coser con tu famosa aguja las cáscaras y los polluelos, de manera que puedan vivir todavía.

Miguel ejecutó con suma destreza lo que se le ordenaba, y Pedro volvió a colocar los huevos en el nido con tal arte, que la madre no se movió ni se enteró de nada, y algunos días después los pajaritos salieron del cascarón como si no hubieran sido atravesados de parte a parte. Tan sólo ostentaban



## CUENTOS DE GRIMM

una pequeña línea roja alrededor del cuello, por donde el sastre los había cosido.

— ¡Magnífico!—exclamó, entusiasmado, el padre—. Debo confesar que, en efecto, cada uno de vosotros domina su oficio a la perfección; y que me vería muy apurado si tuviera que señalar quién es el más diestro. Ahora lo que hace falta es obtener utilidad práctica de vuestra habilidad.

Poco tiempo después un enorme y feroz dragón arrebató a la hija del rey cuando se paseaba por una de las terrazas del palacio real, y prendiéndola en sus garras, se elevó con







ella por los aires, desapareciendo en breve de aquellos lugares. La gente presenci6 horrorizada aquel rapto, y el rey hizo anunciar profusamente, para que llegara hasta los 6ltimos rincones del pa6s, que quien rescatara a la princesa del poder del drag6n se casar6a con ella y heredar6a m6s tarde la corona.

La noticia lleg6, efectivamente, a la aldea donde viv6a el padre con sus cuatro hijos, los cuales, al conocerla, se dijeron:

— He aqu6a una excelente ocasi6n, para demostrar lo que



# CUENTOS DE GRIMM

cada uno de nosotros es capaz de hacer. Asociémonos para libertar a la princesa, y, seguramente, con el concurso de todos, saldremos adelante en nuestra empresa.

—Lo primero que hay que saber— observó el astrónomo—, es el sitio en que el dragón tiene a la princesa, y bien pronto voy a descubrirlo.

Dirigió su anteojo en todas direcciones, y no tardó en divisar a la princesa, a sesenta leguas de distancia; estaba sentada a orillas del mar, llorando su desgracia. El terrible dragón reposaba a sus pies.

Los cuatro hermanos se encaminaron a la capital del reino, y pidieron audiencia al rey, quien los recibió en seguida al saber que le llevaban noticias de su hija. Cuando supo por ellos dónde se encontraba, mandó equipar un navío, y en él se embarcaron los cuatro hermanos con ánimo de proseguir en su intento de salvación.

Al llegar cerca del sitio donde se encontraba, vieron que continuaba sentada en la playa, mostrando en su semblante el más vivo dolor; la horrible bestia dormía a su lado con la cabeza apoyada sobre las rodillas de la princesa. Enrique apoyó su carabina en el hombro y se dispuso a matar al monstruo; pero en seguida comprendió que no podía disparar, porque para acabar con él era necesario herirle en la cabeza, y, en ese caso, la bala llegaría también a la princesa.

Entonces decidieron que Pedro bajase a tierra y se apo-





# BIBLIOTECA PERLA

derase de la princesa sin que el dragón lo notara. Así lo hizo Pedro con gran habilidad y soltura. Deslizóse suavemente por la arena, ocultándose de cuando en cuando entre los pequeños acantilados de la costa. Cuando llegó al sitio donde se encontraba la hija del rey, hízola señas de que venía a salvarla, rogándola que permaneciese en silencio, y con gran sutileza la separó del dragón sin que éste se despertara ni cesase en sus ronquidos. En seguida la condujo al buque, y sin perder momento, desplegaron todas las velas y pusieron proa a la capital del reino, navegando con gran velocidad.

Muy contentos y alegres marchaban todos dando ya por terminada felizmente su empresa; pero no sabían que aún tenían que vencer otros obstáculos.

En efecto, no tardó en despertarse el dragón, y al encontrarse solo, se elevó en los aires tratando de descubrir quién era el que le había robado a la princesa y dónde se encontraba ésta. Pronto lo averiguó. Lanzóse entonces como una flecha en persecución del navío que la llevaba a bordo, y todos vieron con terror, cómo aquella enorme mole avanzaba hacia ellos y amenazaba destruirlos.





# CUENTOS DE GRIMM



La fiera presentaba un aspecto espantoso; los ojos brillaban como llamas; de su boca salían entre silbidos gruesos chorros de fuego, y lanzaba rugidos agudos capaces de poner miedo en el ánimo más templado. Enrique, procurando vencer la emoción que le dominaba, apuntó con gran cuidado y la bala de su carabina fué a estrellarse en la cabeza del monstruo, destrozándola y dejándole sin vida. Pero el cuerpo de la enorme bestia cayó con horrible estruendo sobre la cubierta del navío, haciendo mil pedazos el buque.

Los cuatro hermanos y la princesa tuvieron la suerte de coger cada uno un madero y sostenerse sobre el agua, mientras Miguel cosía sólidamente todas las piezas del buque que flotaban a su alrededor. El viento les fué propicio y bien pronto pudieron desembarcar en el puerto de su destino.

Inútil es decir la alegría con que el rey abrazó a su hija.  
— Cumpliré mi palabra — dijo a sus salvadores —; pero



como sois cuatro, ¿con cuál de vosotros ha de casarse la princesa?

Entonces se entabló viva disputa entre ellos.

— Si con mi anteojo no hubiera descubierto dónde estaba la princesa — dijo Santiago — nunca la hubiérais arrancado de las garras del dragón.

— Y ¿de qué podría servir saber dónde estaba? — contestó Pedro —. Lo esencial era ponerla fuera del alcance del monstruo, como yo hice.

— Desengañáos — intervino Enrique —; sin mi magnífica carabina, ella y vosotros hubiérais perecido, muertos por la fiera.

— Yo soy el que os salvé a todos — añadió Miguel —; pues al coser el barco con mi aguja maravillosa, os libré de morir ahogados.

Y continuaron disputando así largo tiempo, sin querer ceder ninguno su derecho a casarse con la princesa, por lo que el rey les dijo:

— Puesto que alegáis todos el mismo derecho a la mano de mi hija, y, en efecto, el mérito de cada uno es igual al de los demás, la princesa no se casará con ninguno; pero yo os cedo la mitad de mi reino y os lo distribuiréis como buenos hermanos.

La proposición les agradó y cada cual se instaló en los ricos dominios que le correspondían. El padre iba a pasar tres meses del año con cada uno de sus hijos, y todos vivieron felices y contentos muchos años.





I N D I C E

	<u>Páginas.</u>
<i>Algunas noticias sobre los hermanos Grimm . . .</i>	9
<i>El caballo prodigioso . . . . .</i>	11
<i>El pescador y su mujer. . . . .</i>	45
<i>Los cabritos y el lobo . . . . .</i>	73
<i>Juanito y Margarita . . . . .</i>	89
<i>La viejecita de los gansos. . . . .</i>	119
<i>El pájaro grifo. . . . .</i>	149
<i>Blancanieve y Rojaflores . . . . .</i>	197
<i>El fiel Juan. . . . .</i>	229
<i>Los cuatro talismanes. . . . .</i>	269





**CUENTOS DE CALLEJA**



**BIBLIOTECA PERLA**

*Primera Serie*



